El Djanina

Querido Shera-Zaide

La sonrisa vertical



Contrariamente a la costumbre entre escritores de novelas eróticas, el misterioso autor de ésta, El Djanina, no tiene inconveniente en revelar su identidad: en realidad, es una mujer francesa, Janine Teisson, quien, probablemente para recrear con mayor eficacia la atmósfera de aquellas legendarias y voluptuosas cortes orientales, cuya tradición literaria ha alimentado la imaginación juvenil de medio mundo, ha querido ella misma entrar en el juego de su propia ficción. Quien lea *Cher Hazad* se lo agradecerá eternamente… De hecho, *Cher Hazad*, publicada en 1993, es la primera hoja de un díptico que El Djanina ha titulado Cuentos de la sultana y cuya segunda hoja lleva por título *Aladín y la lanza maravillosa* (1994).

Porque, aquí, es una reina, la bella, caprichosa e insaciable Yasmina, y no el cruel rey Shahriyar de *Las mil y una noches*, la que, desengañada de los hombres, manda matar a los jóvenes con quienes ha pasado la noche. Y es un poeta músico de nombre Hazad —y no la encantadora Scheherazade—, conocedor de las mil sutilezas del amor, quien, tras contarle hermosas y sensuales historias, la ama, con los ojos vendados —«porque la vista capta tan sólo la superficie de los seres y alza entre ellos un velo engañoso que impide descubrirlos»—, como jamás nadie la había amado.

«Debes saber, lector curioso», nos dice El Djanina, «que Hazad (…), cansado de una vida de placeres demasiado previsibles, abandonó hace meses la lejana ciudad en la que era célebre. En busca de aventuras, atravesó el desierto para alcanzar el extraño reino de Yasmina, verde perla que descansa sobre el oro infinito de las dunas, engastada entre montañas negras. Hazad sabía que sus habitantes eran más amantes de la música que ningún otro pueblo. Desde el primer momento, en el mesón, la gente le pidió que cantara unos versos y al día siguiente acudió el barrio entero para disfrutar de su música». Pero ya su fama había llegado a oídos de la sultana y, «rompiendo aquel extasiado recogimiento, irrumpieron los guardias del palacio», llevándose a Hazad, quien, «con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda, vestido con una saya de seda de araña, siempre vendado, todavía bajo el efecto de amargas pociones y escoltado por su verdugo sudoroso de odio, fue

conducido por largos y fríos pasadizos y arrojado sin miramientos en el aposento de Yasmina».

Y, a partir de aquí, *cher lecteur*, querido lector, comprenderá usted también por qué Yasmina no sólo no mandará matarlo al día siguiente, sino que ya no podrá prescindir de su *cher Hazad*…



El Djanina

Querido Shera-Zaide

La sonrisa vertical - 98

ePub r1.0

Titivillus 06.12.15

Título original: *Cher Hazad*
El Djanina, 1993
Traducción: Mercedes Corral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Amable lector, ¿para qué preguntarte más adelante sobre el título de la modesta obra que tienes en las manos? Es probable que a lo largo de sus páginas encuentres dos o tres detalles, no más, que te hagan sospechar un parecido entre la pequeña historia que ofrezco a tu curiosidad y cierta ilustre y maravillosa obra oriental; pero no te dejes engañar si el nombre de nuestro héroe presenta una aparente homonimia con el de una conocida princesa, ni si su lengua es tan ágil como la de aquella dama, pues la persona por quien él la mueve con tanta celeridad, en el momento en que comienza mi historia, es una sultana, y no el sultán bigotudo cuya crueldad hizo nacer la célebre obra.

Mira a nuestro querido Shera-Zaide: en la habitación de mosaicos azules, sobre la enorme cama con dosel, arrodillado entre los muslos de la soberana, le levanta las nalgas con las dos manos y, bajo su boca, Lalla Yasmina se extasía y muere entre los pliegues de una gran nube de seda rosa, el rostro escondido en el oscuro mar de su cabellera.

Sí, Shera-Zaide tiene la lengua y los dedos ágiles, y, a la luz de las lámparas de aceite, su esbelto cuerpo es de color ámbar. Cuando la sultana lanza un grito más fuerte que los otros y arquea los riñones, él aguarda un momento, con la mejilla apoyada en su vientre; y luego, del mismo modo que el músico retoma su frase después de la síncopa variando el tema, continúa con sus caricias.

¿Por qué lleva una venda de cuero en los ojos? ¡Juiciosa pregunta cuya respuesta es toda una historia!

Debes saber, curioso lector, que Shera-Zaide es un músico poeta que, harto de una vida de dichas demasiado previsibles, abandonó hace algunos meses la lejana ciudad en la que era célebre. En busca de aventuras, atravesó el desierto

y llegó al extraño reino de Yasmina, perla verde posada en el oro infinito de las dunas, en su engaste de montañas negras. Shera-Zaide sabía que sus habitantes amaban la música más que cualquier otro pueblo.

Desde el primer momento, en la posada, las gentes le pidieron que cantara unos versos, y al día siguiente el barrio entero estaba allí para disfrutar de su música. Los gordos aplastaban a los flacos, los altos empujaban a los bajos, los niños se deslizaban bajo las mesas, y los más picaros habían invadido la cocina, donde algunos asomaban la cabeza, aceitosa o enharinada, por la boca de las enormes tinajas.

Al primer acorde, se hizo un silencio entre la multitud. Era como si un mar, rugiente hasta ese instante, hubiera retrocedido sin retomo. Era como si el tiempo hubiera detenido su curso para todas aquellas personas que parecían haber olvidado negocios, trabajo y prole para dejarse invadir por las melodías.

De pronto, rompiendo el éxtasis de aquel recogimiento, irrumpieron los guardias de palacio. La mujer que durante aquella pausa acariciaba la nuca de Shera-Zaide, con sus duros pechos apoyados sobre los hombros del músico, apenas tuvo tiempo de murmurar: «¡Los hombres de la guardia… vienen por ti!». Llegó a rozar su dedo meñique mientras unos colosos le maltrataban, le alzaban casi en volandas, le vendaban los ojos —¿pero por qué, gran Alá?—, y lo empujaban hacia fuera, con un sable al cuello.

Durante los tres días siguientes, entre los vapores del hammam, dos mujeres frotaron en silencio con una esponja áspera a Shera-Zaide, cuyos ojos seguían vendados, le bañaron y le depilaron de pies a cabeza, incluso entre las nalgas, sumergiéndole al final en agua fresca. Luego una vieja indiscreta olisqueó su cuerpo desnudo. Después de meter la nariz por todas partes se decidió a embadurnarle con una esencia sofocante, que ahora sublimada, le embriaga a cada movimiento.

Su estancia en el hammam hubiera sido paradisiaca si el despiadado jefe de la guardia no le hubiera forzado, poniéndole el acero en los riñones, a beber esos líquidos acres

que, aunque no son venenosos, le hacen repiquetear la sangre en las sienes, en los ojos, en los oídos, en el sexo, hasta producirle dolor, hasta causarle vértigos y náuseas, inmovilizándole con más fuerza que si estuviera encadenado al suelo. Al alcanzar esos líquidos su efecto más intenso, le hierve la sangre y su sexo se enciende como una espada incandescente. Si la más ardiente de las mujeres lo acogiera en su interior, lo refrescaría.

El cuarto día, la cuarta noche más bien, la noche en que comienza nuestra historia, Shera-Zaide, todavía bajo los efectos de las amargas pociones, es conducido con una soga al cuello, las manos atadas a la espalda, vestido con sirwal de seda y los ojos aún vendados, a lo largo de frescos corredores. Luego su sudoroso verdugo lo ha arrojado sin contemplaciones dentro de una habitación. Y allí, sagaz lector, ¡imagínate quién le esperaba!

La sultana le observa con detenimiento. Palpa todo su cuerpo bajo la seda. Parece apreciar sus nalgas de hombre de las dunas, redondeadas por detrás y hundidas a los lados. Y ha dicho: «¡Bien! Mahmud ha comprendido perfectamente mi advertencia».

Durante los últimos meses, los hombres que le ha traído su enorme eunuco cada vez se parecían más a él. Cada vez eran más robustos, más morenos, más nervudos, con las mejillas más azuladas al amanecer. ¡Había llegado a temer encontrarse una noche en la cama con el gemelo de Mahmud!

¡Qué bien ha hecho en llamar al orden al jefe de su guardia de eunucos! ¡Cómo se alegra! De la nuca a los tobillos, Shera-Zaide es todo delicadeza. Orejas diminutas, vientre liso, cintura de acróbata. No ha proferido ni una sola palabra mientras la sultana le ha inspeccionado. Se limita a respirar su perfume de almizcle, endulzado con circea blanca, y a intentar apreciar su cintura mientras su aliento le hace cosquillas en la piel depilada del pecho. Ella posa los labios sobre su sexo a través de la seda y él se apoya contra el muro helado. Los dos jadean. Luego la sultana se aparta y advierte con dureza:

—¡Escúchame bien, hombre! Te voy a desatar las manos,

pero si te atreves a hacer un gesto brusco o haces ademán de quitarte la venda de los ojos, tras esa puerta está esperando la persona que te ha capturado y traído hasta aquí, y que te destripará con su sable antes de degollarte. ¿Has comprendido?

¿Cómo no iba a comprenderlo? Shera-Zaide permanece en silencio más tiempo del necesario, por puro juego, porque sabe que ella está mirando su boca de labios gruesos, que esboza una sonrisa. Al final le responde en la áspera lengua de su país. Ha oído su exclamación de sorpresa y se ha reído.

—He comprendido perfectamente, princesa. Desatadme las manos sin temor. ¡No tengo la menor intención de dar a vuestro encantador guardaespaldas el placer de utilizar tan pronto su instrumento de trabajo!

¿Pero qué ha dicho antes en su extraña lengua?

Antes de liberarle las manos, ella le ha tirado del cinturón del sirwal, que se ha deslizado por sus piernas con el sonido de una pluma al caer. Después de posar sus pies sobre la seda, ¿qué otra cosa podía hacer más que dejar que su sexo violáceo, de ancho y brillante glande, la saludara incansable?

No ha visto a la sultana pasarse la lengua por los labios. Lástima.

No sabe que está fascinada por el color miel de su cuerpo. ¡Cómo detesta a esos hombres de baja extracción de color arcilla bien cocida por arriba y de un gris cadavérico a partir de la cintura! ¡Con gusto hubiera ordenado a Mahmud que los cortara en dos siguiendo esa línea, pero su sable habría sido incapaz de llevar a cabo semejante tarea!

Sólo su sexo es de un color más oscuro, pero a ella no le importa.

La llavecita de bronce gira en la cerradura. El esboza un movimiento con los dedos y luego deja que la cadena se le deslice a lo largo de la palma. Perfecto. Ella no tiene que decirle: «¡Deja la cadena o el jefe de mi guardia te estrangulará con ella!», porque Shera-Zaide la empuja con el pie hasta el otro extremo de la habitación.

Una vez que tiene las manos libres, Shera-Zaide se frota las muñecas y después se acaricia las mejillas, los hombros, la

nuca, el torso y el sexo con tal fervor que la sultana se pregunta si se habrá olvidado de su presencia.

Mientras tanto, le observa las manos. «¡Alá es misericordioso», se ha dicho, «sus manos no son tan delgadas como sus pies!». Admira sus largos dedos, que no tienen la finura repulsiva de los dedos de esos bailarines que se visten de mujer, se atan el sexo entre las piernas para que la ilusión sea mayor y se contonean de una manera tan sugerente que los gigantes negros que los protegen suelen acabar aplastados por los espectadores ciegos de deseo, mientras que los afeminados bailarines, o lo que queda de ellos, son conducidos Alá sabe dónde. Tampoco tiene las uñas demasiado largas ni enrojecidas por la henna. Son arqueadas, cortas, ligeramente azuladas en tomo a la lúnula, como a ella le gustan.

—¿Puedo hacer algo por vos, princesa?

Ella se sobresalta. Se había acostumbrado a su silencio. El une las manos sobre su pecho, a la manera de los hindúes. Emocionada, le acaricia ligeramente el sexo, que vuelve a asentir, lo toma en su mano y a continuación lleva a Shera-Zaide hacia el enorme lecho en el que comienza nuestra historia.

Merece la pena que nos detengamos en este lecho, inteligente lector, pero no por los motivos que estás pensando.

Este enorme navío de amor con baldaquín de tapicería y cortinas de muselina es un regalo que le ofreció a Lalla Yasmina el bey de Tawfiq, quien quería casarla con su hijo, un bobo diez años menor que ella. Informado, Alá sabe cómo, de su afición por las fiestas lascivas, no dudó en mandar construir para ella una réplica de su propio lecho, el cual, una vez asegurada la sucesión, acogía con mucha mayor frecuencia a los menudos mercaderes de higos chumbos que a las gruesas bellezas del harén. Este monumental mueble de madera de sándalo, adornado con frescos eróticos de estilo italiano, se halla revestido en su interior con ciento cincuenta espejos del tamaño de una mano, pensados para reflejar desde diferentes ángulos los retozos entre la sultana y el

bobo. En piezas sueltas, a lomos de camello, escoltado por dos obreros florentinos medio desecados, llegó a través de los desiertos hasta las puertas del palacio. La sultana aceptó el lecho y rechazó al bobo.

Bajo su particular cielo, en el que gruesas mujeres revolotean entre los espejos y montan a sombríos hombres con pezuñas, la sultana aprecia la deliciosa destreza del recién llegado. Entre las sábanas rosa («¡No utilices el color rosa, te hace parecer más negra que una cagarruta de cabra!», le insiste siempre la vieja Awara. Da igual, ¡le gusta tanto el rosa! Y además, ¿quién la ve?), la mayor parte de los visitantes secretos de su habitación se someten a sus caprichos eróticos, aplacan su sed de lujuria —o por lo menos lo intentan—, le hacen concebir en vano la esperanza de ser madre y acaban por despertar en ella un odio que los desconcierta.

Cuando comprenden por qué están en esa habitación, se quedan paralizados por el miedo, pero no tardan en pavonearse y en alabar su propia destreza y anatomía. Entonces, Yasmina, para poder soportar sus asaltos de machos cabríos y sus discursos de burdel, se deleita ante la perspectiva de entregárselos enseguida a Mahmud, quien, dependiendo de su humor o de las órdenes de su ama, los despellejará lentamente o les cortará en finas rodajas cada uno de sus miembros, comenzando, por supuesto, por el que les hace sentirse tan orgullosos.

Pocos son los que continúan comportándose con modestia. Estos últimos pueden elegir entre una muerte sin dolor o vivir en el palacio como servidores mudos. Todos aquellos —es decir, los dos— que se encontraron ante esta elección, prefirieron entregar su lengua a Mahmud y, por consiguiente, les fue bien.

Sí, lo has comprendido perfectamente, impaciente lector: nuestra ardiente sultana tiene la costumbre de recibir cada noche a un hombre distinto al que ordena matar al amanecer. ¿Por qué? Pues por unas razones muy parecidas a la del sultán Schahriar. ¡Cuando un solo ser os engaña, queréis hacer desaparecer a todos los demás! ¡Es la ley del amor!

Pero volvamos a nuestros héroes.

Antes de llegar al fervor de los arrodillamientos, antes de que ascienda el quejido de Yasmina, Shera-Zaide la explora desde la punta de los cabellos hasta la de los pies. Y le cuesta mucho impedirle actuar a la infernal velocidad a la que está habituada. Tiene que forzarla a disfrutar de sus caricias, como se obliga a una potra a dejarse ensillar, y ella, por fin, disminuye su ritmo. Incluso le besa largamente y le lame por todas las partes por donde le habían depilado, cuando él le dice que sentía un vivísimo placer al sentir su piel desnuda. Sus labios, su pequeña lengua alerta…, ¡qué vértigo! Pero él no la deja demorarse.

Yasmina ordena depilar a todos sus hombres. Algunos, avergonzados por haber sido tratados como mujeres, u olvidándose de ello por la sorpresa y el placer, hacen caso omiso de este detalle a lo largo de una noche demasiado corta. Otros, envalentonados por tener que vérselas sólo con una mujer, y además acogedora, después de haberla montado una primera vez, prorrumpen en reproches sobre el atentado al toisón que tan dignamente adornaba su virilidad. A estos últimos, para comenzar, les hace escalpar por Mahmud.

Shera-Zaide es el primer hombre que saborea la voluptuosidad de tener la piel desnuda.

Al sentir sus manos tan atentas recorriéndole el rostro y todo el cuerpo, ha temido que fuera uno de esos masajistas de hammam con deferencias venales, cuasiterapéuticas. Pero no ha tardado en darse cuenta de que estaba equivocada y ha suspirado de alegría.

Él le ha pedido que se sentara en el lecho y después ha tomado sus cabellos con las dos manos para sopesarlos y palparlos como si de un tejido precioso se tratara. «Dios te ha distinguido dándote estos cabellos. Pero, por lo demás, te ha tratado como a la hija de cualquier mulero», le dice a menudo la vieja Awara. Él hunde su rostro en ellos, los enlaza, aspira su fragancia y después los extiende por encima de Yasmina mientras ella se vuelve a tumbar, para que pueda moverse a gusto sin tirar de ellos. Ella creía que sólo Zia y Amila podían tener este tipo de miramientos. Incluso

Saddam, en aquel tiempo en que todavía era su dulce amado y conseguía hacerle creer que se hallaba totalmente entregado a su felicidad, nunca pensó en ello. Por la mañana, cuando Awara la peinaba, le mostraba la gran cantidad de cabellos que se le habían caído durante la noche. «Ponte un pañuelo para hacer el amor, paloma mía, o te quedarás calva enseguida», le decía.

Shera-Zaide besa los pechos de su anfitriona con tanto apetito, que las puntas se levantan, violetas. Ella murmura veinte veces: «¡muérdeme!», y él lo hace con la fuerza y la delicadeza precisas. Cuando él, alzando la boca, le sonríe, ella admira sus dientes y, mientras enlaza con sus dedos la nuca del hombre esbelto, piensa: «¡Decididamente, Mahmud se ha superado!».

«El placer es un pájaro veloz, crees que está arrullando junto a tu oído, crees que está posado sobre tu seno y ya ha hecho su nido entre tus muslos», canta a menudo la maliciosa Zia. Y nuestro héroe, que no ve nada pero comprende muchas cosas, le ha acariciado con ágiles dedos la «perla de la voluptuosidad», palabras que, en medio de sus gemidos de placer, hacen reír a la sultana, habituada a vocablos más rudos. Henos aquí, pues, en nuestro punto de partida, me atrevería a decir, y nuestra sultana deja de reír. Suelta las amarras. Barca loca, se deja llevar de rápido en rápido por el hombre de miel.

De pronto, después de haberla conducido hasta un magnífico salto en pleno cielo, detiene su galope enloquecido y la deja descansar y recuperar la respiración. Ella siente su cuerpo a la vez ligero y ardiente, transparente como una piedra de agua y más sensible que un gato del desierto. Su espíritu, a la vez lánguido y alerta, se ve atravesado por visiones de colores, de manchas de oro, de rostros, de dunas sobrevoladas… Una sensación de infancia saciada la mece. El hombre de los ojos vendados, silencioso, le pasea sobre el vientre una mano tan ligera que parece soñada.

«¿Pero qué se cree, que voy a dormirme? ¿Yo? ¿Dormirme privada de su sexo tan liso, tan maravillosamente duro y caliente, yo que lo deseo desde que ha sido arrojado a mi

habitación? ¿Qué extraordinario poder habrá utilizado este hombre para conseguir permanecer oculto durante tanto tiempo?», piensa la sultana posando su mano sobre el ano satinado de Shera-Zaide. Arrodillada entre sus duros muslos, le besa el vientre y se extasía con la finura de terciopelo de seda de su sexo. Lo explora con la lengua, lo frota contra su mejilla, se lo pasa por los pechos, toma con ambas manos los sombríos higos gemelos, juega con ellos y se sorprende de que esto le proporcione tanto placer.

A algunos de los hombres que pasan por su cama sólo les mira el sexo una vez y luego evita tocarlo. ¿Por qué juega con éste? ¿Por qué dibuja incansable guirnaldas de rápidos besos que suben y bajan en espiral alrededor de él? ¿Por qué lo cubre con sus cabellos y los pasa una y otra vez sobre él balanceando la cabeza? ¿Por qué tanta dulzura? La rabia que a veces la empuja a hendir los dientes donde ahora posa los labios, a dilacerar un sexo como un caballo descorteza una rama, a hacer saltar la sangre hasta el fondo de su garganta y a hartarse de aullidos, esta noche se halla tan lejos de su corazón como la estrella del norte de nuestra tierra. ¿Por qué le excita tanto contemplar a este extranjero, con el rostro vuelto, pasivo, abandonado y, sin embargo, completamente estremecido bajo sus caricias? «Como el jaguar del palacio», piensa ella. Tumbado al sol durante horas, el animal ofrece su vientre blanco a la mano del esclavo cafre encargado de su cuidado. El tiempo se detiene para él.

El hombre de color miel está tan concentrado, silencioso y lejano, como el enorme y flaco felino. Puede imaginárselo sin la venda, con la mirada como vuelta hacia el interior, con los ojos amarillos medio entornados. Ojos de jaguar. Se estremece cada vez que le roza el sexo con sus caballos. Le parece ver a los encantadores de serpientes de los grandes zocos de su infancia. Pero no es ella quien está encantando a la serpiente, sino que es la serpiente la que, vibrante y erguida, la arrastra con su ondulación hipnótica. «¿Estoy loca?», se pregunta echándose sobre él.

El sexo del hombre palpita entre sus resbaladizos labios. Hace un movimiento de caderas para tragárselo y piensa:

«¡Voy a morirme de placer!». Lanza un grito terrible.

¡Un grito en el que se mezclan la decepción y la rabia! ¡Bajo su vientre, la bella serpiente encantadora ha desaparecido! Se levanta sofocada y lo que ve la hace dudar de su razón. ¡Sobre el bello cuerpo que, según los caprichos de las lámparas, tiene el color del albaricoque o del ámbar rojo, no hay el menor rastro de un sexo! Toma una de las lámparas para cerciorarse del horrible prodigio. Sacude al hombre gritando.

—¡Por el prepucio de Mahoma!, ¿vas a decirme, cerdo extranjero, hijo de puta de bazar, qué repugnante magia has realizado?

La princesa no ha recibido una buena educación. Su padre, que tenía veintiséis hijos, nunca pensó que ella pudiera llegar a reinar algún día. Pero después de su muerte, su hijo Alí estranguló a su hermano Bunaff, que había apuñalado a Chérif, Chérif había ahogado a Darinn, Darinn había hervido a Eldran, Eldran había envenenado a Forud, el cual había dado muerte con un garrote a Gemel, Gemel había despellejado a Harun y así hasta el pequeño Zaud, al que Yussef había ahorcado nada más nacer con el cordón umbilical, y creo haber olvidado mencionar que Alí, mientras estrangulaba a su hermano, se hernió fatalmente. ¿Comprendes ahora, lector receloso, por qué en unos tiempos y en unos lugares tan hostiles para la mujer, Yasmina llegó a ser sultana?

Cuando la hecatombe fratricida hubo acabado, mandaron buscar a la doncella, que se hallaba en el extremo del desierto, en el alcázar de su tío, gran amante de los caballos y de los camellos de carreras, quien la había dejado crecer en total libertad, como una mata de dum. De ese modo, Yasmina aprendió miles de cosas junto a los eruditos, los poetas, los músicos del castillo, los caravaneros, las putas, los mercaderes del zoco, los oficiales de la guardia, los mercaderes ambulantes de hierbas medicinales y pociones, los pastores y las mujeres del harén. Entre otros conocimientos posee varios rosarios de insultos variados y cosmopolitas, que ahora descarga sobre Shera-Zaide mientras

le hiere las mejillas, los hombros y el torso con sus furiosas uñas. Él, cubierto de arañazos, le toma las manos y le dice con voz serena:

—Princesa, no me creáis responsable de vuestra decepción. El servidor de vuestros deseos —añade llevándose las palmas de las manos a su desierto vientre— no puede penetrar en vuestra caverna de las mil voluptuosidades.

A pesar de su despecho, el lenguaje que él utiliza la hace reír de nuevo. Creía que sólo los asiáticos empleaban esas edulcoradas palabras y que además… ¡sólo lo hacían en los libros!

—¿Y por qué no puede, hombre?

—No puede porque ha huido.

—¡Sí, eso ya lo he visto, no me descubres nada nuevo, hombre cuyo sexo es un espejismo! ¿Y por qué ha huido ese asqueroso servidor?

—Porque ha presentido la muerte.

—¿Qué?

—Sí, así es, princesa. Volverá en cuanto se sienta seguro. Ahora mismo o quizá mañana.

La sultana calla. Vive en un mundo donde nadie se sorprende de nada. Su deseo, que ella había olvidado, aprovecha el silencio para renacer. Piensa que si Shera-Zaide hubiera entrado en ella, si hubiera podido gozar de él hasta el alba, seguramente lo habría mandado matar. Pero, ahora, ¿qué va a hacer con este hombre extraño que sólo penetra en sus pensamientos? ¿Ordenará que le maten para respetar la reglas quedándose para siempre con la nostalgia de él entre las piernas? ¿Entre las piernas? Para ser sincera, debe admitir que su nostalgia corre el peligro de extenderse.

A los otros los echaba incluso antes de que amaneciera, como a esos libros insípidos, plagiarios, mil veces leídos, que se nos caen de las manos. Pero de él sólo ha visto la primera página. ¿Y si fuera como esos gruesos manuscritos encuadernados en cuero, cerrados con candado como joyeros y que una vez abiertos nos maravillan con la minucia de sus dibujos, donde los azules y oros deslumbran, donde cada grabado es una obra genial y cuyos tesoros son imposibles de

agotar en una vida?

No, hay algo más que un deseo interrumpido. Este hombre le interesa. ¿Por qué no conservarle dos o tres días, hasta que finalmente, fatalmente, se canse de él? ¡Qué placer entonces deshacerse de él y ver morir despacio entre las manos de Mahmud, a quien precisamente no costará llevar a cabo su tarea, ella lo sabe, a aquel que alimentó en vano su esperanza! ¿Conservarlo? ¿Matarlo? Es él quien debe elegir.

—¿Quieres quitarte la venda y verme?

—No.

—¿Por qué no deseas verme?

—Porque la vista se apodera de la superficie de los seres y coloca entre ellos y nosotros un velo engañoso que nos impide descubrirlos. Me habéis concedido el placer de conoceros fuera de la tiranía reductora de la mirada, desearía prolongar este placer… Si es vuestra voluntad.

«¡Qué palabras más sorprendentes!», piensa ella.

Es el segundo hombre que se niega a penetrarla y a verla. El primero fue un creyente que no cesó de recitar suras durante toda la noche. Sobre sus mejillas se veía la marca blanca de la barba rapada. Era un hombre bello, sombrío y duro como la piedra sagrada, y Mahmud tuvo que abusar de los afrodisiacos. Unas veces cándida, otras perversa, insinuante y prometedora, ella, la descreída, había desplegado, para hacerle sucumbir, toda su ciencia erótica, había agotado su sugerente vocabulario y había inventado nuevos juegos, con el único resultado de excitarse a sí misma. Entonces decidió violarlo. Necesitó la ayuda de Mahmud y la de un guardia para tumbarlo e inmovilizarlo.

Gozar de aquel bienaventurado devoto entre los dos eunucos, uno de ellos sentado sobre las piernas del religioso, y el otro sobre su torso, forzar las salmodias del santo hombre a seguir el ritmo de sus riñones, a precipitarse hasta no tener nada de litúrgico, para acabar en un jadeo más que profano, le había proporcionado un placer de una naturaleza y de una fuerza hasta entonces desconocidas. Una vez recuperada la calma, dijo a Mahmud: «No le hagas nada. Condúcele al desierto, a una distancia de tres días a caballo, y

abandónale allí. Si su Dios es realmente misericordioso, si es cierto que distribuye leche y miel entre los verdaderos creyentes, saldrá vivo de allí».

Los otros, aparte de los tímidos, habían respondido firmemente que sí a su pregunta. Mahmud acudía entonces a deshacerles los nudos de la venda. Salvo dos o tres, de los que se acuerda bastante bien, que habían sido traídos de muy lejos, de las correrías contra las tribus rebeldes del desierto —exceptuando a esos hombres, que aun después de depilados y perfumados seguían conservando ese erotismo de pastor de cabras—, todos sabían quién era ella. Extranjeros de paso en el país morían al alba, como deben morir los espías.

En algunas épocas el reino de Lalla Yasmina rebosaba de espías. Era posible ejecutar uno al día durante veinte días y después se daba por finalizada la caza. Así, el pequeño país al que ella había liberado de las leyes inicuas que de generación en generación habían ido refinando los hombres de su familia, al que había liberado de los pesados e innumerables impuestos y de los recaudadores, que no lo eran menos, se sentía, por añadidura, protegido.

El pueblo, a pesar de estar agradecido a su sultana, le reprochaba no ofrecerle, siguiendo el ejemplo de sus antepasados, hermosas ejecuciones públicas. Por supuesto no había llegado a exigir que se llevara a cabo en la plaza azul ese suplicio cristiano tan refinado que consiste en hundir un pequeño gancho en el vientre del condenado desnudo y en picarle las nalgas con un hierro candente para obligarle a correr mientras su intestino, prendido del gancho que sostiene el verdugo, si éste es un voluntario elegido entre la muchedumbre tanto mejor, se devana en una larga guirnalda azul hasta desgarrarse. Y tampoco tenía la audacia de soñar con esas fiestas romanas en las que el culpable, encadenado, es entregado a alguna hambrienta fiera salvaje, porque eso hubiera hecho recordar a la princesa la desdichada muerte del sultán consorte. No, el pueblo sabía permanecer frugal y tradicional, pero, a pesar de todo, algunos empalamientos, una o dos decapitaciones, o al menos una lapidación al mes, el día del mercado, cuando el sol se hallara en su cénit,

efectuados con el estilo sobrio y brutal de los antepasados, hubieran roto la monotonía en la que la opulencia le sumía.

Al escuchar detrás de los altos muros del palacio los aullidos, interrumpidos demasiado pronto para su gusto, los verdaderos aficionados sentían escalofríos a lo largo de la columna vertebral, y a la vez un gran pesar, que, cuando los gritos de muerte se repetían día a día, se transformaba en agrio resentimiento. Las cabezas de los espías expuestas más tarde en la plaza eran como un insulto para ellos.

Iluminada por las lámparas de aceite, ella esperaba.

Ahora ya no cerraba los ojos ni volvía el rostro para ofrecerles su perfil menos ingrato. Los dos tímidos, sintiéndose perdidos, se habían arrojado de inmediato a sus pies. Los otros siempre la habían herido. Era siempre la misma mirada. La mirada del Hombre. La mirada evaluadora de Saddam recorriéndola de pies a cabeza, una mirada que, desmintiendo sus banales y falsamente admirativas palabras, decía: «No eres bella», o más bien: «No eres del todo horrible, pero estás muy lejos de satisfacerme. Nunca tendrás la belleza que inflama, la belleza que cautiva, la belleza que despierta adoración y conduce a la locura».

No, ella no tenía la belleza por la que tantos hombres alimentados de poemas de amor creían poder morir, pero, así y todo, todos morían al verla, lo cual, para ella, era una compensación nada despreciable.

El primero en morir fue Saddam y ella no le compadeció.

Durante cuatro años, la belleza de su marido había eclipsado su arrogancia, su ambición, su falta de ternura y, a menudo, de inteligencia. Durante cuatro largos años, Lalla Yasmina permaneció subyugada por el príncipe que ella había elegido. Bueno…, elegido…, ahora no pensaba así. Si había elegido al más bello, era porque no había podido elegir, ¡su tío tenía razón! Como era fea y lo sabía, había tenido la ingenuidad de pensar que su amor, su habilidad en la cama, sus dones para la poesía y la risa, su generosidad, la embellecerían a los ojos de aquel a quien ella había convertido en príncipe.

El día en que le preguntó por qué la dejaba sola, por qué

se acostaba con todas las mujeres de su séquito, él, posando en ella esa mirada, la mirada de todos los hombres, le había contestado: «Una sola mujer no satisface a un hombre». Para añadir más tarde, hiriente: «¿Por qué quieres que me muera de sed junto a ti cuando estoy rodeado de fuentes?». Todo esto, añadido a las lamentables conspiraciones siempre fracasadas que él encabezaba, acabó desengañando a la sultana.

La pasión no se desprendió de ella como cae una mota de polvo del cabello o el dátil demasiado maduro de la palmera. Tuvo que arrancársela ella misma una noche, sola, en medio del dolor y de la angustia, de la misma manera que, lejos de todos, paren las jóvenes violadas.

Dos días, después el príncipe Saddam debía partir a las montañas a cazar leones. Lalla Yasmina se entrevistó con Mahmud.

Cuando el príncipe, gran cazador, quiso siguiendo su costumbre matar solo al gran león, atravesado ya con varias lanzas y acorralado en el desfiladero, no consiguió sacar de su carcaj la flecha que debería haberse clavado en el pecho del animal. Se hallaba sólo a unos pasos de él. Sus compañeros gritaban aterrorizados, pero, temiendo matar al príncipe, nadie se atrevió a disparar sobre el león. Regresaron con los restos de Saddam dentro de un morral. Para guardar las formas, la sultana hizo despellejar a algunos de los más detestables compañeros de su marido.

Los funerales fueron largos y magníficos. Los poetas, que habían cantado tanto el amor y la belleza de los esposos, y que ya comenzaban a repetirse, encontraron en la desesperación de la sultana y en la muerte del valiente príncipe, muy pronto convertida en legendaria, una nueva inspiración muy saludable para la literatura.

Unos meses más tarde fueron ejecutados los primeros espías.

—Princesa, ¿renacerá mañana el deseo entre nosotros?

—¿Crees tú que el deseo es suficiente? ¿Qué me darás mañana, tú, que no tienes poder alguno sobre tu servidor, tú, cuyo miembro es un ave de paso, un caracol que inverna?

¿Qué me darás que no me hayas dado hoy?

—Si queréis escucharme, os lo diré.

Cansada y decepcionada, pero al mismo tiempo curiosa, se tumba en el lecho. Él se arrodilla en el suelo y en voz baja le cuenta las delicias de su próxima noche.

—Princesa, vuestro cuerpo es un jardín dormido que sólo ha sido visitado por el viento. Si deseáis que yo sea vuestro jardinero, cada noche haré florecer mil ramos de flores en cada uno de los escondidos lugares de vuestro jardín.

»Mañana comenzaré por vuestras manos. En las manos vive o duerme el alma del cuerpo. Todas las voluptuosidades, todas las sensaciones, todas las emociones, todos los conocimientos se encuentran en ellas.

»Una vez que el placer haya inflamado todo vuestro cuerpo tantas veces como deseéis, besaré generosamente vuestras manos. Tomaré con mi boca cada uno de vuestros dedos. Mi lengua los masajeará hasta sentir que se funden. Pasará y volverá a pasar entre ellos, por ese lugar donde la piel es tan suave. Poco a poco vuestras manos se despertarán. Tendréis la sensación de que una hoguera nace en vuestras palmas. Temblaréis al más mínimo roce, como si alguien estuviera acariciando la parte más sensible de vuestra flor de las delicias. Cada uno de vuestros dedos tendrá la sensibilidad del sexo tensado hasta el dolor de un hombre en erección. Y cuando por fin los poséis en mí, conoceréis el placer del hombre multiplicado por diez. Y para entonces ya se habrá hecho de día.

—¿Y qué hará mientras tanto el servidor de mis deseos?

—Si considera que no corre ningún peligro, tendremos once éxtasis masculinos y uno femenino.

Ella ríe mientras piensa: «No te creo, escamoteador del diablo». Pero «¿y si mañana fuera como él dice?». Ya siente un hormigueo en las manos.

—Princesa, la noche está muy avanzada, pero temo que no hallaréis reposo. ¿Me permitís que os cuente un cuento de mi país? En mi tierra se dice que los cuentos abren las puertas del sueño.

Lalla Yasmina sonríe. En otros tiempos la vieja Awara

solía recitarle poemas y contarle historias para conducirla al sueño. Lanza una mirada a quien esta noche la sustituye y se echa a reír.

—Adelante, cuéntamelo.

El cuento de la Fuifuí

Homar era un gigante. Pero no era uno de esos gigantes de tamaño mediano que se ven tan a menudo, no, era un gigante colosal que parecía haber sido engendrado por una montaña. Estaba a punto de cumplir los veinte años y comenzaba a ser consciente tanto de su inmensa soledad como de su insaciable deseo de una mujer.

Las que atrapaba con su mano se debatían tanto que, en su intento de querer dominarlas, las hacía puré. Otras, al verlo, se caían de espaldas, rígidas o fláccidas, dependía. Las agarraba, las olía y les levantaba las faldas, pero, al ver que no reaccionaban, las dejaba caer desde lo alto y se estrellaban blandamente contra el suelo. Entonces el gigante Homar lloraba todas las lágrimas de su cuerpo y, en su desesperación, ahogaba rebaños enteros de corderos con sus respectivos pastores. Suspiraba de un modo que partía el alma y las nubes anunciadoras de lluvia huían lejos de allí y chocaban entre sí produciendo apocalípticas tormentas.

Los habitantes del país, que no estaban nada descontentos con los servicios de su único y gigantesco guardián de la paz, al que mantenían de buen grado desde hacía veinte años, se asustaron ante las proporciones que adquiría el despertar de los sentidos en el gigante.

Cuando Homar se despertaba en medio de la humedad de la mañana, su sexo tenía el tamaño de un árbol joven. Nadie, ni siquiera los viajeros más exóticos, había oído hablar de una giganta de su tamaño. Sus caricias solitarias, que hacían temblar la tierra, agrietarse los muros y huir a los pájaros en bandadas, ya no le bastaban. Homar necesitaba una mujer y, ante la imposibilidad de encontrar una a su medida, soñaba con quitarse la vida.

Un día, su viejo preceptor —que durante las horas de clase se le sentaba en el hombro para susurrarle al oído las

lecciones de matemáticas, de filosofía, de geografía y de poesía, de las que Homar retenía lo que quería, es decir, muy poco—, sintiéndose conmovido por su angustia, decidió hablarle de una bruja de Adén que quizá pudiera ayudarle, pensaba él, a remediar su infortunio. Homar, alegre, convencido de que de ese modo encontraría la felicidad, se puso en camino en busca de la maga.

Anduvo durante mucho mucho tiempo y siempre solo, porque los hombres huyen de los gigantes. Como no tienen cerebro, creen que todo lo que es grande es malvado y que todo lo que es pequeño es amable. Homar caminaba a grandes zancadas hacia el lugar que su preceptor le había indicado. Dormía en los bosques, bebía el agua de los ríos, comía aquí y allá algunos corderos, a los que rompía el cuello con el dedo pulgar y el índice, y arrancaba algunos árboles, cuyos frutos saboreaba por el camino como si fueran uvas.

Para obtener información de los hombres ideó una serie de estratagemas. Dejaba una moneda de oro en el camino, y cuando alguien, ya fuera comerciante, bandido o mendigo, se detenía alabando a Alá y se inclinaba para recogerla, él, oculto detrás de unas rocas o en un espeso bosque, lo asía delicadamente por el calzón y, para no agujerearle los tímpanos, le preguntaba con un murmullo por el camino. Hacía lo mismo con un velo o una babucha de mujer y nunca tenía que esperar demasiado tiempo a que alguien se detuviera. Por desgracia, era raro que le contestaran con claridad, por lo cual anduvo en círculo y tuvo que dar la vuelta repetidas veces.

Finalmente llegó al solitario, escarpado y ventoso lugar en el que la maga daba lustre a sus poderes. Llamó con el dedo gordo del pie a la puerta negra del antro y, antes de que pudiera oír el más mínimo ruido, la bruja salió de las rocas. Era alta y muy flaca, y el gigante sorprendió en sus ojos unos reflejos rojizos. ¿No sería el fuego del infierno que ella alimentaba en su interior lo que vio en sus pupilas? La saludó y se sentó en el suelo, y la vieja, ni corta ni perezosa, se subió a una de sus rodillas para oír su petición.

—Ingeniosa costurera de los hilos de la vida, ¿necesitas

que despliegue ante ti mis sufrimientos? Tú los conocías antes de que saliera del vientre demasiado generoso de mi madre. Conoces la soledad sin fin. Conoces la tensión inútil hacia la vida que a la larga se transforma en impulso de muerte. Conoces el dolor del no amado, el angustioso abandono. Conoces la atenazadora tortura del deseo sin objeto y siempre renaciente. Conoces la trágica aspiración a compartir. Conoces…

—Sí, —respondió ella con voz ronca—, pero no creo que mis poderes sean tan grandes como para poder transformar todo ese plomo en oro. Vuelve a tu casa, reúne unas cuantas monedas de oro para poder pagarme cuando vaya a llevarte la solución y métete esto en tu enorme cabeza, gigante: los seres de tu especie se hallan en vías de extinción, por lo cual mi solución sólo será parcial. —Saltó al suelo y, antes de entrar en la caverna, se dio la vuelta y le gritó—: Debes de convencerte cada día de que el remedio que proporcionaré a tu tormento será el mejor que existe en el mundo. Prométeme que no lo rechazarás.

Bastante triste por la reserva de la maga, pero sintiendo a pesar de todo una pequeña llama de esperanza temblar en su interior, dijo:

—Te lo prometo.

Y como ya había caído la noche, se acostó en una pequeña hondonada no lejos de la caverna.

En medio del sueño se le apareció de pronto la bruja, que ahora tenía su misma altura, y le dijo:

—¿No tienes frío, muchacho?

Él entonces le tendió sus manos heladas y ella se las tomó entre las suyas, y aquel gesto, imposible para cualquier otra criatura, le maravilló. Las arrugas de la bruja se esfumaron como las nubes empujadas por el viento. Sus labios, sus mejillas, su pecho, se hinchaban a ojos vistas. Después se echó a su lado, le estrechó en sus brazos y le apretó entre sus piernas. Y durante toda la noche rodaron juntos en la hondonada.

¡Con qué placer deslizaba ella en su interior su monstruoso sexo! ¡Cómo le adulaba con amables palabras!

«Mi bonito tallo, mi bello derviche, mi mariposa, mi alegre raíz…». ¡Y cómo reía él! ¡Cómo mamaba golosamente de sus generosos pechos, cómo encorvaba sus riñones y la levantaba por la cintura! ¡Cómo apretaba con sus dedos la redondez de sus nalgas! De rodillas, frente a ella, no sabía si iba a morir por la dulzura de sentir su vientre contra el suyo, por sentir sobre su piel sus senos puntiagudos o por sentirse tan maravillosamente clavado en su interior. Conoció la inefable alegría de fundirse con una mujer que estaba hecha a su medida. A la mañana siguiente se despertó despellejado, desgarrado y lleno de cardenales, y al ver que estaba solo, se dijo que, decididamente, el deseo estaba volviéndole loco.

Regresó contento a su enorme casa de la montaña y, él, que dejaba siempre para pasado mañana lo que tenía que haber hecho seis meses antes, no dejó pasar un solo día sin que, a petición de los campesinos, arrancara de raíz un árbol demasiado viejo, reuniera con sus manos un rebaño perdido, quitara y volviera a poner los tejados cuyas carpinterías había que rehacer, desviara el río arrojando a su curso piedras gruesas como elefantes, recogiera en pocos minutos una cosecha ante la amenaza de lluvia, y otras muchas cosas más. Esta actividad cotidiana se prolongó durante todo un año, al final del cual tenía el cofre lleno hasta los topes de monedas de oro, el corral lleno de pollos, los graneros llenos de provisiones y el corazón lleno de impaciencia. Cada noche, en su lecho, se repetía diez veces: «La solución de la vieja será la mejor posible y no la rechazaré», y después se dormía sin soñar.

Por fin, un día llegó la vieja. Venía cubierta de polvo y a él le pareció más vieja todavía de como la recordaba. Caminaba con un bastón y llevaba a la espalda un enorme saco de cuero. Cuando él se acercó para aliviarla de su peso, le dijo: «Con suavidad, con suavidad, con suavidad». Él comprendió que la solución estaba en el saco y el corazón se le encogió. Así pues, era una pequeña solución. ¿A esto se refería ella cuando le había dicho que se trataba de una «solución parcial»?

Él, que esperaba una mujer con la que se dejaría caer por

las colinas, a quien ofrecería unos orgasmos titánicos, una mujer cuyos senos desbordarían sus manos, una mujer en la que podría hundirse por fin, se sintió torturado por adelantado a causa de la angustia de la decepción.

La vieja, todavía jadeante, le miraba. Sabía que ella leía en su interior como en un libro abierto. Se esforzó por ahuyentar sus sueños de grandeza. Si hubiera podido, los habría cortado con un sable o pisoteado con el pie, pues sabía que ya no tenían sentido. ¿Pero quién puede vanagloriarse de matar los propios sueños?

Instaló a la vieja sobre una alfombra, a la sombra del espeso emparrado, y lleno de impaciencia le sirvió un té. Después de haber bebido ruidosamente tres aromáticos vasos y de haber eructado profundamente, ella cogió su saco y deshizo los nudos que lo cerraban.

Dar una idea de la magnitud del horror y del desengaño del gigante cuando vio lo que ella sacaba del saco, sería casi tan difícil como describir la cosa, o el ser, que la maga depositó en la alfombra. Lo que cayó al suelo como un trapo arrugado era una criatura blanda como la pasta cruda, deshuesada, desnuda, de un horrible color gris, totalmente arrugada, y que flotaba en una piel tres veces más grande que ella. Su rostro, si puede emplearse esta palabra en este caso, era el de un gato decrépito. Tenía dos enormes ojos medio cerrados y una nariz aplastada que horrorizaron a Homar, quien no vio su boca, pero sí sus orejas puntiagudas y el matojo de pelos hirsutos que rodeaban su cráneo como las espinas de un cardo. El pequeño ser era fláccido y estaba como encogido. Tenía los miembros tan descamados que parecía un ser humano en la última fase de la caquexia. Temblaba ligeramente y Homar le oyó lanzar unos débiles vagidos que le hicieron sentir aún más repugnancia. El animalito parecía hallarse en el límite de sus fuerzas, muy próximo a la muerte.

—¡He llegado a tiempo! ¡Unas horas más y la Fuifuí hubiera muerto! ¡Muchacho, por veinte puñados de monedas de oro esta criatura de sueño es tuya! ¡He tenido que recorrer el mundo de arriba abajo y todos los rincones sulfurosos de la

tierra para encontrar esta maravilla!

De pronto, el gigante se sintió presa de la cólera.

—¿Cómo es posible —dijo sin contener la voz— que me hayas hecho trabajar y esperar un año para traerme este animal repugnante, este monstruo enfermizo? ¿Te estás riendo de mí?

Y avanzó su grueso dedo hacia la nariz de la bruja. Le hubiera gustado hundírselo en su sonrisa burlona, pero ella posó ligeramente la mano sobre su dedo y a él le pareció que la suya se había convertido en hielo y que iba a romperse de un momento a otro. Tenía todo el brazo paralizado. Con una risa burlona, la bruja hizo que cesara el encantamiento. El brazo de Homar volvió a caer. Comprendió que no tenía la suficiente talla para luchar contra ella.

—La Fuifuí no es un animal repugnante —continuó la bruja como si no hubiera pasado nada—, es medio humana, porque es hija de una mujer y de un genio lúbrico. No se alimenta de alimentos azucarados o salados como los humanos, sólo vive de mimos, caricias y cosquillas. ¡Su mayor cualidad es que es eminentemente eréctil! No te fíes de su tamaño actual. Por supuesto, nunca será tan grande como tú, pero cuando esté saciada de caricias, sobrepasará a todas las humanas conocidas.

En ese momento la criatura dejó caer su gruesa cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Oh, por Horas! ¡Mientras nosotros discutimos como dos estúpidos, la pequeña Fuifuí se está muriendo!

Se aproximó de rodillas hasta el animal agonizante, que estaba más arrugado que un feto de marsopa, y, llena de inquietud, comenzó a frotarle la cabeza y los hombros puntiagudos y a desagarrotarle los dedos.

—La he transportado en este saco de cuero forrado de lana de cordero, me he preocupado de añadirle un ovillo de seda viva, un fardo de piel humana y otro de plumón de pájaro, y ya ves: ¡sigue sintiendo una gran carencia! Sólo le gustan los mimos de los seres vivos. ¡Pero no precisamente los de esta vieja!

La levantó sin esfuerzo y, antes de que a él se le pasara

por la cabeza huir, se la puso en los brazos. Creyó que iba a vomitar al sentir el contacto del animalillo, que era frío y blando y no le gustaba nada. Pero al echar una ojeada al pequeño rostro retorcido por el sufrimiento, le pareció ver en él la imagen misma de su deseo insatisfecho. Sintió piedad. Colocó su palma sobre la frente de la Fuifuí y comenzó a acariciarla.

La reacción de la pequeña criatura no tuvo nada que ver con la que, adormilada, había tenido bajo los dedos de la vieja. Esbozó una sonrisa. Él sentía entre sus manos cómo iba recuperando el calor, el volumen y la tonicidad. A los pocos minutos ya no le daba asco su contacto. Su piel era tan fina como la de las ranas, pero irradiaba calor. Ya no era gris, adquirió primero un color rosáceo y después un bello color albaricoque, y las mejillas se le pusieron coloradas.

El propio Homar sintió que enrojecía de confusión ante aquellas transformaciones. El pequeño rostro triangular había ido llenándose bajo sus caricias. La boca, metida para dentro hacía unos minutos, se entreabría, pulposa, llena, con los labios perfilados y de un rojo tan intenso como el de la rosa de Chiraz. Los ojos de la Fuifuí estaban totalmente abiertos. Eran unos ojos extraños, verdes, con la pupila vertical.

Su risa brotaba como el agua fresca. Levantó los brazos, que milagrosamente también se habían redondeado, y dejó ver bajo sus axilas dos matojos pelirrojos, suaves como el pelo de los conejos. Sus pechos, hacía un instante fláccidos y rugosos, eran ahora rollizos y tiernos. ¡Homar estaba maravillado! Pero su sorpresa fue todavía mayor al verla estirarse y descubrir que su vientre bombeado se hallaba cubierto hasta el ombligo con el mismo pelaje suave de las axilas y la cabeza. No pudo resistir la tentación de acercársela al rostro y acariciarse con ella la mejilla. La Fuifuí se agarró a sus orejas y a sus cabellos y pegó el vientre y los senos contra su rostro, dando grititos de placer. Después, de pronto, sin que él comprendiera cómo había podido hacerlo, se le escapó de las manos y se le metió por dentro de la camisa. Pegada contra él, se desplazaba ondulándose. Le cubría de besitos y escondía la cabeza bajo sus brazos.

Describir a un simple mortal la sedosa suavidad de la piel y de los pelos de la Fuifuí es imposible, porque ésta tenía algo de diabólico, o quizá de divino, ¿quién sabe? Ninguna enamorada del mundo podía alcanzar su grado de sensibilidad y de apetito por el otro, porque su vida dependía de su contacto con la piel de su pareja. Al haber estado a punto de morir por falta de una suave piel viril, mostraba en la exploración del gigante un ardiente entusiasmo. Consiguió deslizarse en el interior del gran sirwal, para frotar sus mejillas y todo su cuerpo contra la parte más suave del gigante. Éste, privado desde siempre de todo tipo de abrazos, sentía sus grandes pies despegarse del suelo. El mundo perdía sus contornos, los colores y los ruidos se volvían borrosos… Homar subía al paraíso.

—¿Te la quedas entonces o no?

El gigante regresó a la tierra, sofocado, atontado, confuso por haber olvidado que la bruja estaba allí mirándolos. Sacó a la Fuifuí de su calzón. Estaba resplandeciente, rolliza, había adquirido un color cobrizo y su pelaje brillaba con reflejos de plata. ¡Era verdad que había aumentado de tamaño! Pero para Homar aquello ya no tenía importancia.

—Sí, me la quedo.

—Entonces págame para que me vaya.

Asió el saco de la vieja y se fue a rellenarlo de monedas de oro. Ella no le dio las gracias y partió ligera, como si no llevara nada.

La Fuifuí, sentada sobre los hombros del gigante, se le acurrucaba en el cuello y los cabellos. La bruja había olvidado decirle que, a fuerza de cuidados, de besos y de atenciones, la Fuifuí podía acabar por hablar, por hacerse inteligente, pero él no tardó en comprobarlo. Su cerebro, alimentado de cariño, no tardó en florecer del mismo modo que su cuerpo.

Una vez desaparecida la bruja, la Fuifuí continuó con sus investigaciones, pero esta vez hizo comprender al gigante que quería que se desnudara. A pesar de ser rolliza, era ligera y, al cerrar los ojos, el gigante imaginaba que un ángel recorría su cuerpo. ¡Pero sus juegos no eran los de un ángel! Le

mordisqueó las puntas de los pechos y de las orejas, se sentó sobre su boca retorciendo sus rollizas nalgas de una manera exquisita y, por último, descendió rodando y ronroneando hasta su vientre, sin temer los movimientos de aquella cabeza de cíclope que golpeaba la tensa piel con la cadencia de un tambor de guerra. Se apoyó contra aquel tronco monstruoso, lo puso vertical, lo apretó entre sus muslos y sus brazos calientes, escaló el mástil bermejo y se deslizó por él. Repitió aquella operación una, dos, diez veces más, ascendiendo y deslizándose a un ritmo cada vez más rápido. Al haber ganado en agilidad, consiguió mantenerse en equilibrio sobre el vientre, en la punta del pico de Homar. Intentaba entre risas girar sobre aquel eje totalmente recorrido de temblores, cuando el gigante, no pudiendo retener durante más tiempo su placer, se dejó ir. Aquel volcán lechoso proyectó a la Fuifuí casi hasta el techo y después la dejó caer al pie de la cama.

Transcurridos unos minutos de inconsciencia divina, el gigante, mortalmente inquieto, recogió a la Fuifuí y, al no saber qué hacer, la acunó en sus brazos murmurándole las canciones que, escondido, oía cantar a los enamorados.

Amada mía
Amada mía
No rechaces mi amor

Amada mía
Amada mía
con cutis de flor

Amada mía
Amada mía
Escucha mi dolor

La Fuifuí abrió un ojo, pero, al acordarse de su desventura, fue tal la cólera que la invadió, que adquirió un horrible color violeta y, levantando los labios, clavó sus

puntiagudos dientes en el sexo todavía firme del gigante. Homar dio tal bote —por suerte, la Fuifuí había saltado ágilmente sobre la cama— y lanzó tal aullido, que todos los caballos de los alrededores perdieron su cola. Las piedras que había echado en el río para embalsar el agua se rajaron. En los vientres de las mujeres y de todas las hembras animales, los pequeños comenzaron a girar como peonzas. Los frutos de los árboles cayeron a montones al suelo y el minarete de la mezquita se quedó para siempre inclinado. Toda la población permaneció durante más de una hora paralizada por el aullido, en la posición en la que había sido sorprendida, lo cual proporcionó una hora más de vida al criminal arrodillado en la plaza con el sable en la nuca y provocó luego en el verdugo unas terribles agujetas.

Durante ese tiempo, la Fuifuí, cuya ternura se desarrollaba al mismo tiempo que su cuerpo, lamía con su pequeña lengua aterciopelada las lágrimas del gigante y las minúsculas gotas de sangre que brotaban de la herida. Volvió a frotarse contra él sin rencor y Homar comenzó a volar otra vez en un mundo de rara voluptuosidad, inconsciente de los trastornos que había causado.

El gigante, como arma disuasiva, debía dar una vuelta alrededor del pequeño país una vez por semana. Aparte de esto no hacía otra cosa que disfrutar de la maravillosa variedad de caricias, besitos, cosquillas, lametones y otros mimos ideados por la Fuifuí.

Ahora que ella sabía hablar, que hacía gala del más fino de los humores y de una poesía que hacía que se le saltaran las lágrimas, el gigante se sentía colmado. Se llevaba a la Fuifuí a sus viajes y nunca se aburría.

La Fuifuí, que tenía alma de saltimbanqui, perfeccionaba diferentes números de escalada, de deslizamiento, de equilibrio, de acrobacia y de contorsión sobre el cuerpo del gigante. Éste se habría partido de risa si ella no le hubiera exigido que permaneciera inmóvil para no estropearle la representación. Lo que más le gustaba era el número de trapecio que la Fuifuí realizaba sobre su sexo, mientras él permanecía de pie al lado de la cama. Giraba sobre aquel

soporte horizontal, se sentaba a horcajadas sobre la barra, echaba el cuerpo hacia atrás y, ciñendo con las pantorrillas aquel asta, se balanceaba con suavidad, radiante de ligereza, el rostro iluminado de placer, atenta a las más mínimas oscilaciones, a los rápidos temblores, a los estremecimientos, a las profundas palpitaciones, a las amplias oscilaciones de aquel bauprés viviente.

El incidente del primer día no volvió a repetirse nunca más, porque ella aprendió muy pronto a conocer a su gigante y, acorde con sus deseos, aceleraba sus abrazos y sus mimos o los ralentizaba hasta darles una suavidad que alejaba todo peligro. Sabía cuándo tenía que pegarse más estrechamente a él para sentir, en medio de ella, desde sus muslos hasta su mejilla, contra su vientre y su cuello, subir el formidable espasmo de Homar, quien cruzaba las manos en forma de cuna para que ella, desmayada a la segunda sacudida, pudiera caer sobre ellas. Había aprendido a acariciarla con la punta del dedo, con la punta de la lengua o con un plumón de cisne. Su cuerpo se cubría entonces de flores con cuatro pétalos blancos: era su forma de estremecerse.

Los primeros orgasmos de la Fuifuí asustaron mucho al gigante. Dando un gran suspiro perdía el conocimiento, pero, al contrario de los desmayos humanos, los suyos la despojaban de todo su peso. Él tenía la impresión de tener entre las manos sólo una muda de insecto. El cuerpo de la Fuifuí se convertía en una ilusión, en un sueño. Su carne desaparecía. Pasados unos minutos y de forma gradual, la sentía de nuevo pesar ligeramente, como si poco a poco su cuerpo volviera a su envoltorio. Después abría los ojos, sonreía y decía: «¡Qué calor tengo!», o bien le decía con su vocecilla: «¡Te quiero, gigante mío!», o se reía llevándose la mano a su bonito fuifuito rosa y recomenzaba sus cabriolas diciéndole al oído: «¡No te sonrojes, Homar mío!».

La felicidad de la Fuifuí y del gigante duró varios años. Pero por desgracia esta historia acabó muy mal, porque la Fuifuí había tomado la costumbre de bañarse todos los días en un gran barreño de esperma de Homar, que ella perfumaba, dependiendo de su humor, con pétalos de rosa,

con corteza de cedro o con almizcle. Flotaba durante horas en aquel líquido espeso y translúcido, que, además de proporcionarle un gran placer y una gran relajación, ella pensaba que le aclaraba el cutis.

Lo que tiene que ocurrir, al final siempre sucede: ¡la Fuifuí se quedó embarazada del gigante! En pocos días su vientre alcanzó unas proporciones monstruosas, y justo cuando iba a apoyarse en un gran ciprés para recuperar el aliento, explotó en cien mil partículas que cayeron al suelo y resucitaron enseguida en montones de flores de pétalos rojizos como su piel y de finos estambres como su pelaje.

¿Qué ocurrió con el gigante? Lloró tanto que inundó el valle con sus lágrimas, ahogando a hombres y animales y tachando de la historia a aquel pequeño y tranquilo país. Al final, él mismo se arrojó a su lago de lágrimas. Este lago existe todavía y los viajeros lo llaman Llantodomar.

Parece ser que, si se busca durante mucho tiempo, es posible encontrar en sus orillas unas flores preciosas de sensitivos pétalos, con un fuerte olor a esperma. Algunos aventureros arriesgan su vida para conseguir sólo una y confeccionar con ella millones de litros de poción soberana contra la frigidez de las mujeres, ya que su principio es enormemente activo.

La sultana está encantada.

—Hombre, quédate aquí, creo que vamos a entendemos.

Después se duerme feliz. Él, acurrucado cerca del lecho, oye el sable del gran eunuco rascando el muro del pasillo. Sonríe.

La segunda noche se desarrolla tal y como el hombre de miel la había anunciado. La sultana descubre las cualidades de sus propias manos, hasta entonces desconocidas para ella. Antes de conocer a Shera-Zaide ignoraba que estaban dormidas, casi muertas. Ahora, apenas posarlas, vibran y sienten el calor, la textura y la elasticidad con una intensidad que parece milagrosa. Yasmina cierra los ojos y recorre con sus nuevas manos el cuerpo del mago. Distingue bajo sus dedos la ínfima diferencia de textura entre la parte exterior e interior del brazo, la tersura de la pantorrilla y de la frente, el aterciopelado divino del lóbulo de la oreja, la seca firmeza de la palma, la seda del tobillo, la fragilidad de pétalo entre los dedos de los pies, el terciopelo de las nalgas, ¡y otro cuerpo, de una belleza más sutil, comienza a nacer bajo sus manos! Mimosas, solícitas, recorren su propio cuerpo, deteniéndose en las partes más suaves: la aureola de los pechos, los pliegues de la axila, el surco de las nalgas, para aprisionar por fin ese animal sedoso que le late entre los muslos; y después se posan sobre las frescas baldosas, las maderas del lecho, la alfombra, el cuero de los cojines y las paredes.

Yasmina sale al jardín. Las gotas del surtidor de agua que besan sus palmas y lamen sus muñecas la hacen gemir. Abraza el tronco del gran limonero y siente en las yemas de los dedos las pulsaciones de la savia. Roza la hierba y descubre el hormigueo de las mil vidas ocultas en la tierra. Quisiera volver a sentirlo todo, como el viajero que, al ver brillar el sol, sueña con desandar el camino recorrido en medio de la bruma.

Shera-Zaide sonríe ante su embelesamiento.

—Princesa, tampoco sabéis lo que significa caminar. Mañana, cuando haya hecho de vuestros pies unos pájaros

llenos de vida, un nuevo universo se abrirá para vos. ¿Queréis que mientras tanto os cuente otro cuento?

Sí quiere. Y también quiere tocarle a cada instante. Si se aleja, un dolor atraviesa el corazón de sus manos. Las lágrimas le suben a los ojos. Su deseo ha perdido la cabeza, este mago se lo ha cambiado de lugar. El pájaro ya no está entre sus muslos, sino que palpita en sus palmas y ella sólo quiere acariciar, acariciar sin fin su sexo liso, sentirlo temblar y gozar entre sus dedos y nada más. El comienza a hablar, ella le escucha, sus ardientes manos entre los muslos de Shera-Zaide.

Sólo mi parte

El viento aúlla como mil lobos. Es la primera tempestad de nieve del invierno en este país de inaccesibles montañas, donde durante seis meses interminables el universo está pintado de gris con motas blancas. ¡Desgraciados aquellos que se ven sorprendidos por la tempestad! ¡Los copos helados se les meten por las narices hasta asfixiarlos! En las casas de barro, bajas como hormigueros, con las junturas y las rendijas guarnecidas con paja, el viento se introduce por los más mínimos agujeros, incluso por los que son finos como una aguja, y hiela el interior.

En medio de la tormenta, tres encorvadas siluetas humanas caminan dando traspiés. Suben. ¿Qué esperanza las sostiene? ¿Acaso la de escapar de la ventisca rompiendo el cielo compacto? Avanzan más grises todavía que el gris del mundo. De pronto se detienen, dudan, toman otra dirección. ¿Van a penetrar en la montaña como hacen los malvados enanos? No, se detienen delante de un vago montículo pegado contra la pared de roca. ¡Es una casa!

Una de las figuras humanas se lanza contra la puertecita y cae de rodillas en el umbral. La puerta se abre lentamente. Una pequeña criatura aparece, se inclina sobre el hombre caído y, ayudada por los otros dos, lo arrastra hacia el interior.

Dentro hace calor. Hay un pequeño fuego.

Sin duda alguna, los tres caminantes son hombres, pero no podrán hablar hasta que el hielo que ha sellado sus labios se derrita, ni podrán moverse antes de que sus miembros se calienten. Permanecen apiñados delante del hogar, estupefactos. La mujercita, vestida con un pantalón de flores azules, va y viene alrededor de ellos con una toalla en la mano, secando los charcos de su deshielo.

Pronto los tres hombres recobran toda su flexibilidad. Se

levantan, se estiran y hablan en voz baja tratando de que no les oiga la mujercita, que, agazapada en el fondo de la habitación, no les quita ojo.

Son tres soldados, mejor dicho, tres desertores de un ejército derrotado muy lejos de su país y empeñado en revanchas inciertas.

Tres cómplices que han tenido el valor —o la cobardía— de rechazar la muerte prometida y de adentrarse solos a través de este temible país lleno de enemigos, donde las mujeres son bellas pero bajan por las peñas detrás de sus cabras con tal aspecto de locas, que hacen retroceder al extranjero. Hay que ser uno de los suyos, convertidos en guerreros nada más ser destetados, secos, pelirrojos, más dulces que la miel con los niños, sin piedad alguna hacia el adversario; hay que ser uno de esos hombres que se desafían mutuamente por el más mínimo motivo, que se matan por un quítame allá esas pajas y cortan las carótidas como si fueran quesos de oveja; hay que ser uno de esos salvajes para poder enfrentarse a estas mujercitas sin velos ni pañuelos. Ésta es uno de esos demonios. Sus ojos verdes no parpadean.

Los hombres han comprendido. No han conseguido llegar a tiempo al puerto: tendrán que permanecer en la cabaña hasta que las nieves se derritan. ¡Van a tener que permanecer allí por lo menos cuatro meses! ¿Y con qué provisiones? Ya han masticado y comido la lana de sus macutos, las correas de sus polainas, los bolsillos de sus pellizas, las botas e incluso un poco de un compañero que murió en el desfiladero. Esta mujer no debe de ser muy rica, tendrían que matarla para repartirse sus provisiones y enterrarla en la nieve para tenerla de reserva, ¡nunca se sabe!

—¿La matamos?

—Sí.

—Bueno.

Se levantan humeantes, inmensos en la casita, sus cejas negras fruncidas con maldad. Sus cabellos, pringosos de mugre y sangre, rozan las vigas. Avanzan hacia ella.

—¡No os mováis!

La mujer, pegada contra la pared, ha extendido sus puños.

En cada uno de ellos lleva un puñal. Los hombres se palpan. Los ha desarmado mientras se descongelaban. En la sombra, sólo ven las brillantes y afiladas hojas de los puñales y el blanco de sus ojos inmóviles y de sus dientes. No tiembla. Encogida sobre sí misma parece una fiera acorralada. Si tratara de defenderse, podría perfectamente herirles de muerte.

¿Han padecido todo lo que han padecido para acabar ensartados por una mujer?

—¿Por qué me queréis matar?

—Para comer.

—Mis provisiones están muy bien escondidas y, si me matáis, moriréis de hambre.

Guardan silencio. La mujer sostiene los puñales con las puntas hacia abajo, como una persona que sabe manejarlos. Su rostro refleja una tranquilidad implacable.

—Escuchadme: es verdad que siendo cuatro nos resultará difícil pasar el invierno, pero a veces una hambrienta cabra montés viene a mordisquear el heno de mi tejado, y entonces de un hachazo…, ¡hop! Además, al final del invierno se puede cazar, es posible encontrar liebres congeladas dentro de sus madrigueras… He pasado diez inviernos aquí. Dios os ha enviado a mí, compartiremos las provisiones como hermanos, pero tenéis que jurarme por lo que más queráis que seréis honestos conmigo.

—En primer lugar, ¿quién nos asegura que tus provisiones están escondidas?

Ella baja la cabeza.

—Buscad.

La casa sólo consta de dos piezas, aquella en la que se encuentran y, detrás, otra, abierta en la roca. Los tres truhanes comienzan a registrarlo todo, a levantar y a mover los muebles, a lanzar por los aires todos los enseres. ¡Pero no encuentran nada de comer!

—¿Me creéis ahora?

—Tienes razón, las has escondido muy bien.

—Juremos juntos y después os enseñaré el escondite. Tú, por ejemplo, ¿qué es lo que más quieres en este mundo?

El hombre se queda de pronto con la mirada perdida, la mandíbula colgante. Parece estar viendo un fantasma.

—A mi hija.

—Jura por tu hija que sólo comerás tu parte y nada más que tu parte.

—Te lo juro por la vida de mi hija.

—¿Y tú?

—Juro por mi querida madre que sólo comeré mi parte, nada más que mi parte y toda mi parte.

—¿Y tú?

—…

—¿No hay algo que quieras más que nada en el mundo?

—No.

—¿Ni siquiera por encima de ti? ¿Ni siquiera algo de ti?

—Mis ojos.

La mujer ríe.

—Estaba segura de que ibas a decir otra cosa…, bueno…, ¡pues por tus ojos!

—¿Y tú, mujer?

—Yo sólo me tengo a mí. Juro por mi vida no comer más que mi parte, nada más que mi parte y toda mi parte.

Entrecruzan las manos formando una cadena y se concentran.

—¡Muera el que falte a su palabra!

—¡Muera!

—¡Muera!

—¡Muera!

La mujer toma una lámpara de aceite y los conduce a la habitación redonda con las paredes de piedra, en la que se amontona la impresionante provisión de leña, ahora dispersa aquí y allá por los tres hombres. Al llegar al centro de la estancia, la mujer levanta la mano y toca una piedra que sobresale ligeramente de la bóveda. Ante ellos, una losa gira sobre su eje descubriendo un estrecho pasillo repleto de sacos de gruesa tela o de cuero, de barricas y de jarras aceitosas. De las paredes cuelgan algunos cuartos de carne seca, ristras de pescado ahumado y ramilletes de hierbas olorosas.

A los tres valientes les flaquean las piernas. El olor a

especias que les llega a las narices hace que la cabeza les dé vueltas. La mujer, con los dos puñales en el cinturón, los observa vacilar.

—Si queréis, os preparo una comida, y después volvemos aquí y repartimos todo en cuatro partes iguales. Sólo vendremos a buscar comida los cuatro juntos. Cada uno se racionará tal y como lo desee, pero aquel que acabe el primero su parte, que no espere que los demás se apiaden de él.

—¡De acuerdo!

—¡De acuerdo!

—¡De acuerdo!

Tras acabar el guiso, los hombres descansan somnolientos alrededor del fuego. La mujer, sentada en un escabel, les cuenta que en el valle venden a buen precio la hierba para mascar que da vigor, y las lágrimas de las flores del sueño. Los tres hombres la miran con ojos ávidos. Como es una mujer solitaria, no se da cuenta de que está sentada con las piernas abiertas. Las miradas de los hombres convergen en el centro de sus muslos, que ella abre y cierra animada, feliz de que alguien la escuche. Describe la belleza de los campos de adormideras en primavera, les habla de su trabajo minucioso, extenuante, y de cómo tardó cinco inviernos en cavar su refugio en la roca. Los hombres han dejado de carraspear. De pronto ella aprieta las piernas y se levanta. ¡Demasiado tarde! ¡Ya están encima de ella! Al sacar los puñales ha cortado el cinturón y el pantalón se le desliza sobre las caderas. Retroceden.

—No queremos matarte, pero por piedad, déjanos, déjanos…, hace tanto tiempo que no hemos estado con una mujer… Déjanos que te…

Extienden las manos hacia ella, que aúlla aterrorizada.

—¡Deteneos! ¿Acaso no sabéis quién soy?

—No.

—¡Soy la viuda maldita!

—…

—Sí, me casaron hace diez años con un viejo muy achacoso. La noche de bodas se murió encima de mí. ¡Estoy

maldita! ¡Todo hombre que penetre en mí verá su miembro asarse como una salchicha en las brasas y morirá de inmediato!

¿Han padecido todo lo que han padecido para acabar achicharrados en el horno de una mujer?

La mujer vuelve a anudarse el pantalón.

Sentada, solloza.

—¡Estoy maldita, maldita, maldita! ¡Y esos campesinos con corazón de perro me han desterrado!

Los hombres, con una mano entre las piernas y la otra bajo el mentón, la observan incómodos. Alza los ojos hacia ellos, pero sólo un poco, cae de rodillas, tiende las manos hacia aquel que ha jurado por su madre querida. Él da un paso hacia adelante. Ella arrima su boca a la mano de él, y él la retira, aplasta sus labios sobre su miembro, duro como un garrote de madera, desabrocha los diez botoncitos de metal que cierran su pantalón militar y saca una escardadera magnífica, brillante, erguida como un caballo que no ha galopado desde hace un mes. La toma en su mano y, con los ojos cerrados, la lame y le hace arrumacos, mientras que los otros dos la miran con los ojos fuera de las órbitas. Pronto el hombre se ve sacudido de pies a cabeza y ruge de placer. Ella mantiene su sexo en la boca y traga y saborea el abundante esperma, que tiene un ligero gusto a avellana y está espeso por tan larga espera. El hombre titubea y se retira. Sin abrir los ojos, ella tiende las manos y se pasa la lengua por los labios. Los otros dos hombres se pelean. El más violento toma brutalmente la cabeza de la mujer y le introduce el glande en la boca. Ella lo lame y lo menea. Él no aguanta más. El tercero, como ha mirado tanto, explota en el momento en que ella lo desliza entre sus labios. Como una gata, limpia hasta la última gota de la agitada flauta que no deja de estremecerse.

—No quiero mataros. Seré vuestra mujer de boca.

Mueven la cabeza aturdidos. El primero mira alucinado los labios de la viuda, que pronuncian de forma perentoria:

—¡Pero sólo una vez al día!

Mientras el viento ruge fuera y la nieve y el hielo

extienden sobre la vida su blanco y espeso manto, los cuatro organizan su existencia. Han ensanchado la cama demasiado estrecha añadiendo dos fardos de paja que han recubierto con los recios abrigos del ejército. Duermen pies contra cabeza. La viuda cambia cada noche de vecino. El que duerme junto a ella se encuentra enseguida con la cabeza de la viuda entre sus piernas; ese día tendrá el privilegio de gozar por segunda vez, metido en la madriguera almizclada de las mantas, entre los otros dos hombres jadeantes, el rostro apretado entre los muslos de la mujer, inundado por su jugo picante, que golosamente traga, mientras al otro extremo la infatigable boca de la mujer aspira. Sólo allí, Número tres —porque ella les ha bautizado así: Número uno, Número dos y Número tres — puede hacer cosquillas, acariciar y cubrir de besos, hasta quedarse dormido, los pequeños senos y las duras nalgas de la mujer y hacerla gritar de placer gracias a su lengua escarbadora, a su mano peonza y a sus dedos ágiles como pececillos.

Cada día los tres soldados quitan la nieve acumulada sobre el tejado para impedir que la chimenea se ahogue. Han abierto un profundo pasillo delante de la puerta para poder orinar lejos de la casa; pero ella prefiere caminar sola, hundida en la nieve hasta la cintura, para hacer eso mismo. Camina hasta muy lejos, nieve o haga viento. Ellos, hombres de tierras cálidas, no pueden seguirla. Desaparece detrás de una gran roca. Les ha contado que, en la montaña, si un hombre ve a una mujer orinar o hacer algo peor, su mazo se convierte en babosa hasta el final de sus días. Ellos prefieren que se aleje.

¿Han padecido todo lo que han padecido para ser transformados en babosas por una meada de mujer?

A veces, Número tres tiene la impresión de que ella vuelve con algo bajo el sayo.

Una vez a la semana calientan un gran barreño de nieve, en el que los tres hombres se lavan, se frotan, comparan sus vergas y ríen como niños. La mujer los observa como gato al acecho y se acaricia con la mano izquierda. Mientras ellos quitan la nieve del techo, ella se lava sola, la puerta cerrada

con cerrojo.

Por la mañana, una vez que han quitado la nieve, van juntos a la caverna secreta y toman de su parte respectiva lo que creen que van a necesitar durante el día. Cada uno de ellos cocina su única comida cuando quiere. Se sirven té claro de un cazo y le añaden de vez en cuando un pellizco de hierbas negras y tres puñados de nieve.

Para pasar el tiempo, los hombres se intercambian recetas de cocina. Número uno juega a los agujeritos con Número dos, y Número tres peina los enmarañados cabellos de la viuda. Y después llega el mediodía, o al menos la viuda así lo cree, pues comienza a agitarse, a apretarse los pechos, a sacar su lengua puntiaguda, arrasa el juego de los agujeritos y se lanza sobre el sexo de Número dos. Es su turno. Jamás ha cambiado el orden. Número dos ríe, exclama, describe y grita su placer. Número tres está preparado, Número uno adorna su virilidad con un pañuelo. La mujercita se lo arranca de las manos sin dejar de chupársela a Número dos.

Por la tarde los hombres se aburren, discuten entre ellos, se gritan, se reconcilian, juegan, duermen, bromean, se cortan las uñas de los pies y los pelos de la nariz, y se rizan el bigote. Número uno habla de su pueblo; Número dos, de su familia; y Número tres cuenta historias que harían empalmarse a un muerto. La última hasta la fecha, después de «La mujer de mil patas» que consiguió agotar en una noche a todo un ejército de infieles, se titula: «La mujer de los mil sexos».

—Con tres tendríamos de sobra —señala Número uno, que no tiene sentido alguno de lo maravilloso.

Los montones de alimentos disminuyen. Cada uno lanza miradas furtivas sobre el de los otros antes de servirse cada vez más parcamente. Intentan ayunar, pero después de que el deseo les haya empujado hacia la boca de la viuda, sienten de una forma inexorable el gusanillo del hambre.

Se echan siestas cada vez más largas, ven a sus compañeros cada vez más delgados. La viuda, a pesar de haber estado enferma, es la única que no cambia. Ha tenido unas fiebres que la han obligado a permanecer en cama

durante varios días, sin fuerzas.

Ante el temor de que pudiera morir y la impaciencia por verla retomar sus costumbres, los tres desertores han podido darse cuenta de hasta qué punto el placer que ella les procura se les ha vuelto indispensable. Ni siquiera han pensado en matarla. Más que el hambre, les consume el deseo de su boca. Para festejar su curación, les ha chupado con voracidad dos veces: Uno, Dos, Tres, Uno, Dos, Tres, por orden, insinuando sus dedos sobre sus muslos, entre sus nalgas, cerrando sus manos sobre sus cojones como sobre un pájaro. A Número tres le ha parecido que, para estar convaleciente, muestra demasiada energía, y que su lengua se halla lejos de estar pastosa.

Como no proceden de la misma región, Número uno llama a la actividad de la viuda: «Extraer la miel», Número dos: «Hacer salpicar el yogur», y Número tres: «Saborear la nata», y sueñan…

Después el entusiasmo de la fiesta decae. Los hombres necesitan cada vez más tiempo para quitar la nieve. Sus gestos se vuelven lentos e inciertos; sus miradas, aleladas; sus mandíbulas, colgantes, pero ninguno quiere prescindir de la cita del mediodía. Su leche ya no surge con tanta abundancia. A veces son necesarios todos los mimos de la viuda, las ásperas palabras con las que fustiga su virilidad, para poder por fin metérselos en la boca como grandes pimientos morados. Chupa y mama, lame y aprieta, y va y viene tan rápido, sin rozarlos jamás con los dientes, que de pronto se sienten transportados a otro lugar, tumbados sobre sus respectivas mujeres, y la viuda recoge un chorrito, algunas gotas. Con las piernas tambaleantes, se apoyan en la pared.

Del fondo de los sacos de provisiones ha desaparecido el último puñado de guisantes secos. Los hombres ya no salen de la casa. Tienen frío. La viuda les ha ayudado a desplomarse ante el fuego. De vez en cuando se yerguen apoyándose sobre los codos para tomar el recipiente de barro que utilizan como orinal. La viuda lo vacía a diario fuera de la cabaña. Los hombres, en la neblina de su agonía, la ven ir y venir por la casa. Tragan saliva crispando sus cuellos de

buitre. La piel de su vientre se pega a la de su espalda. Sus manos son garras que llevan inútilmente a sus bocas. Sus ojos están hundidos; sus labios, secos; sus bocas, fétidas. La viuda, tranquila, les lleva agua cuando alguno de ellos tiene fuerzas para pedirla. Número tres intenta recordar lo que ha pensado. Le parece que hace una eternidad pensó en algo muy importante respecto a ella, ¿pero el qué?… Ya no se acuerda, ya no se acuerda… Ah, sí…, pensaba en los montones de víveres…, vivir…, vivir…, la viuda vive…, su montón se ha acabado como los nuestros… ¿Entonces?… ¿Entonces?… No sé nada más… Tengo sueño… Ella…

Mueren en desorden. Primero muere Número dos y después, Número uno. Número tres ve cómo la viuda los arrastra hasta la puerta. Sus pies desnudos desaparecen en un torbellino de copos de nieve. La viuda vuelve mucho tiempo después toda cubierta de nieve.

—Su sayo…, sí…, sí… Eso es lo que yo pensaba…, sí… ¡Debajo de él debe de esconder algún alimento!

La viuda lanza una mirada al moribundo mientras saca de debajo de sus harapos un trozo de carne negra y un saquito de lentejas. Sus miradas se cruzan. Al hombre se le abren los ojos de par en par. Hace varios días que no puede hablar. Ella sabe que conservará esa expresión de horrorizada sorpresa hasta que la nieve se funda. Su nariz, afilada como el pico de un águila, se dibuja en la sombra. Ella se acerca a él y le murmura al oído: miel, yogur y nata, sólo he comido mi parte, nada más que mi parte, sólo mi parte.

¡Qué historia más maravillosa! ¡Creo que nunca he escuchado ninguna parecida! La sultana, recostada, unta generosamente sus senos y su vientre con esperma, y sus manos, por fin, encuentran la serenidad.

—Zia dice que el esperma es bueno para…

Shera-Zaide se quedará sin saber lo que dice Zia. Con la mejilla apoyada en el alto colchón, oye a Yasmina quedarse dormida y después se extiende sobre la alfombra de suave lana.

La tercera noche, Shera-Zaide despierta los pies de Yasmina como antes ha hecho con sus manos. Ella exulta al sentir en sus pies el contacto de la seda, de la tierra, de la piel flexible de las mejillas de Shera-Zaide, al sentir la redondez de sus hombros en el arco de sus pies. Lo suave, lo rugoso, lo liso, lo caliente, lo palpitante, todo es nuevo para ella. Ordena que le traigan dos cachorros de tigre, últimos presentes de un maharajá que arde por preservarla de las dos desgracias más terribles que pueden acaecerle a una mujer: el poder y el celibato. Con un pie sobre cada uno de los cachorros, con los dedos de los pies hundidos en el pelaje espeso de su vientre, ella se muere de placer. Después posa sus pies sobre los muslos de Shera-Zaide, que se encuentra arrodillado frente a ella. Le aprieta el sexo y le obliga a forzar el estrecho paso entre los dedos de sus pies. Cuando lo consigue, ella echa la cabeza para atrás y gime. Él se divierte con ese simulacro y después le aprisiona los pies y se los besa. Mimándolos como a dos garitos, les cuenta el cuento de los lindos pies.

Cuento de los lindos pies

Harun era un viejo lúbrico. Era uno de esos hombres que, cuando sienten que su vigor empieza a decaer, no optan por disfrutar de la amistad, de las artes y de la tibieza de los días, sino que se agarran tanto al placer camal, que llegan a obsesionarse con él. Todo el mundo sabe que esta falta de sabiduría puede llevar a este tipo de viejos incluso a cometer crímenes. Pero esa no fue la suerte de Harun.

Algunos, para conservar su disminuida virilidad, gastan toda su fortuna en comprar cantáridas reales, polvo de cuerno de rinoceronte, nervio de ciervo picado, testículos de ballena confitados, mandrágora adobada con semen de ahorcado y muchas otras rarezas venidas de allende los mares. Otros se envenenan a base de engullir hojas de marrubio fritas en grasa de sauce de Egipto y férula pérsica mezclada con orujo de resina de pino, espolvoreado con raíz de nenúfar rallada. Para algunos lo mejor es el rizoma de galingale india majado con la flor de clavo. Para otros no hay nada comparable a la nuez de Abisinia hervida en agua de aristoloquia. ¡En ese sentido la mujer rica tiene más suerte que el hombre, pues se contenta con pagar a muchachitos!

Harun recorría incansable miles de leguas para asistir a las subastas de esclavas, a las que sólo miraba los pies. Su sexo únicamente daba señales de vida cuando era masajeado por los pies de una mujer, que a medida que iban pasando los años deseaba que fueran cada vez más pequeños. Su búsqueda no tenía fin.

Su última amante era muy joven. La había descubierto después de un agotador viaje de varios meses. No era esclava, pero sus padres, unos nómadas, se la habían vendido de buen grado a Harun después de un regateo bastante breve.

¿Qué hubieran hecho ellos con aquella frágil muchacha de pies minúsculos en los pedregosos caminos de los montes de

Hakkari y del Babadag? En su tribu ningún muchacho normal se hubiera quedado con ella. ¿Qué carga podía llevar sobre su menuda espalda? ¿Qué hijos en su estrecho vientre? ¡Sí! ¡Alabado sea ese viejo loco! ¡Que Alá le proteja, no sólo por dar techo y comida a esa inútil, evitando así a sus padres el dolor de tener que empujarla a un precipicio, sino por haber pagado generosamente por ello! Si los nómadas no se hubieran visto diezmados por sucesivas oleadas de ejércitos faltos de entrenamiento, todavía estarían riéndose.

La delicada Alia nunca hablaba. Los sirvientes de Harun, cuya tarea era velar por su bienestar, pensaban que era muda. Sus ojos rasgados siempre parecían estar en otra parte.

Cada vez que su amo la deseaba, ella se instalaba en un sillón dorado traído de occidente, situado muy cerca del sofá en el que él se echaba, y, con sus ágiles pies, acariciaba, masajeaba, presionaba y comprimía el viejo sexo al tiempo que se levantaba las faldas para mostrar su desnudez.

Huraña y torpe en un principio, no tardó en comprender que su amo nunca le pediría más que un placer pedestre, por lo cual se esforzó en perfeccionar su técnica. Muy pronto se convirtió en una experta, ¡y a veces conseguía provocar en el viejo erecciones casi juveniles!

Antes de abandonarse a la habilidad de Alia, Harun retenía en sus manos los pequeños tesoros, los lamía con avidez, admiraba el talón de una redondez y una ligereza perfectos, de un rosa levemente más oscuro que el resto del pie, el suave tobillo, el arco satinado, y sobre todo los dedos, capullos de rosal silvestre que besaba uno a uno. Alia, con los velos levantados, esperaba pacientemente. Lo que más le gustaba era la música que esos días el viejo mandaba interpretar en el patio. Harun confiaba en que aquella música lánguida y llena de ritmo, que hacía ondular las caderas de los jóvenes, reavivara el perezoso flujo de su sangre.

Con su boca prendía el suave talón, se lo pasaba por la mejilla, por la frente, por los ojos, chupaba cada uno de los dedos, introducía su lengua entre ellos y los mamaba uno a uno. Alia escuchaba la música. Por último, él hacía deslizar los cálidos piececitos a lo largo de su arrugado cuello, sobre

las verrugas de su espalda, sobre su torso cano, sobre su vientre fláccido y más allá, y la pequeña Alia comenzaba su pedaleo erótico, al ritmo de la música, concentrada, muda.

Bajo el arco de sus pies, bajo la fricción de sus dedos incomparables, el viejo revivía. Su deseo emergía lentamente de la helada caverna cada vez más lejana a la que se iba a invernar. Poco después sentía cómo el calor volvía a sus riñones y cómo la danza de los lindos pies hacía latir su corazón. Los miraba, minúsculos, traviesos, activos, ligeros como pollitos. Veía también las finas piernas y el delicioso sexo de Alia. Le parecía que su deslizarse hacia el invierno se detenía y que la primavera volvía a él. ¡Alia le salvaba de la muerte! Él se lo repetía y la cubría de regalos, de perlas y de besos que ella aceptaba en silencio.

Un día, al final de la tarde, el amo la llama. El sol cubre de oro fino todo lo que toca. Los músicos rebosan de ardor, de deseos oscuros, de obsesiones punzantes. Un pájaro lanza esos agudos trinos que hacen que las mujeres se tumben hacia atrás en los sofás y que los hombres arqueen los riñones. Harun ha desgranado, como celestes guisantes, los dedos de Alia durante mucho tiempo; ha olido, saboreado, mordisqueado, admirado y alabado sin fin los adorables pies, emocionándose hasta las lágrimas por su deslumbradora belleza. La sangre late en sus sienes.

En el momento en que Alia consigue un éxito completo, llevando a cabo sobre el sexo por fin erguido de Harun lo que él llama «la delicia del mono», es decir, que, sentada sobre los muslos del viejo, aprieta entre sus dos piececillos unidos planta contra planta la verga de su amo, deslizando la divina funda de arriba abajo y de abajo arriba, sin interrupción, al ritmo de la música. Harun mira de pronto su sexo infantil con una expresión sorprendida, saca la punta de su asquerosa lengua, oscila, bizquea de forma horrible y después cae hacia atrás, muerto.

Alia se levanta de un salto. Observa atentamente a su amo. El sofá en el que yace Harun se encuentra situado bajo la ventana por la que entra la música. Avanza un pie rosado y lo posa sobre el sexo del muerto. Sus deditos de color lila se

crispan. El segundo pie se hunde en el vientre, que emite un sonido líquido. Alia se tambalea sobre el viejo, recupera el equilibrio dando un salto, ágil, sobre su torso petrificado y después continúa su camino. Con su menudo pie hace girar la nuez de Adán, que suena un poco, después alcanza el rostro y se posa en la comisura de los labios, que se estiran con un rictus de caballo viejo, descubriendo unos dientes marrones. Aplasta con el talón los ojos abiertos, todavía calientes, y, poniéndose de puntillas sobre la frente del viejo, corre la cortina, trepa al borde de la ventana, se yergue, se levanta el vestido hasta el ombligo e, inclinada sobre el vacío, grita con todas sus fuerzas: «¡Ismail! ¡Ismail! ¡Ya puedes subir!».

—¡Qué hermosos son tus cuentos, Shera-Zaide! ¿Los inventas tú?

—Por supuesto, princesa.

—¡Uf! ¡Me gustan tan poco las historias auténticas! —observa ella masajeando con sus fogosos pies el sexo de su amante. Gime de placer y el sexo de Shera-Zaide se alza orgulloso. ¡Nunca ha sentido con semejante intensidad subir y vibrar la energía masculina, como bajo sus pies! Sus talones irradian, todo su cuerpo arde. De nuevo lo quiere dentro de ella y de nuevo «el servidor de sus placeres» se desmaya de miedo.

Yasmina también tiene miedo, miedo de que se vaya para siempre. Promete no asustarle más, ¡pero que vuelva a estar entre sus manos, bajo sus pies, en su boca, en todas partes en las que se sienta seguro!

Shera-Zaide la tranquiliza y la consuela y no se duerme hasta el amanecer, la boca sobre su tobillo.

Al día siguiente, en el palacio todos sé dan cuenta del paso alado y atento de la sultana. Susurran: «¡Es él, es él, el hombre de miel la está enseñando a volar!». Y se sienten aliviados al verla sonreír de nuevo. Sólo Mahmud tiene cada día la cara más larga, lo que le hace parecer más patibulario aún.

Después, al ritmo de un descubrimiento por noche, Shera-Zaide revela a Yasmina las delicias del lóbulo de la oreja y los mil goces del cuello, de la comisura de los labios, de las sienes, de la nuca, que la hacen llorar de voluptuosidad como una gata a medianoche, del pliegue precioso del codo, de las mejillas, de los suaves huecos de los riñones donde brota el rocío, de los párpados, de los hoyitos de la rodilla, del ombligo…, y mucho antes de que el amanecer tiña de rosa los muros del patio, tal y como él le ha prometido, su deseo brota, violento, en un lugar de su cuerpo antes abandonado. Finalmente le describe cómo al día siguiente florecerá su jardín, y, en la dulzura de las caricias, la conduce al sueño contándole una historia.

Los días pasan y el servidor asustado jamás cumple aquello que tan a menudo se le solicita. Colmada de deliciosos besos, ebria de descubrimientos, plena del conocimiento de sí misma que el hombre le procura, Yasmina olvida a veces incriminarle. Esas noches él se queda de guardia hasta que se hace de día, ardiente, trémulo, más desgraciado que cuando tiene un buen pretexto para eclipsarse. Cada vez que Shera-Zaide se sustrae al deseo de Yasmina, le murmura un verso para suavizar su tristeza. Así, noche tras noche, nace el largo poema conocido bajo el nombre de «Gazal del servidor asustado», del que subsisten estos versos:

Gazal del servidor asustado

Mi conejo no se introducirá en tu madriguera, un zorro agazapado lo despedazaría, y a mí con él.

Mi abeja no depositará su miel en tu colmena, moriría pegada, y yo con ella.

Mi mazo no saltará en tu mortero, molería en él un veneno mortal, y a mí con él.

Si mi flor se mojara en tu recipiente, perdería sus colores, y yo me perdería con ella.

Si mi ágil ardilla entrara en tu árbol hendido, caería hasta el fondo de la tierra, y yo con ella.

Mi espumeante caballo no piafará en tu establo, saldrá de él arrastrado por el suelo con una cuerda, y yo con él.

Si mi escarabajo de oro permaneciera un tiempo en el corazón de tu rosa, moriría asfixiado, y yo con él.

Si mi derviche girara en tu mezquita, caería exangüe, y yo con él.

Mi gato hambriento no entrará en tu cepo, en él bebería una leche negra, y yo con él.

No echaré mi pimiento a tu salsa, en ella desaparecería, y yo con él.

Si mi serpiente se colara entre tus rocas, moriría aplastada, y yo con ella.

Si mi colibrí fuera a beber el néctar del fondo de tu cáliz, su pico se rompería, y yo con él.

¿Quieres que mi llave entre en tu cerradura? Abriría las puertas de la muerte, y yo moriría con ella.

¿Ves cómo son las mujeres, lector? Herida o divertida, Yasmina guarda como un regalo el verso ofrecido por este extraño hombre cuya presencia se le hace indispensable a medida que pasa el tiempo.

Cómo le gusta oírle decir:

—Princesa, no os durmáis todavía, sueño con contaros el cuento que me han inspirado vuestros cabellos.

La cabellera

Mohand era un poderoso caudillo militar valiente y bigotudo.

Un día que saqueaba con su ejército una ciudad famosa por su refinamiento, sus tropas, después de haber violado y degollado todo lo que respiraba bajo el sol, tomaron por fin el palacio del bey. En el patio principal, rodeado de sus ochenta caballos agonizantes, yacía muerto el bey con la lengua negra: aún conservaba en la mano una botellita de obsidiana con tres gotas de veneno. En cambio, todas sus atemorizadas mujeres continuaban aún vivas dentro del hammam.

Mohand retuvo a duras penas a sus infatigables soldados y prometió que premiaría a los mejores con una de aquellas ciento cincuenta mujeres. «Es conveniente», pensaba él, «hacer distinciones injustas entre los subalternos, para así mantener la competencia entre ellos».

Después de pedir a las mujeres que se desnudaran, cosa que hicieron con gran naturalidad, se les ordenó salir una a una de detrás de la espesa cortina que separaba la sala del baño de la sala de belleza, donde Mohand, rodeado de algunos suboficiales, examinaba a la candidata y después gritaba un nombre. Entonces, uno de los esbirros apiñados detrás de la puerta acudía acalorado y con la ropa medio desgarrada después de abrirse paso entre sus envidiosos compañeros. Tomaba a la mujer de la mano y bajaba la cabeza mientras Mohand le recordaba que aquélla era la mujer que Él le daba, y que, por tanto, debía cuidarla y protegerla. ¡Ay de él si no lo hacía!

Muy pocos oficiales quisieron alguna de aquellas mujeres. Todos coincidieron en que, si bien el bey había sido un gran experto en caballos, en cuestión de mujeres pasaría a la historia como un mal coleccionista.

Las viejas no entraron en el reparto. Una joven encinta fue ofrecida al único eunuco de la tropa como premio de consolación.

Al final llegó la última viuda del bey. No se le veía ni el rostro ni el cuerpo, pero estaba tan desnuda como las otras: sus suaves y espesos cabellos, de un negro azulado, le llegaban hasta los tobillos; se los había colocado de tal forma alrededor de la cabeza, que la cubrían por entero. Si los pies no le hubieran sobresalido de aquel caparazón negro, habría sido imposible decir dónde tenía el vientre y dónde la espalda. Avanzaba a ciegas.

Cuando estuvo a unos pasos de Mohand y de su Estado Mayor, el intenso perfume que exhalaba aquella cabellera ambulante les llegó a la nariz. Las bromas cesaron. Cada uno de ellos aspiraba con delicia y estupefacción aquellos efluvios celestes. Mohand, rompiendo el éxtasis en el que se hallaban sumergidos sus oficiales, dijo con voz fuerte, aunque enronquecida: «¡Ésta es para mí!». Y se llevó a su tienda a la mujer, que no tuvo necesidad de volver a vestirse para atravesar los numerosos patios del palacio, llenos de soldados borrachos que, con orquídeas de colección pinchadas en la barba y en los agujeros de la nariz, engullían pasteles de pistacho a medio hacer, arrancaban las turquesas incrustadas en los preciosos turbantes, desprendían a puñetazos los finos estucos que decoraban los patios, orinaban en los estanques y se limpiaban el trasero con los exóticos colibríes del bey.

A cubierto de las miradas, Mohand corrió la pesada cortina de cabellos y descubrió el rostro plano, ancho y picado de viruelas de una asiática de ojos diminutos. Tenía el cuerpo menudo, cuadrado, granujiento y sin gracia, pero aquello no le decepcionó en absoluto. Se enrolló uno de los sedosos mechones de la mujer alrededor del brazo, hundió su rostro en aquel negro río y comenzó a ronronear.

Los cabellos de Ti, así se llamaba ella, eran tan espesos que no formaban un tejido como otras cabelleras más finas, sino que rodaban de uno en uno bajo los dedos, multiplicando hasta el infinito el placer de tocarlos y de acariciarse con ellos. Unas veces, Mohand tenía la sensación

de hundirse en una espesa hierba que bailaba bajo el viento, y otras, le parecía que sus manos nadaban en las ondulaciones de las algas azules de un río perfumado. En algunos momentos, aquellos cabellos le hacían pensar en millones de serpientes filiformes enrollándose sin fin unas sobre otras.

El perfume de la cabellera de Ti era como su color, oscuro, único y hechizante. Cada vez que se bañaba, Ti cambiaba la mezcla de las esencias con la que se impregnaba los cabellos, pero Mohand nunca reconocía ni el mirto rojo, ni la madera de aloe, ni la de sándalo, ni el almizcle precioso, ni el ámbar gris, ni la rosa de El Cairo, y todavía menos la goma de lentisco de la que Ti solía abusar, porque sus cabellos tenían la propiedad de transformar todos los perfumes en olores inimitables y enormemente turbadores.

En su piel la inocente agua de mirto embriagaba como el opio. ¡Por no hablar del perfume del benjuí! ¡Sólo con echarse una gotita en los mechones conseguía que Mohand y todo su ejército mostrasen en su cara el regocijo y se desplazaran con el caminar alado de los grandes fumadores de hachís! Mohand sólo la autorizaba a utilizar el benjuí después de una gran victoria.

A la hora de la siesta, Mohand se tumbaba desnudo en su tienda y Ti le abanicaba con sus cabellos. Para despertarle inclinaba ligeramente la cabeza sobre él, y con las puntas de sus cabellos, en un ir y venir por su cuerpo, activaba sus sentidos y le ponía, antes incluso de salir del sueño, en un estado de poderoso deseo. Cuando penetraba en ella, perdido, recubierto, enredado en sus cabellos, su placer le transportaba como una yegua divina. Mientras Mohand la montaba, Ti exhalaba todos los perfumes del paraíso. Ella nunca gemía en la cama. En el amor, el perfume era su único lenguaje, y éste, más que el dulce placer que encontraba en ella, era lo que vencía a Mohand.

Cuando Mohand se hallaba muy cansado, Ti, al menor soplo de aire, le cubría con la masa de sus cabellos y reposaba la cabeza en sus tobillos. Mohand descansaba durante varias horas bajo esa manta ligera, entre aquellos

efluvios que sabían ser apaciguadores y le hacían despertarse cada vez más dispuesto de cuerpo y de espíritu, convirtiéndole en el caudillo más demoniaco en miles de leguas a la redonda.

La pasión de Mohand estuvo a punto de costarle la vida.

Un día, mientras la tropa acampaba cerca de un lago tranquilo, Ti propuso a Mohand que fuera a bañarse con ella a una cala retirada. Cuando los dos estuvieron desnudos en el agua tibia, los cabellos de Ti se desplegaron en torno a ella, ligeros, deslizantes, más oscuros que nunca. Él perdió sus manos entre ellos y quiso perder también el resto de su cuerpo.

Jamás había conocido un contacto tan voluptuoso. La piel de la más suave de sus mujeres, el sedoso pelaje del más fino pura sangre, las nalgas del adolescente más perfecto, el más rico terciopelo de seda, las manos de su madre, jamás le habían procurado tanto placer.

Juguetearon durante mucho tiempo dentro del lago, arrodillados sobre la suave arena y con el agua hasta el cuello, o de pie, ella cubierta con sus crines ondulantes y él, en su ebriedad, sin saber ya si la poseía por delante o por detrás. Los cabellos de Ti huían como anguilas entre sus cuerpos. Mohand estrechaba contra sí a una extraña ondina y la penetraba con todas sus fuerzas temiendo que se deslizara y se escapara de sus brazos para volver a las profundas aguas de su dominio.

Cuando Mohand mostró algunas señales de fatiga, Ti le enseñó a flotar tumbado sobre el agua. Suspendido en la red de sus cabellos, con los ojos cerrados, el rostro vuelto hacia el sol, descansaba sobre una nube de seda almizclada. El agua los alejó de la orilla. Ti, de cuerpo más diminuto, no se atrevió a interrumpir el éxtasis de Mohand y comenzó a nadar sin hacer ruido. De pronto, el relincho de un caballo o el ruido de una escudilla le despertó. Cuando quiso ponerse de pie, se fue a pique. No sabía nadar, se debatía como un gato rabioso. Por fin, después de haberse tragado varias pintas de agua negra, sintió entre sus dedos los viscosos cabellos de Ti. Los agarró haciendo un último esfuerzo y ella

lo remolcó hasta la orilla.

Sus oficiales, alertados, le saltaron uno a uno sobre el vientre. Mohand expulsó fuera de sí el lago y volvió a la vida. A pesar de su desnudez, no pudieron por menos de felicitar a Ti y, dándose palmadas en los muslos, repitieron una y otra vez que, para haber salvado al jefe de esa manera, había que tener un par de cojones.

Los guerreros, que adoraban a su jefe, cuyo solo nombre bastaba ahora para que las ciudades se rindieran, consideraban a Ti como su talismán. Cuando ella, oculta en su cabellera, salía a darse un paseo por el campamento, el ayuda de campo de Mohand ganaba una fortuna permitiendo a los soldados meter la cabeza dentro de la tienda para dejarse invadir durante unos segundos por las fragancias de Ti, impregnadas en los sofás y en las colgaduras. Aquel olor embriagador los perseguía incluso en los combates y les proporcionaba el fogoso impulso que les hacía más temibles que los peores haxxaxin.

Cuando la campaña hubo terminado, Mohand llevó a Ti a su enorme morada y la convirtió en su undécima mujer. Tras advertir a todos los moradores de la casa que si le ocurría algo a Ti o a sus cabellos, prendería fuego a todo, a nadie se le ocurrió cortárselos durante la noche y ella vivió con tranquilidad, rodeada por el odio de las otras diez mujeres.

Al cabo de un año, bajo los embalsamados velos de Ti se ocultaba un redondeado vientre. Mohand tuvo que partir a la guerra. Como ya sólo podía dormir sobre los cabellos de ella, Ti sacrificó uno de sus pesados mechones, que enrolló y cosió a un cojín de seda. Después de cada asalto, mientras sus hombres se convertían en animales, él buscaba un lugar para descansar, sacaba su cojín azul y se quedaba dormido en medio de las exhalaciones y el suave murmullo de la cabellera de Ti.

Un día, en la orilla de un río encajonado, descubrió una playita de arena seca. Después de lavarse en la corriente las mejillas y las uñas, manchadas de la sangre seca del enemigo, se tumbó, sacó con mucho cuidado el tibio cojín de debajo de su camisa, pegó ávidamente su nariz a él y se quedó dormido.

Pronto tuvo la sensación de sumergirse totalmente en los cabellos amados, de sumergirse en ellos como si se hubiera convertido en un ser minúsculo. Escalaba por ellos, aturdido por sus esencias. Podía agarrarse a un cabello, balancearse en él como en una liana, saltar a otro y dar vueltas y revueltas con la facilidad de un mono de culo azul. ¡Qué maravilloso era aquel bosque! Mohand se sentía ebrio de felicidad.

Agarrado con piernas y brazos a un espeso cabello, comenzó a deslizarse de forma vertiginosa por un mocárabe tan brillante y tan negro que casi tuvo miedo. Al final, deteniendo su embriagador descenso, comenzó a subir hacia el cielo oscuro, donde el brillo producido por el movimiento de los innumerables cabos de ébano iluminaba las estrellas. Mohand tenía un gran vigor físico. Trepaba con agilidad. A veces se detenía, anhelante de placer, pegaba su mejilla a la cuerda llena de vida y la mordía gimiendo. Intentaba calmar la tempestad de su sangre para poder llegar a la cima de la cabeza de Ti y allí alcanzar el apogeo de su placer, pues, como era un hombre muy práctico, sabía que, por la magnitud del orgasmo que le esperaba, corría el riesgo de soltarse y caer… ¡Alá sabía dónde!

Por fin sintió algo sólido bajo los pies. Se adentró, como la serpiente pitón entre la hierba de la sabana, entre aquellos mechones suaves, deslizantes y huidizos que le rodeaban y estrechaban sin hacerle daño jamás. ¡Noche! ¡Calor! ¡Humedad! ¡Perfume! ¡Esencia divina de la carne! La cabellera de su amada se ondulaba bajo él, sobre él, a lo largo de sus costados, de sus brazos, bajo su boca, acariciaba su cuello, se insinuaba entre sus piernas. Su placer fue tan intenso que creyó que iba a morir. Cayó de espaldas, con los brazos en cruz, la mirada perdida en el oscuro infinito.

Mucho tiempo después, al comprender que había sobrevivido, se levantó y, vacilante, comenzó a dar una vuelta a la isla, único punto fijo en aquel tenebroso océano.

Ti dormitaba detrás de la celosía donde, tras la marcha de Mohand, se consumía lentamente. Tenía el cuerpo tan blando

como un edredón de plumas y la mente como una nube de algodón. Sólo vivía para el placer que procuraba a Mohand con su cabellera, por lo cual consagraba sus únicos destellos de vida a cuidarla hasta su regreso.

¡De pronto se sobresaltó! ¡Acababa de sentir en su cabeza unos ligeros pasos! El corazón comenzó a latirle con fuerza. Se concentró en aquella sensación. Sí, era eso: ¡un insecto estaba profanando la cabellera sagrada! Como el águila que sin piedad alguna se abalanza sobre su presa, así sus dedos, guiados por su furor, atraparon al sacrílego. Aplastó con rabia aquella pulga entre sus uñas, ¡clac!, sin ver que ésta llevaba unas magníficas botas de cuero rojo y un enorme sable al cinto.

Por la noche, cuando los guerreros de Mohand volvieron al campamento cubiertos de sangre y esperma, con sangrientos anillos de oro prendidos a la cintura, los brazos cargados de raídas alfombras, de joyas de pacotilla, de pollos vivos, de redondos panes de sémola manchados de barro, de narguiles desvencijados, los bolsillos llenos de pegajosos dedos de mujeres, a los que sucesivamente despojaron de sus anillos de compromiso, de boda y de maternidad, y con otros tesoros informes envueltos en descoloridos tapices que llevaban en equilibrio sobre sus cabezas rapadas, buscaron durante mucho tiempo a su jefe.

Por fin, a la luz de las antorchas, lo descubrieron a la orilla del río: tenía la cabeza aplastada bajo una enorme roca que debía de haberse desprendido del acantilado. De lo que habían sido sus orejas salían dos hileras de hormigas nocturnas.

Se deshicieron en lamentos y después lo enterraron. En el lugar de la cabeza, reducida a nada, colocaron el pequeño cojín que, a pesar de haber perdido su color azul, llenaba un poco el vacío.

—Si tomo en serio tu historia, ¡parece que no sólo temes morir en mi caverna de las mil voluptuosidades, querido Shera-Zaide!

Los dos ríen. La sultana se adormece con la cabeza apoyada en el hombro de Shera-Zaide.

Lalla Yasmina, impaciente, a veces se enfurece.

—¡Si mi deseo no me visitara tan a menudo en sueños, y no te entregaras a mí con tanta fuerza que por la mañana dudo de la realidad, hace tiempo que no estarías a mi lado!

—Lo sé, princesa, os oigo gozar durante el sueño y a veces…

—¿A veces qué?

—Mi mano acude en ayuda del sueño…

—¿Ah, sí? ¿Sólo tu mano?

El baja la cabeza.

—Sólo mi mano.

—¡Vete de aquí, Shera-Zaide! ¡No eres más que un tañedor de arpa!

—¿Y qué soy en tus sueños?

Ella, desarmada por su belleza, ríe por su arte para transformar sus evasivas en promesas.

—¿Quieres que te cuente por una vez una historia auténtica, una historia sobre un sueño lascivo, una historia que, como ocurrió en un lugar y en una época muy remotos, se ha convertido en leyenda?

—¡Habla, puesto que sólo el sueño me satisface por completo!

El sueño de Dionipo

Esta historia me fue relatada por un sabio maestro que, a guisa de recreo del espíritu después de una jornada de estudio, solía contamos a nosotros, sus alumnos, esta historia y otras muchas más. Curiosamente, lo único que recuerdo de sus enseñanzas son esos intermedios, mientras que todo lo demás, con el paso del tiempo, ha ido difuminándose en mi memoria.

Mi maestro, que nos enseñaba los filósofos griegos, contaba que, en Atenas, en la época en que bajo sus pórticos enseñaban dos sabios antagónicos, Epicuro y Zenón de Citio, vivía un joven llamado Dionipo. Hijo de una liberta libia y de un pobre curtidor, el joven Dionipo había heredado de su padre la hermosa musculatura, los ojos verdes y los rasgos regulares, y de su madre, la espigada esbeltez. Su piel tenía el color y el brillo del bronce lustrado y su espesa cabellera se le ensortijaba en la nuca.

Desde su más tierna infancia se ganaba algunos dracmas posando en los talleres de escultura, donde se pasaba las horas desnudo, el cuerpo abandonado, con los cabellos casi rozando el suelo, una de sus finas piernas alzada, echado hacia atrás sobre un montón de piedras cubierto por un tosco paño que simulaba la roca sobre la que el águila Zeus —representada por un enorme tronco y dos ramas de pino a modo de alas— jadeaba un momento antes de apoderarse del príncipe-niño Ganimedes para llevárselo al lugar más alto del Olimpo. A su alrededor cada día iba ampliándose el círculo de ricos nobles, que jadeaban también bajo el efecto de una pasión que crecía aún más deprisa que el hermoso niño. ¡No hubo uno solo que no soñara con ser Zeus! Cuentan que uno de ellos envenenó a dos de sus futuros rivales para conservar la exclusividad de los favores del efebo, el cual asumía su belleza de una forma tan natural, que aceptaba sin extrañarse

el culto que se le rendía y las ofrendas que no dejaban de hacerle.

Más tarde, en el gimnasio, hombres serios y maduros se jugaban a los dados parte de sus fortunas con la esperanza de conseguir el privilegio de ungirle de aceite cuando saliera del baño. Entonces, el ganador, sin ninguna vergüenza, se vestía con la corta túnica del esclavo masajista-perfumador y ocupaba su lugar. La hora que pasaba allí, rodeado de vapor, apoyándose en sus viejas piernas, manejando palillos de dientes de pluma de hipolais, escarbaorejas y limpiauñas de madera de abedul blanco, y sobre todo frotando, palpando, manipulando aquel cuerpo tan perfecto tumbado sobre el mármol, untándolo con ungüentos perfumados y completando su aseo con una fina esponja, pasaba a ser una de las más bellas de su vida. Algunos se llevaban en secreto del myropolion el perfume de junco oloroso, convencidos de que, palmeándolo en los hoyos de los soberbios riñones de Dionipo, éste se mantendría ligado a ellos para siempre. Pero era en vano.

El dueño del balineum y los mozos de los baños del establecimiento adonde Dionipo iba a diario veían aumentar su fortuna a medida que distribuían, cada vez con mayor severidad, los derechos para entrar en presencia del efebo.

Para ocupar el puesto del joven esclavo en cuyos cabellos Dionipo se secaba las manos, los hombres pagaban unas sumas inauditas. ¡Pero además tenían que reunir los requisitos necesarios! Los calvos y los menores de veinticinco años no podían aspirar a realizar aquel derroche. Aquellos que ya lo habían hecho clamaban que no tenía precio el privilegio de arrodillarse a los pies de este semidiós y de sentir sus manos desordenar sus cabellos; sobre todo quienes, al tener el rostro tan cerca de ese largo sexo que nunca se hallaba en reposo, no habían podido resistir la tentación de aproximar sus labios a él, sintiéndolo estremecerse y erguirse en toda su magnificencia. Algunos de ellos, al alzar la cabeza, habían recibido el regalo de contemplar la sonrisa y la palpitación de las aletas de la nariz del bello Dionipo, que, regañándoles, les había arrastrado hacia los baños, donde

había gozado de esos supuestos esclavos con tal vigor que los había dejado medio muertos, sollozantes, anulados y mojados, pero deslumbrados para siempre.

¿Por qué fue necesario que este Apolo, del que el mismo Zeus, si en esa época no hubiera estado más calmado a causa de su avanzada edad, hubiera podido enamorarse —porque la mitología nos habla de sus travesuras con las mortales, pero ha silenciado casi todos sus excesos con los bellos mortales—, por qué fue necesario, pues, que una noche, al azar de un desplazamiento entre dos ricas casas en fiesta, el admirable Dionipo se encontrara en un callejón, perfectamente iluminado por las antorchas de dos jóvenes esclavos, frente a Arquídice, famosa cortesana por su ciencia erótica y la sequedad de su corazón? Nadie sabe a qué juegan los dioses…

La cortesana era alta, casi flaca, iba envuelta en finos velos adornados con frisos dorados y maquillada como el culo de un pavo real. Tenía la boca ancha, ensangrentada de ocre rojo mezclado con grasa; los ojos negros engastados en escayola verde, grandes pestañas tiesas de alquitrán, y unas cuantas perlas en los cabellos. Eros, que quizás esa noche había estado demasiado tiempo en compañía de Baco, disparó su flecha al tuntún. Dionipo se quedó clavado en el sitio, totalmente pasmado, enamorado en el callejón, mientras que Arquídice se impacientaba por el atasco, sin por ello dejar de admirar a aquel magnífico tonto, cuyo manto se le deslizaba por los hombros desnudos y cuya faldilla se alzaba hacia delante sin ambigüedad alguna. Orgullosa de aquel inesperado homenaje a sus encantos a punto de marchitarse, ofreció a su admirador la media sonrisa con la que tenía el arte de ocultar sus dientes descamados, y prosiguió su camino. Ya llegaba tarde a la cita con Pitrias, un hombre tan rico, que ella se dejaba penetrar delante de él sucesivamente por un dogo de guerra con el hocico acorazado de hierro, por un enano idiota aquejado de priapismo, por un cisne malvado, por un mono vicioso y por un galo vanidoso con sexo de burro, y ofrecía cada vez todos los signos de un goce extremo mezclado con dolor y

vergüenza, o de un sufrimiento violento cruzado con abyecto placer, todo ello en unas puestas en escena sutiles y agotadoras que se prolongaban hasta el amanecer, porque Pitrias disfrutaba estimulando los riñones del perro, sobando las nalgas azules del mono y sodomizando al enano en acción, y quería, con su babosa boca, reavivar él solo la llama del galo. Todo esto no molestaba en absoluto a la cortesana, que hacía las cuentas al amanecer, exigiendo un reembolso centuplicado por cada velo desgarrado, por cada cabello arrancado, y una lógica indemnización por cada uno de los arañazos de su cuerpo y por la más mínima desconchadura de sus uñas. Así, cuando volvía a casa a primeras horas de la mañana, lo hacía agotada, pero feliz, porque sólo el tintineo de las monedas de oro le procuraba el benéfico espasmo que otros encuentran en el amor.

Dionipo, por su parte, se pasó la noche en blanco, por la sencilla razón de que el dardo del hijo de Afrodita, clavado entre sus costillas, le impidió dormir. A la mañana siguiente hizo averiguaciones para descubrir la identidad de la mujer que se había apoderado de su alma. Nada de lo que conoció de ella le desalentó, y por otra parte, eran muy pocos los que se enorgullecían de haber recurrido a sus servicios, por lo cual parecía sencillamente que era una gran artista del amor, lo que redobló la pasión del joven.

Dionipo, que deseaba dedicarse a la poesía, no tardó en presentarse en casa de ella para expresarle con palabras delicadamente escogidas lo que le había mostrado con más crudeza y por descuido en el callejón. Aquel trámite le resultaba nuevo y extraño, habituado como estaba a recibir y a rechazar los homenajes y no a ofrecerlos con humildad.

La mirada de la bella Arquídice no se detuvo en las magníficas piernas del muchacho, ni en la fina cintura, ni en los abombados pectorales, ni en sus humedecidos labios, ni su nariz olió el selvático aroma que emanaba de sus cabellos. Sin dejarle hablar, le hizo sólo tres preguntas, con una voz ronca que le aceleró el corazón:

—¿Quién eres? ¿Quién es tu padre? ¿Quién es tu madre?

Y, sin escuchar la tercera respuesta, le echó de su casa.

Nunca más volvió a abrirle la puerta. Cuando la esperaba a la entrada de las termas o del teatro, ella escupía al suelo en dirección a él. El bello Dionipo se sentía entonces el ser más repulsivo de la tierra y también el más desgraciado.

Sin desanimarse y con la complicidad de una pariente suya que servía en casa de Arquídice, hizo ingerir a ésta en secreto el pulmón derecho de un buitre que él había mantenido durante una hora dentro de su boca, y después los testículos de tres gallos negros hechos picadillo y triturados junto con el riñón de una liebre. Invirtió todos sus ahorros en conseguir el hipómanes de una yegua en celo, cuyo efecto sobre la persona codiciada tiene fama de ser rápido y seguro, pero aquello no consiguió suavizar a la cruel mujer; como tampoco lo consiguieron los testículos de oca en confite o el barril de vino donde habían estado en remojo los atributos de un toro joven.

Decepcionado por las brujas de Atenas, salió de la ciudad para orar y llorar ante los pies de Afrodita en un templete oculto entre los olivares. Le pidió humildemente no que hiciera caer a Arquídice en sus brazos, sino que al menos le enviara un sueño durante el cual este milagro tuviera lugar. Afrodita, conmovida por el sufrimiento que embellecía al joven, como diosa entusiasta que no conoce la avaricia, quiso hacer algo todavía mejor. No sólo envió al turbado enamorado toda una serie de sueños, sino que también, por diversión o por cálculo, deslizó esa misma noche en el sueño de la despiadada Arquídice las mismas fantasías.

En el primer sueño, Arquídice, que aparecía como una muchacha de frescas mejillas, se hallaba con Dionipo dentro de un cuarto tan estrecho que no podían cruzarse entre la cama y la pared sin tocarse, lo que no tardó en suceder, y, como fulminados por un rayo, permanecieron durante un instante petrificados de deseo. Dionipo apretaba a Arquídice contra él y ella se defendía asustada. Él sentía cómo, a través de los velos, le metía el sexo entre los muslos, la empujaba a la cama, le arrancaba las fíbulas que le sujetaban el vestido, la estrechaba, la besaba, la sentía conquistada. La admiraba en su actitud de entrega, feliz y ardiente, y no cesaba de

apartar sus velos de virgen, de comerle el capullo de rosa y de penetrarla en medio de sus gritos, de su vertiginoso placer. Su sexo era tan deliciosamente resbaladizo y cálido que, como todo hombre joven, no pudo retener durante mucho tiempo el placer que le desbordaba, y no sintió temor alguno al verla casi desvanecida de voluptuosidad entre sus brazos. En este primer sueño, Dionipo tuvo la violenta sensación de que ambos gozaban por primera vez.

En el segundo sueño, Arquídice dirigía el baile con tal audacia, que Dionipo, aun estando habituado al frenesí amoroso, se quedó sin respiración. Entonces fue cuando notó que sus pechos estaban ajados y que el carmín de su boca se le deslizaba por la barbilla, pero esto no perturbó en absoluto su ardor. El molino del placer de esta mujer se ensanchaba tanto y se contraía tan bien que, después de habérselo tragado por entero, lo apretaba hasta hacerle daño. Sus nalgas elíseas estaban perfectamente engrasadas, su boca era profunda y su lengua ¡era una ninfa juguetona! Sus grandes dientes jamás rozaron su itifalo triunfante, que ella sabía volver a despertar después de haber recogido, de una forma u otra, sus grandes chorros lechosos.

En el tercer sueño, vestida de bacante, rendía culto a Dionipo-Apolo. Le adornaba el sexo con coronas de mirto y derramaba sobre él el aceite de oliva, la miel y el vino que chupaba después a lametazos, infatigable, por todas partes, incluso entre sus nalgas de atleta, lo cual le procuraba una prodigiosa excitación. Él se transformaba en Pan y ella en cabra sagrada. Ella balaba a cuatro patas sobre él. Él notó que los huesos de su pelvis, como los de las cabras, le despuntaban bajo la piel.

Los retozos de los siguientes sueños fueron haciéndose cada vez más brutales. Le pellizcó los pechos hasta ver cómo en su semblante los éxtasis emborronados se transformaban en muecas de dolor, y cómo sus ojos se dilataban a causa del miedo después de que él le mordiera el hombro hasta hacerle sangre.

El temor y el sufrimiento de Arquídice excitaban a Dionipo. Ella deseaba huir, pero no podía, tan fuerte era su

deseo de él. Después de algunas vacilaciones, pareció incluso buscar sus golpes, complacerse en los tormentos que él le infligía. Pronto le imploró que la golpeara y la volviera a golpear con todo lo que tuviera a mano. En las paredes había colgados todo tipo de instrumentos. Él descolgó un látigo de seis colas guarnecido con plomo y, aturdido por sus gemidos, le hizo brotar mil flores de sangre. Se entregaba a aquel saqueo sabiendo que cesaría en el preciso momento en que en los gritos de la mujer ya no hubiera voluptuosidad. ¡Pero seguía habiéndola! Sus golpes eran como ramas arrojadas a una hoguera. Bajo las lágrimas, el rostro de Arquídice se parecía a los desaguaderos de las tintorerías de su barrio. Lejos de querer verla siempre agradecida, siempre anhelante, dominado por el furor de vencerla, de ver el cese de su goce, la arañaba, sentía los jirones de su piel enrollársele bajo las uñas, le martirizaba el sexo, bebía su sangre y extraía su placer de la misma fuente que ella: del corazón de su suplicio.

El terror absoluto y el arrobamiento que se mezclaron en los ojos de la cortesana cuando él la amenazó con penetrarla con el enorme falo de piedra que se sacaba en las procesiones de las fiestas de primavera y que él apenas podía sostener en sus brazos, le hicieron estallar en una gran carcajada que le despertó.

Empapado de esperma, extasiado, perplejo, se dio cuenta de que ya no era desgraciado y volvió a dormirse.

A la hora del baño contó a sus regocijados amigos, amantes y admiradores el regalo que le había hecho Afrodita. Su relato corrió de boca en boca por la ciudad y llegó a oídos de la cortesana, que reconoció de inmediato su propio sueño. Poco tiempo después, cuando volvió a encontrarse con Dionipo en el teatro, no se le pasó por la cabeza escupirle a los pies, sino que enrojeció hasta los pechos. Durante todo el espectáculo conservó las orejas de color carmesí y los labios en forma de culito de pollo, lo cual no contribuía en nada a su belleza. Al día siguiente fue al tribunal y formuló así su demanda:

—A este joven le he procurado placer en sueños, exijo que

me pague la voluptuosidad que me debe.

El juicio tuvo lugar. Los mundanos y enamorados del placer de toda Atenas estaban allí para asistir a la confrontación entre el hombre más bello de la ciudad y la mujer más ávida.

La demandante habló en primer lugar, cuidándose mucho de contar su propio sueño.

El acusado se declaró culpable, describió sus súplicas a Afrodita y a continuación comenzó a relatar el sueño otorgado por la diosa de un modo tan ingenuamente detallado que la calvicie de los jueces adquirió un tono cobrizo. En las gradas, la multitud ondeaba como el mar bajo una repentina brisa. Las manos se extraviaban bajo los peplos amigos. La demandante adoptaba un aire desdeñoso, pero, arrastrada por el recuerdo de estos abrazos, su respiración, a pesar suyo, se aceleraba.

Seis mil heliastas votaron la absolución, y Nicias, el aplanador de montañas, deán de los magistrados, se levantó y dio por terminada la sesión con estas palabras:

—Señora Arquídice, el tribunal reconoce el daño que se os ha hecho. No hay duda de que habéis sido lesionada profundamente. Este hombre os ha robado la voluptuosidad, fuente de vuestra fortuna, por lo tanto es justo que os indemnice. El importe de la indemnización lo fijaréis vos misma. Después, deberéis ir, como hizo el culpable, a pedir a Afrodita que os lo abone durante el sueño.

La sultana ha recuperado el buen humor y el color de sus mejillas. Se pasa las jornadas resolviendo los asuntos políticos y, como por suerte las mujeres de Estado duermen poco, cada una de sus noches, esperada con impaciencia, sobrepasa todas las promesas de Shera-Zaide.

Sin embargo, ella se hace preguntas. Ha sabido por Zia y Amila que Shera-Zaide nunca se quita la venda. Le cuentan que, un día, estando en el hammam, les pidió que se la cambiaran y ellas aprovecharon para gastarle una broma.

—¡Abre los ojos y después tendrás tu venda nueva!

Él se encolerizó, asió a Amila por el cuello y se lo apretó hasta que Zia le anudó la nueva venda, que él pidió que fuera del mismo color que sus cabellos… Todo esto sin separar los párpados. Zia dice que estaba fuera de sí.

—Si no poso los ojos en mi princesa, ¿cómo voy a posarlos en vosotras?

Y empujó a Amila que, al caerse por los escalones, se hizo daño en la rodilla.

—Os perdono, pero no volváis a hacerlo o…

Amila no pudo hablar durante varias horas, lo cual no es nada grave, y durante toda esa semana llevó un pañuelo atado al cuello para ocultar los cardenales. ¡Qué extraño es ese hombre! Después de aquello, su relación con las dos muchachas volvió a ser tan amable como antes.

Una mañana, Yasmina va a verlos al hammam y permanece escondida detrás de un ancho pilar de pórfido. Él está tumbado sobre una de las mesas de piedra, desnudo, abandonado como algunas de las veces que está a su lado. Le han crecido los cabellos y se le rizan sobre la banda que

oculta sus ojos. Las muchachas le masajean. Llega una sirvienta con la miel derretida para depilarle. Los cuatro ríen. Ella no entiende lo que dicen. ¡Diantre! ¿Qué está haciendo Zia? Inclinada sobre el vientre de Shera-Zaide, su cabeza sube y baja, mientras que su mano, en forma de concha, está situada entre sus muslos… No hay ninguna duda, ¡está chupándole el sexo levantado! La sultana se halla dividida entre la diversión, el deseo y un dolor difuso cada vez mayor, que apenas consigue dominar.

Zia se detiene y sujeta con un dedo el sexo estirado de Shera-Zaide mientras Amila extiende alrededor la miel caliente. La sultana ha comprendido. Ahora las dos muchachas se pelean porque Amila ha hecho como si besara la vibrante cabeza oscura. ¡Cada una de ellas debe respetar el turno de la otra! Hoy le toca depilar a Amila la blanca, y a Zia la negra, sujetar. Durante la pelea, el motivo del litigio ha vuelto a caer sobre el vientre brillante de miel. Zia lo limpia a lametazos. «¡Golosa! ¡Golosa!», le grita Amila. Y, apretándose contra su espalda, desliza la mano por la abertura del estrecho paño de lino que Zia lleva atado a las caderas.

¿Las grutas de ellas también son mortales? Ellas afirman que Shera-Zaide no rechaza los mimos, los roces, pero que nunca va más allá. A Yasmina se le encoge el corazón…

Por la noche, mientras él la masajea tumbado sobre ella, el sexo duro contra sus nalgas, e inflama sus hombros hasta el punto que cree sentir en ellos las alas del deseo, le hace partícipe de sus dudas.

—Shera-Zaide…, ¿tu historia del servidor y de la caverna no será por casualidad un ardid de sodomita? Entra aquí si lo deseas —y se abre las nalgas con las dos manos. Pero el servidor, turbado, se aleja de ella. Entonces suspira aliviada y él ríe de su ardid. Llorando de risa, le dice:

—Princesa, a propósito de ardides de sodomita, ¿queréis oír la historia de una astucia femenina?

—¿Por qué no? ¿Existe una mujer que sea más astuta que tú, que has pasado veinte noches en mi habitación sin que mi vientre haya podido saborear el gusto de tu verga ni la fuerza de los movimientos de tus riñones?

—Tal vez lo sea la heroína de mi cuento, que se titula «La flauta encantada».

Cuento de la flauta encantada

Érase una vez una princesa a quien la naturaleza había favorecido con un sinfín de cualidades. Era inteligente, bondadosa, estaba dotada para las artes y la danza y poseía una belleza rara, armoniosa y tranquila, que impresionaba a todo aquel que tuviera la suerte de verla.

Su madre, que soñaba con ser eternamente la mujer más bella del palacio, estaba loca de celos. La mandó encerrar en lo alto de una torre y le compró a una bruja yemenita —la misma que proporcionó a Homar la exquisita Fuifuí— unos polvos que deberían dejar a la princesa definitivamente calva.

Como era muy mala y muy avara, guardó la mitad de los polvos para utilizarlos contra una de sus numerosas rivales o tal vez contra su marido, que gustaba demasiado a las jóvenes. Pero, al ser usados en poca cantidad, los polvos consiguieron el efecto contrario. Los cabellos ya espléndidos de la joven comenzaron a crecer y a crecer sin fin y a toda velocidad.

La princesa se los cortó e hizo con ellos un buen colchón, un edredón, una almohada y dos cortinas, con lo que proporcionó un poco de comodidad a la severa estancia donde se hallaba prisionera. Todos los días se veía obligada a cortarse algunos metros de sus cabellos con las tijeritas romas que el carcelero, buen chico, le había proporcionado, y después los arrojaba desde lo alto de la torre. Las cabras venían a pacerlos y, luego, caprichosas, volvían a irse dando saltos.

Al principio decidió no desanimarse, porque, por otra parte, estaba convencida de que su madre acabaría cambiando de opinión. No obstante, al cabo de unos meses perdió toda esperanza. Y también perdió sus tijeras, desgastadas a fuerza de cumplir su cometido. Así que tuvo que colgar sus cabellos hacia fuera para no enredarse con

ellos o morir ahogada en su masa.

A veces algún pájaro se quedaba enganchado en ellos. La princesa recogía entonces su negra red, tomaba al animalillo tembloroso, lo acariciaba un poco y, después, llorando, le devolvía la libertad. Desmigaba su pan en el reborde de la ventana para que vinieran a picotearlo todos los habitantes del cielo. Algunos, sobre todo los mirlos y los ruiseñores, conmovidos por su tristeza, le ofrecían su canto y volvían a visitarla tan a menudo como su ajetreada vida de pájaros les permitía.

La princesa también cantaba, con una voz que hacía sollozar al carcelero y alzar la cabeza a las cabras, pero lo que más le hacía llorar era estar tan lejos del país al que tanto amaba, estar tan sola y llena de dones desaprovechados y sentir cómo el tiempo poco a poco huía de ella. La torre donde estaba cautiva se hallaba en una isla minúscula, no lejos de la costa, en la que sólo vivían el carcelero, un eunuco mudo, un rebaño de cabras hambrientas, los pájaros y ella. El carcelero hacía la travesía dos veces a la semana para hacer la compra, pero nunca venía nadie, ¡nunca!

Cuando los días eran claros, veía los minaretes y las cúpulas de los palacios de la capital donde su madre coqueteaba, pero los gritos de angustia que a veces lanzaba no podían llegar hasta allí.

Un día que se hundía, como todos los días, un poco más en la desesperación, un gran cuervo entró en su prisión. La miraba con sus ojos rojos llenos de malicia y llevaba en el pico una flauta de madera pulida y sólida, que por lo demás era muy normal.

La princesa extendió la mano, el cuervo depositó en ella el instrumento y dijo: «Con esta flauta encantada y tus cabellos ídem, ¡me extrañaría mucho que no encontraras la manera de salir de aquí! ¡Croa!», graznó y se fue.

La princesa, estupefacta, examinó la pulida flauta negra, abombada en el extremo como las de los encantadores de serpientes de Nizamabad, y comenzó a devanarse los sesos embotados por la tristeza. ¿En qué consistía el poder de aquella flauta? Se la llevó a la boca y tocó en sordina una

sencilla melodía. El carcelero, que estaba pescando al otro lado de la isla y era un poco duro de oído, acudió sofocado. Ella le dijo que un ángel le había traído la flauta. Él la creyó porque la amaba y se prosternó ante el objeto mágico. Ella comprendió y, vuelta hacia la ciudad, comenzó a interpretar una patética melodía en la cual expresaba toda la tristeza de su vida recluida, toda la monotonía de su existencia, todo el sufrimiento de sus días. Detrás de las rocas, el carcelero se revolcaba en el suelo presa de la desesperación. Ella tocó la melodía durante una semana.

Cuando ya comenzaba a cansarse, vio llegar en una barca a un viejo carcamal demacrado, triste y con los ojos rojos. Atracó y subió lentamente hasta el pie de la torre. Cada vez que daba un paso, ella temía que se cayera al suelo empujado por el viento. Sin embargo, él seguía avanzando guiado por la flauta, con las manos hacia delante. Ya iba a chocar contra la torre, cuando la joven le habló:

—¿Has venido a liberarme?

—¿A liberarte? ¿A liberarte de qué?

—¿Podrás trepar hasta aquí? ¿Has traído cuerdas?

—¿Trepar? ¿No has visto lo débil que estoy?

—Pero, entonces, ¿para qué has venido?

—He seguido la música, mi música, la de mi vida de ciego enclaustrado en la noche, la música de mi tristeza de anciano falto de alegría que no tiene el valor de morir. Pensé que ella me liberaría.

—Entiendo —dijo pensativamente la princesa—. Da quince pasos a tu derecha rodeando la torre, sin separar la mano de la muralla, y después continúa recto hasta que llegues a la liberación.

Tambaleante, el viejo siguió sus consejos y se dirigió hacia el acantilado, donde cayó sin emitir un solo grito.

La joven comprendió que de la música que interpretara dependían el físico, el carácter y los sentimientos del que sería su liberador. Así pues, compuso una música más alegre, que era el vivo retrato de su príncipe azul. Como todavía era muy inocente, no se dio cuenta de que, conforme pasaban los días, cada vez ponía más deseo en sus trinos. Y el que llegó

fue un ser lleno de deseo.

Era tal y como lo había soñado, de una belleza perfecta, las mejillas rosadas, los labios rojos, los ojos de un negro intenso, el cuerpo ceñido por un hábito blanco. Su capa y sus cabellos de azabache ondeaban movidos por el viento de alta mar. Ella pensó que iba a desmayarse. Él apoyó con decisión su bota estrecha y reluciente en la orilla. Dejando de soplar en su flauta, ella le llamó:

—Hola, príncipe mío, ¿habéis traído las cuerdas?

—¿Las cuerdas?

Su mohín contrariado le hacía parecer aún más bello.

—No importa, mirad mis cabellos que cuelgan hasta el suelo, utilizadlos para trepar hasta mí. ¡Una vez arriba, tiraréis abajo la puerta y huiremos por la escalera! ¡Deprisa, deprisa!

El príncipe apartó a las cabras y cogió a manos llenas el cabello de la princesa. Su olor le trastornó. Comenzó a cubrirlo de besos, a acariciarlo con sus mejillas, a morderlo con voluptuosidad.

—Príncipe mío, os lo ruego, ¡trepad!, ¡trepad hasta mí!

Alzó la cabeza y, al ver la belleza de la joven, estuvo a punto de darle un síncope, pero, como su deseo era muy fuerte, se agarró a los cabellos y comenzó a subir.

Al principio de la ascensión, y a causa del esfuerzo, el príncipe sólo estaba atento a coordinar sus movimientos, pero en cuanto adquirió un ritmo adecuado volvió a sentir la suavidad elástica de aquella cabellera extraordinaria y su hechizante olor a mar, a lágrimas y a algas. Turbado, incómodo por su erección, disminuyó la marcha.

—¡Oh, date prisa, príncipe mío! ¡Más rápido! ¡Más rápido, os lo ruego! ¡Oh! ¡Príncipe mío! ¡Oh! ¡Más, más deprisa!

Aquellas palabras, aquella voz lastimera, aquel rostro inclinado hacia él, aquel perfume, como temía Mohand en su sueño, provocaron un orgasmo fatal. El príncipe se soltó y se estrelló al pie de la torre. Acto seguido, ante los aterrorizados ojos de la princesa, las cabras comenzaron a pacer en sus orejas.

A punto estuvo de romper la flauta encantada y de tirarla

por la ventana. A partir de aquello se sumió en un profundo dolor que le duró hasta que una marea viva se llevó los blancos huesos del príncipe. Entonces comenzó a reflexionar.

No queriendo volver a tener el más mínimo contacto con las cabras, había dejado que su cabellera se enrollara en la prisión y dormía encima de ella como si fuera un nido. Obtuvo de su carcelero un nuevo par de tijeras, se trenzó los cabellos y se los cortó a ras de la nuca. La trenza cortada llegaba hasta el pie de la torre. La ató con un fuerte nudo al pie de su camastro soldado al muro.

Completamente decidida a solucionar por sí misma el asunto, se subió a la ventana. Pero, justo en el momento en que, asida a la trenza, se disponía a lanzarse al vacío, vio cómo el cielo se le daba la vuelta: el mar negro ocupaba su lugar y la arena ondulaba como un espejismo. Se dio cuenta de que padecía de vértigo. Recogió la trenza y reflexionó.

Necesitaba a alguien que fuera fuerte, valiente e incluso temerario, un aventurero poco ávido de ganancias, un alma generosa que amara las situaciones difíciles y se riera de la adversidad, ¡y sobre todo, sobre todo, alguien para quien la pasión amorosa no fuera un impedimento!

Como era muy inocente, no se dio cuenta de que en el retrato del salvador que se desprendía de su melodía, se insinuaba un distanciamiento con respecto a las mujeres que, por suerte, no fue funesto.

Llegó al caer la noche, armado de cuerdas y de pistolas y vestido de cuero negro. La princesa, a la que el cabello ya sólo le crecía de un modo imperceptible, se asomó a la ventana. Él contempló sin asombro su dulce rostro enmarcado por una melena corta.

Tiró entonces con todas sus fuerzas varias veces de la cuerda, para comprobar su solidez, sin imaginar siquiera por un momento que estuviera hecha de cabellos de mujer, y se lanzó al asalto. Subía de forma regular, perpendicular a la pared, con una técnica que despertó la admiración de la princesa. Llegado a la cima, ejecutó una ágil pirueta y apareció en medio de la habitación.

La princesa estaba tan conmovida que se arrojó a sus

brazos llorando. Él la miró y le acarició con dulzura la nuca completamente despejada, mientras le repetía: «Vamos, muchacho, vamos, muchacho…».

De pronto ella lo comprendió todo y supo que él estaba en el colmo de la emoción, porque se había confundido con respecto a su sexo. Decidió no decepcionarle. Era menuda y se había ataviado para la huida de tal manera que era imposible distinguir las formas de su cuerpo.

El aventurero, cada vez más turbado, sujetaba la barbilla del adolescente con la mano y admiraba la finura de sus rasgos. Subyugado, le besó con violencia en la boca. A la princesa, que había carecido cruelmente de todo tipo de distracciones, aquello le pareció exquisito. Prolongó todo lo que pudo aquel sabroso placer y, después, sin que él se lo pidiera, le bajó delicadamente el pantalón y él la poseyó como a un muchacho, quizás un poco demasiado deprisa, puede que un poco demasiado fuerte, mientras ella le sujetaba las manos para que no se las plantara debajo del vientre. Con la excitación del comienzo, aquello no le pareció nada desagradable, al contrario, le pareció muy práctico, pues así podía dar las gracias a su benefactor y, al mismo tiempo, permanecer virgen para su futuro príncipe azul.

Por desgracia, después de haber emitido un grito ronco y de haberse abatido pesadamente sobre el estrecho lecho, el aventurero le ofreció su grupa y le pidió que le pagara con la misma moneda. Al principio se sintió presa del pánico, pero después, al ver la flauta sobre la mesa, la metió rápidamente en su bote de crema para las asperezas de la piel y la hundió de forma lenta, pero segura, en el ano de su liberador, que se hacía lenguas de la firmeza, de la anchura y del ardor del miembro del muchacho.

Cuando él hubo emitido su segundo grito ronco, ella decidió que había llegado el momento de escabullirse precipitadamente. El aventurero, todavía bajo el hechizo y siempre activo, se cargó al hombro al encantador joven que tenía vértigo y descendió en medio de la noche por el mismo sitio por donde había subido.

Entre la isla y la tierra volvió a sentir deseo, y la princesa,

que tampoco carecía de valor, le desveló la verdad, debido a lo cual estuvieron a punto de ahogarse los dos, porque a él le entró un ataque de risa que le duró hasta que llegaron a puerto.

Una vez allí, él la acogió en su casa, la protegió como si fuera su hija y la hizo reír mucho.

La princesa vivió feliz durante mucho tiempo y tuvo la oportunidad de alegrarse con mucha frecuencia por haber sabido tocar con su flauta la melodía adecuada.

—Shera-Zaide, ¡verdaderamente hay que ser músico para inventar una historia como la que me acabas de contar!

»¡Tu aventurero tuvo la suerte de que aquella flauta, al menos, no conociera el miedo!

A la noche siguiente Shera-Zaide trae la cítara persa que la sultana le ha regalado.

—Shera-Zaide, ¿va a ser el interior de mis oídos lo que vas a despertar esta noche?

—No, princesa. Sólo tocaré si queréis. Acariciaré vuestros cabellos, vuestra nuca, guardaré vuestra mano en la mía y vos me hablaréis. Y, si lo deseáis, me marcharé.

—¿Pero…?

—¿No habéis conservado vuestro hábito de día?

—Sí… ¿Pero tú cómo lo sabes?

—Hace veintiún días que estoy a vuestro lado, princesa; para ser más exacto, veintiuna noches. Algunos dicen que la mujer es impura durante esas lunas, pero es porque no saben que, junto a su sangre, fluyen, o deberían fluir, todas las lágrimas antiguas, todos los miedos ocultos, los terrores asfixiantes, las penas, las cóleras y las dudas. En cada luna desaparecen las escorias que empañan el alma. A través de las mujeres el mundo se lava, el mundo se aligera. En esta sangre se hallan contenidas las guerras, las angustias y los dolores ancestrales. Si la mujer se abandona a su flujo, renace luminosa, joven y nueva como en el primer día. Princesa, desearía tanto poder acompañaros en esta metamorfosis…

Ella le toma la mano y le hace sentarse sobre la alfombra, después se tumba y apoya la mejilla en el muslo de él.

—¿Por qué sabes esas cosas? —murmura.

—No sé…, tal vez por la música… ¿Habéis pensado hoy en vuestra infancia?

—Sí…

—La luna es la nave de la infancia…

—Sí —asiente ella con una ahogada voz infantil—. Sí… Para cada uno de nosotros la infancia tiene un color

dominante. La mía tiene el color del desierto y sabe a ausencia. ¡Qué vacía de amor estuvo mi infancia!, la llené de miles de riquezas, ¡pero la luna sólo ilumina ese vacío!

Shera-Zaide tañe con delicadeza las cuerdas y acompaña los sollozos de la sultana. Su muslo se humedece. Se deshace el turbante que se ha puesto esta noche para estar más solemne. Ella se suena con él. De vez en cuando él la anima a dejarse llevar por los flujos de la luna y ella ríe en medio de las lágrimas. A lo largo de su viaje surgen los fantasmas odiados o adorados del pasado, odiados y adorados. Navega amarrada a la solícita amistad de Shera-Zaide.

Durante cuatro noches, tensiones, ascos, repulsas, amarguras, impotencias, rebeliones, se arremolinan y sacuden a la pequeña sultana, que al final se apacigua y acaba riéndose alocadamente al llegar la quinta noche. Entonces Shera-Zaide dice a Yasmina:

—Esta noche no os ofreceré un cuento surgido de mi imaginación, sino que trataré de restablecer la verdad a propósito de una maravillosa historia contada por un sabio cristiano, maestro de una honorable mujer de la que enseguida os hablaré. Y esto para mostraros cuántos disfraces puede adoptar la verdad incluso para un sabio.

La duquesa María

Este sincero sabio refiere cómo Conrado III, emperador de unas regiones tan frías como lejanas, asediaba un castillo en el que languidecía Güelfo, duque de Baviera, después de que éste hubiera visto morir primero de uno en uno, después de dos en dos y, al final, de tres en tres, hasta llegar al último, a todos sus soldados subidos en las almenas.

Tras haber rebañado él mismo el fondo del último barril de manteca rancia utilizado habitualmente para masajear a las mujeres durante el parto, Güelfo ayunó un día y después se rindió al emperador, prefiriendo morir descuartizado por cuatro caballos, empalado con hierros incandescentes o simplemente lanzado desde lo alto de las murallas de su castillo sobre las lanzas imperiales, antes que morir de hambre, muerte que consideraba indigna de su rango.

Cuando agitó la bandera blanca de los vencidos, las pocas personas que quedaban en el castillo lloraban junto a él a lágrima viva. Los hombres se veían ya muertos, y las mujeres, violadas una y otra vez y después muertas. Cada uno de ellos ofrecía su alma a Dios.

Pero el emperador Conrado no actuó según su costumbre. Retuvo a sus caballeros y a sus soldados y envió a un emisario, el cual para gran asombro de todos, propuso dejar salir sanas y salvas a todas las mujeres, cargadas, según el sabio, de «todo lo que pudieran llevar consigo». Y aquí es donde, tal vez por ser demasiado aficionado a las historias bellas, el sabio comienza a incurrir en el error, porque dice santurronamente: «Ellas, que tenían un corazón muy magnánimo, se atrevieron a acarrear sobre los hombros a sus maridos, a sus hijos e incluso al duque mismo». Pero ésta no es la verdad.

Cuando el emisario, vestido con la púrpura imperial y montado en su caballo rosillo, saltó por encima de la mesa

del comedor del castillo y anunció la decisión del emperador, se hizo un gran silencio. Cuando el jinete rojo se hubo ido, las mujeres, que eran más de quince, se apretaron las unas contra las otras, estupefactas de haber salvado la vida, mientras que los hombres, en un número más o menos igual, se alejaron hacia los extremos de la gran sala, mudos, anonadados.

Las mujeres, abrazadas entre sí por un primer impulso de alegría, formaban un único cuerpo compacto. La duquesa estaba en el centro del enjambre. Pero muy pronto las lágrimas comenzaron a correr por las mejillas de algunas, y entonces fue cuando Aloísa, la dama de compañía preferida de la duquesa, aulló como un lobo a la luz de la luna, lo que significaba que había tenido una idea.

—Señora, ¿es verdad que podemos cargar sobre nosotras todo lo que nos plazca?

—Así es, querida —respondió la duquesa con calma.

—Pues bien, ¿sabéis lo que voy a cargar hasta fuera, hasta el aire libre, y a depositar sobre el musgo bajo un manzano en flor? ¿Lo sabéis?

—No, querida. ¿Cómo voy a saberlo?

Aloísa corrió hasta un rincón oscuro de la sala, donde el bello Roberto, un joven caballero de largos muslos, se golpeaba la frente contra la pared mientras le rechinaban los dientes, pues consideraba que era demasiado joven para morir. Aloísa le tomó de la mano.

—¡Esto es lo que me cargaré a la espalda hasta más allá del puente levadizo y con él pasaré por delante de las narices del misericordioso emperador!

—¿Podréis, querida Aloísa?

—Lo que no puedo es vivir sin él —respondió ella.

Todas las mujeres comprendieron enseguida la idea de Aloísa. Tres de ellas, recogiéndose las faldas con las manos, se dirigieron al torreón a buscar a sus retoños. Bertina, la doncella encargada de la ropa blanca, fue por los tres hijos que tenía; a uno se lo echó al hombro; al otro, a la espalda, y al último lo metió en una alforja que se ató a su ancho vientre. Ya las otras mujeres, jóvenes y no tan jóvenes,

comenzaban a acercarse hacia los hombres con ternura, cuando la duquesa, a la que se había acercado el duque, habló en voz alta, paralizando a toda la asamblea:

—Señor, fijaos en el conmovedor amor que Aloísa profesa a su caballero. Fijaos en la vieja Alietta, que intentará llevar a hombros a su Abelardo, al que sólo le queda un soplo de vida. Fijaos en la gorda Bertina con su prole, fijaos en Armoise, que por fin nos desvela quién es su amante. ¡La bella Armoise ama al más feo de los vihuelistas! ¿Quién sería capaz de burlarse de ella hoy?

»Pero si yo, mi señor, os cargara sobre mis hombros, ¿no daría motivo para que se burlaran de mí hasta el final de los tiempos? ¡De mí, a quien engañasteis en nuestra noche de bodas y, más tarde, con todas las mujeres del castillo, del ducado y de los alrededores! ¡Con todas las mujeres feas y de bajo origen, a las que montasteis por todas partes, sobre las mesas de las tabernas, en las escaleras, las granjas, los gallineros, contra los árboles, entre las patas de los caballos! Deberíais estar en el revolcadero de los cerdos, ¡porque vos sois uno de ellos!

»¿Cómo voy a salir del castillo de mis padres y de mis antepasados llevando a cuestas a un cerdo? ¿Cómo voy a pasar ante los ojos del emperador?

»Vuestras montas brutales, que sólo reserváis para vuestras siervas, no hubieran sido nada si no me hubierais privado tan pronto de su fruto. Enviasteis a mis dos hijos cuando cumplieron seis años a aprender el estúpido juego de la guerra junto a vuestros partidarios y nunca más he vuelto a tener noticias de ellos. ¿Por qué os negáis a preocuparos por su existencia? ¿Teméis, como vuestros iguales, que apenas les despunte la barba os arrebaten vuestras tierras? ¡Ojalá lo hagan en el caso de que vivan!

»Y en cuanto a mi dulce Clara, ¿cómo pudisteis enviarla tan lejos cuando sólo tenía diez años, para casarla con un hombre al que jamás habíais visto y que quizá sea mucho peor que vos, ¡un ogro!? ¿Cómo queréis que cargue a mi espalda a quien me ha arrebatado a mis hijos, mis tierras, mi juventud y mi risa?

»¡Y eso no es todo, esposo mío! ¡Escuchad, gentiles señoras y señoritas! Vuestro señor duque no hacía más caso al castillo de mi espíritu que al de mi cuerpo, pero, para aparentar ante los grandes, este zafio mandaba cantar mis poemas durante las comidas y después les ofrecía una copia de ellos en un pergamino delicadamente iluminado, ¡él, que no sabe leer! Y una noche, después de haber estado bebiendo, cuando ya hacía tiempo que yo reposaba en nuestro lecho, llevó a nuestro ilustre huésped a nuestra habitación para que admirara la perfección del cuerpo de la duquesa. Como yo permanecía apoyada sobre mi costado, él le dijo: "Aguardad un momento. Este culo melindroso con una raja tan rosadita no es nada. ¡Si se diera la vuelta durante el sueño, tendríais la suerte de contemplar el más bello bosquecillo ardiente que jamás hayáis visto!".

»Como durante la comida había encontrado que nuestro huésped era bastante apuesto y no falto de ingenio, yo, simulando dormir, me volví y, mientras ofrecía a su admiración toda mi persona, con las piernas abiertas, hacía un gran esfuerzo para mantener los ojos cerrados y contener la risa. Dicho huésped era Conrado, en aquel tiempo nieto del emperador, y hoy el mismo emperador que asedia nuestras murallas. ¡He aquí, pues, una buena y última razón por la cual yo no llevaría al duque sobre mis espaldas!

»Pero si os dejo a esta masa de músculos ahogada en vino, hinchada por un exceso de carne, desearía, si no os perjudico a ninguna, llevar sobre mi espalda a Juanito, el dulce paje al que tantas veces zarandeasteis vos, esposo mío, ¡y al que incluso tomasteis por una muchacha una noche de borrachera, con todos vuestros soldadotes!

»A Juanito, que, para no morir y por amor a mí, llegará a ser poeta. Delicado como es, no tendré ninguna dificultad en llevarlo sobre mis hombros, y si por ventura sintiera a través de su jubón en mi nuca endurecerse su agujeta, ¡me daría mayor brío para abordar a nuestro vencedor!

»Señoras, señoritas, os cedo a un gran seductor. ¡Que le caiga en suerte a aquella que desee cargar con él!

Una gran mujer madura salió del círculo y se acercó al

duque.

—Duque de Baviera, ¿sabéis a cuántos de vuestros hijos he arrojado dentro de un saco al foso nada más nacer? ¿Lo sabéis?

El duque no decía nada.

—¡A seis! Seis hijos que vos me colocasteis en el vientre sin querer saber nada de ellos. ¡Más, más y más! Yo los mataba por piedad, como se mata a los cachorros, hasta que mi corazón y mi vientre se quedaron tan secos como un árbol muerto. Esto es lo que habéis hecho de mí. Dejaros aquí no me proporciona ninguna satisfacción. Sólo estrangulándoos y arrojándoos seis veces al foso con la piedra al cuello, enfriaría mi odio… Aunque no es seguro.

»Para salir del castillo cargaré a mi espalda al abate, a quien tanto le castañetean los dientes. Al abate que sólo sabe zampar y manosear a las jóvenes. Pero, bah, nunca se sabe, quizá salvarle la panza me valdrá el perdón…, y ¡quién sabe si el paraíso! ¡Tomaros a vos, duque, sería como llevar al diablo!

Una joven dama de compañía se adelantó a su vez.

—Señor, si respondéis bien a mi pregunta, os llevaré a mi espalda: ¿Qué edad tenía yo cuando me forzasteis por primera vez?

El duque la miraba intensamente y trataba de volver a encontrar en su memoria algunos detalles a los que nunca había dado la más mínima importancia. Un torbellino de jóvenes, llorando y gritando con voz aguda, y de sexos sangrantes giraba dentro de su cabeza.

Entonces farfulló al azar:

—Mmm… ¡Trece años!

—¡Habéis fallado! ¡Sois muy malo a la hora de calcular, mi señor! ¡Tenía diez años! Si no estuvierais tan cerca de la muerte, pediría a Dios que esos tres años que faltan fueran para vos tres años de lepra, de bubones, de escrófulas y de piedras, ¡tres años de dolores y de gusanos que os devoraran vivo!

Escupió al suelo y, con gesto de fastidio, se dirigió hacia un joven guardia rubio, al que tomó de la mano brutalmente

sin dirigirle una sola mirada.

Mariette la alegre, la doncella de la duquesa, interpeló al duque:

—Duque mío, yo os haré tres preguntas. Si respondéis sólo a dos, cargaré con vos; de lo contrario… estiraréis la pata. —Y se echó a reír—. Primera pregunta: ¿Os habéis acostado muchas veces conmigo?

El duque, despavorido, puso ojos de jabalí acorralado y respondió, no del todo al azar:

—Sí.

—¡He aquí una buena respuesta! ¡Muy bien, duque! Veamos la segunda: si os habéis acostado muchas veces conmigo, debéis de haber visto los tres grandes lunares que se ocultan bajo mi ropa. ¿Dónde están situados esos pillos?

El duque sudaba como si fuera pleno agosto. ¿De qué le servía reflexionar si no sabía la respuesta? Se aventuró:

—¡En el pecho!

—¡Que no, duque, que no! Querido Jacques, ven a mostrar a nuestro amo dónde están esos bonitos lunares.

El gran Jacques se acercó arrastrando los pies, como de costumbre, y, con el mismo fervor soñoliento con el que sacaba las aves del homo, alzó la ropa de Mariette, descubriendo una bella pierna blanca, y tocó con uno de sus dedos los tres lunares negros agazapados en la parte interior del muslo derecho, a medio camino entre la rodilla, de una redondez perfecta, y el objeto oculto de los deseos de toda la región o de casi toda.

—Señor, ¡que le sirva de ejemplo! —dijo ella reventando de risa. He aquí la tercera pregunta:

»Todos los que quedamos en el castillo sabemos que debemos la vida a la duquesa, cuyos cabellos son de un bello color rojo y tiene el bosquecillo ardiente. Pero el mío, señor, ¿podéis decirme cómo es el mío? La respuesta es muy fácil, querido duque, ¡todo el castillo la sabe! La sabía —añadió, dirigiendo una afligida mirada a los cadáveres de los soldados amontonados en el patio.

Por más que el duque tratara de recordar todos los bosquecillos en los cuales se había introducido, no conseguía

ver nada, su memoria estaba vacía. Ninguna remembranza de buclecitos, de suaves tapices de musgo rubio, ni siquiera de ásperos vellones ya grises, ¡nada! Miró a Mariette por primera vez. Tenía unos preciosos ojos azules y la piel blanca. Llevaba recogido el cabello bajo la cofia, pero de ésta sobresalían algunas pálidas pelusas. El duque, ya tranquilizado, respondió:

—¡Tu bosquecillo es rubio como el trigo!

En ese momento, todos los hombres respondieron a coro:

—¡No! ¡Es negro como el azabache!

Mariette se desternillaba de risa entre el gran Jacques y maese Pierre, el herrero, quienes, lentamente, como si se tratara de una sábana santa, levantaron los refajos de la alegre y descubrieron ante la maravillada asamblea un bosquecillo frondoso y sombrío, bajo el cual los mejores situados vislumbraron dos pequeños labios escarlata que les hicieron sudar.

—¡Si vos no saltarais como el gallo sobre la gallina con todas sus plumas, hubierais sabido que yo soy la única muchacha de la región clara por arriba y oscura por abajo! ¡Habéis perdido, querido duque! Cargaré al gran Jacques a mi espalda. Sólo tiene piel sobre los huesos y lo único que tiene pesado está en el fondo de sus pantalones, ¡alabado sea Dios!

Se alejó riéndose, llevándose al gran Jacques cogido por la cintura.

Marión la flaca se adelantó. Algunos decían que tenía un tizón en las nalgas y que su postura preferida era la de la gallina puesta en el asador, lo cual explicaba por qué, a pesar de trabajar en las cocinas, estaba tan chupada. Porque todo el mundo sabe que comer tumbada boca arriba, con las piernas levantadas, no es ni cómodo ni sano.

—¡Oh bello duque asiduo de mis nalgas! ¿Podréis responderme a una pregunta muy sencilla? Hela aquí: ¿Por qué todos estos hombres sin castidad me llaman Dedo de hada?

Al oír esta pregunta, todos los hombres se troncharon de risa. Algunos enrojecían y otros, moviendo la cabeza,

repetían: «¡Ah, es verdad, es verdad!».

—¿Dedo de hada? ¿Dedo de hada? Pues…

No recordaba que ella hubiera hecho nada raro con ninguno de sus dedos cuando la penetraba a toda velocidad entre la panera y el salero…, pero quizás era porque no le había dado tiempo para ello. El duque comenzaba a lamentar su premura. Volvió a improvisar otra vez.

—Te llaman dedo de hada a causa de los mimos tan sutiles que haces con tu dedo índice…

¡Qué vergüenza para el duque! Los unos se tiraban al suelo de la risa, los otros se agarraban a la mesa para no caerse. Hipaban: «¡Muy sutiles! ¡Muy sutiles!».

—¡Lindo duque asiduo de mis nalgas, que no os detuvisteis ni un momento en los repliegues de mi conejito! ¡Si lo hubierais hecho, a fuerza de mimos, de bromas, de picoteos y de chupeteos, habríais visto alzarse mi dedo de hada! ¡Por una vez hubiera hecho honor a su nombre salvándoos del destripamiento! ¡Qué mal hecha está la vida, lindo duque!

Las otras mujeres no dirigieron la palabra al duque, pero pasaron ostensiblemente delante de él para ir a buscar al hombre que habían elegido.

Finette la muda, la fregona de las baldosas del palacio, contrahecha y bizca pero que como todas las demás tenía aquel escondrijo oscuro que era lo único que le interesaba al duque, dio tres vueltas alrededor del animal antes de tirarse un sonoro pedo.

Ella escogió a maese Pierre, quien, aunque no era muy joven, había esperado algo mejor, pero no se atrevió a mostrarlo.

Pronto cada una tuvo a su respectivo hombre. Sólo el duque, en medio del comedor, se consumía en una agria angustia. ¡Las mujeres sopesaban a sus caballeros con risas!

De pronto, salió de la gran chimenea aquella de la que todos se habían olvidado: ¡la vieja Crujosa! Canosa, granulosa, casi calva y completamente desdentada, se aproximó crujiendo hacia el duque, lo miró de arriba abajo y sobre todo en el centro, avanzando su gran barbilla peluda

hacia delante.

—No sé si será la chimenea o las historias que habéis contado, jovencitas, pero el caso es que tengo el culo ardiendo. ¡Señora! ¡Creo que aquí soy la única, me parece, que no he gustado del ducal miembro! De modo que, si vos, gentil duque, quisierais concederme el placer de inmediato, os llevaría hasta donde pudiese.

El duque se vio salvado. ¿Pero cómo podría honorar a esa anciana?

Se aislaron en la habitación cercana acompañados por las risas de la asamblea. Mariette incluso entonó un canto nupcial de su aldea, que todos secundaron a coro.

Al cabo de un momento la Crujosa salió echando chispas.

—¡Sé perfectamente que a mi edad hay que contentarse con poco, pero esto es como ayunar en cuaresma! ¿Cómo es posible que un pájaro tan derrengado haya causado todo este desorden? ¡Señoritas, por piedad, vengan a echar una mano a la vieja Crujosa para que pueda cumplir su último deseo!

Cinco o seis jóvenes ingenuas, ya bastante excitadas ante la idea de servir de montura a unos buenos mozos, entraron en la habitación donde el duque flaqueaba mortalmente, se recogieron las ropas bajo las cuales iban con las nalgas al aire y bailaron delante de sus narices una giga endiablada, subiéndose y bajándose las enaguas en una gran espuma de encajes, levantando una pierna y después la otra delante de sus narices hasta marearle. El duque no tardó en recuperarse, en echar a las doncellas, que le saludaron al revés, con las faldas por encima de la cabeza, y en arrojarse sobre la abuela.

Ésta padeció con valentía sus asaltos lánguidos y casi teóricos. Pero cuando el duque le saltó a la espalda para recobrar la libertad, se vino abajo crepitando como un montón de ramitas.

El duque, que jamás se había devanado los sesos, tuvo una idea. Se metió en la ropa de la vieja y se las ingenió tan bien que, viéndoles avanzar, parecía que iba realmente encaramado sobre la espalda de la bruja, cuando en realidad era él quien caminaba llevándola en brazos.

Ante el emperador Conrado desfiló una tropa sacudida por las risas. Todas las mujeres estaban coloradas por el esfuerzo, salvo la abuela, que, extática, rota en mil pedazos, entregaba su alma a Dios en los potentes brazos del duque.

Pero el emperador sólo veía a la duquesa María. Esta sonreía mirándole directamente a los ojos y avanzaba majestuosa, resplandeciente en su sencillo vestido blanco cuyo escote dejaba ver la redondez de su garganta y que el viento de abril adhería a las curvas de un cuerpo que él no había olvidado. De entre su flameante cabellera surgía el fino rostro de un joven.

El emperador supo que seguía enamorado de María. Hubiera deseado bajarse del caballo e inclinarse ante su belleza, y ella lo vio en sus ojos. Entonces ella también rió y, sin apartar sus ojos de Conrado, deslizó lentamente la mano sobre el muslo del paje.

Una mañana, en su habitación abierta a un jardín donde beben los pájaros, se embriagan de esencias y de perfumes y llevan en sus plumajes todos los colores del arco iris sin aparente esfuerzo, Shera-Zaide recibe la visita de un anciano enviado por Yasmina. Zia y Amila le acompañan.

Sin cesar de reír ahogadamente, y sin explicación alguna, las dos muchachas le desnudan, le hacen tumbarse y, chupándole por tumo el sexo, acaban dándole un soberbio aspecto. A cada pregunta de Shera-Zaide le retienen en el sofá: «¡Orden de Lalla Yasmina! ¡Orden de Lalla Yasmina!». Shera-Zaide se deja hacer.

¿Pero qué es lo que manipula el viejo que le ha saludado al entrar? Ha dejado en el suelo una caja de madera. La abre, saca de ella unos objetos duros que chocan entre sí. Shera-Zaide no teme nada porque el ambiente es de risas y de travesuras y además conoce muy bien a las dos jóvenes. ¿Pero qué hace el viejo? El silencio se ve roto por pequeños crujidos.

Las jóvenes ríen tontamente, profieren exclamaciones y dicen:

—¡Aplícate, anciano! ¿No serán lupas los cristales de tus anteojos? ¿La vas a hacer así de grande?

Zia dice:

—¡A mí me serviría de garrote para moler a palos a los hombres que se dedican a pellizcar los pechos de las mujeres en los corredores!

Y Amila:

—¡Pero si es un regalo de cumpleaños!

—¿Para quién?

—¡Para Mahmud!

¡Eso es! ¡Ya lo ha entendido! Este hombre va a esculpir su

sexo erecto en una materia que seguramente es marfil, ¿no suelen hacerse en marfil este tipo de objetos? Y, además, ha comenzado a percibir un ligero olor a cuerno. ¡Es eso lo que se le ha ocurrido a la sultana para contrarrestar sus rechazos y satisfacer su obsesión!

El viejo masculla, huraño:

—¡Señoritas!

Al punto sus cálidos y húmedos estímulos se suceden. Cada una de ellas se demora y juguetea con su lengua durante un poco más de tiempo que la otra. Amila, con los ojos cerrados, la conserva en su boca, donde su lengua baila una danza enloquecida. Los ágiles labios de Zia suben desde la raíz hasta la cima del glande de seda, a lo largo de la ancha y palpitante vena. Dan brillo con su saliva a la cálida cabeza. Las dos lenguas, puntiagudas como anguilas, se deslizan por el surco. El viejo se enfada.

—¡Ya está bien! ¿Cómo queréis que trabaje así?

Pide a Shera-Zaide que se levante, que se arrodille, que se coloque bajo un rayo de luz. Mientras el maestro se inclina sobre su trabajo, las muchachas, subrepticiamente, pasan un dedo húmedo por entre las bellas nalgas del modelo o depositan un beso chupón sobre lo que una de ellas llama su trompa saqueadora; y la otra, su encantadora estaca.

—Cric crac ruchh frut tac tac tac sac soc sac soc… vw vw w cric cric crac pocpocpoc grut grut grut…

El escultor viene dos días seguidos. El segundo día ya ha comenzado a pulir el objeto. Zila y Amila, entre dos servicios, tocan con ardor los instrumentos musicales de Shera-Zaide y cubren con sus sonidos los furtivos ruidos del trabajo del artesano. Zia canta las sentencias de su pueblo, y Shera-Zaide, al oírlas, siente escalofríos en los riñones.

—Placer de sultana, ¿conoces una música mejor para hacer empalmarse a alguien?

—¡Señoritas, por favor, no hagan reír al modelo!

El viejo pule su obra golpeándola con fuerza con una piel de borrego.

—¡Vum, vum, vum, vum!

—¡Detente, anciano, si no vas a tener que volver a

comenzarla!

—Señoritas, ¡un poco de respeto hacia mi arte!

—¡Pffuit!

—Gran maestro de la verga pálida, ¿no cree que un poco de tintura daría mejor aspecto a esta obra de arte?

—Vuestra ama lo dirá… Estoy a su servicio.

Shera-Zaide toma el objeto liso y lo palpa asombrado.

Jamás volverá a oír hablar de él.

La flauta encantada ha inspirado a Yasmina la idea de este servidor de marfil, pero sólo quiere utilizarlo en sus juegos con Zia y Amila.

Ordenan que les traigan vino de Persia, el cual beben riéndose, y hierba de Bagdad, que fuman en el narguile mientras se gastan bromas. Zia cuenta en voz baja sus historias picantes; y Amila, sus cotilleos de alcoba. Las tres tienen calor y se desnudan entre sí interpretando, unas veces como hombres y otras como mujeres, grandes escenas de amor. Ferhad desnuda los hombros morenos de Chirin, y Leila aprieta sus senos blancos contra la boca de dos Medjun hambrientos. La mujer rosada, la morena y la negra se mezclan. Zia sujeta contra su vientre la obra del viejo escultor. Amila piensa: «Parece un gusano blanco sobre el vientre de un gato negro», pero no lo dice. Yasmina, a quien las dos muchachas han besado, acariciado por arriba y por abajo, por dentro y por fuera, ebria, flota sobre el humo oloroso y piensa en el dulce sexo de su amado.

Al contacto de este objeto rígido, se sobresalta y rechaza a Zia que, sin embargo, ha calentado durante un largo rato el falo pálido entre sus senos tenebrosos. Como revancha, Yasmina, armada a su vez del pálido servidor, penetra con ardor a sus compañeras. ¡Se hunde en ellas con violencia, con frenesí, sujetándolas por las caderas! Pero su furor no asusta a las dos golfillas, que se revuelcan y gimen sobre el gran lecho. Yasmina, en medio de esa oleada rojiza y negra, en medio de ese torbellino de sexos ávidos, rojos y entregados, con los riñones doloridos, ya no sabe si es ella o Shera-Zaide, el hombre de miel, quien penetra y penetra salvajemente en ellas. Desesperada, rompe a llorar y lanza el objeto contra la pared. Éste se rompe por la mitad. Las dos muchachas corren

a recoger los trozos.

Por la noche, su amado le dice:

—¿No creéis que Zia y Amila, a pesar de ser la una negra y la otra blanca, tienen una sola alma?

—¿Por qué dices eso?

—Porque no consigo distinguir sus caracteres, sólo su olor, su piel, su voz. Por lo demás parecen pensar y sentir al unísono, ¿no os parece?

—¿Serán gemelas?

—Precisamente esta mañana se me ha ocurrido una historia que trata de eso, ¿queréis oírla?

—¿Será triste?

—Sí…, un poco.

—¡Entonces cuéntamela!

Cuento del doble pachá

Leila había sido elegida como esposa por el joven pachá que había subido hacía poco al trono de Igdir. El día de la ceremonia no había salido todavía de su asombro.

El pachá la había visto una sola vez, cuando en el curso de una cacería había pedido, al caer la noche, la hospitalidad de su padre, rico propietario en una gran villa.

Su padre, un hombre demasiado obsequioso, había atrapado un fuerte dolor de riñones a fuerza de reverencias y de genuflexiones desordenadas e intempestivas. Ella, de naturaleza sencilla y práctica, consiguió alojar en la villa a toda la comitiva del pachá, mandó que le prepararan un baño a él y a todos sus compañeros y convenció al cocinero de la casa de que podía, con todas las provisiones acumuladas, ofrecer al pachá y a sus cazadores una comida que no por ser campesina fuera considerada menos suculenta por los nobles huéspedes, habituados a los indigestos refinamientos de la corte.

Con sus dos hermanas y tres músicos que consiguieron encontrar en el pueblo, uno de ellos tuerto, el otro desdentado y el tercero alopécico, consiguió incluso ofrecer a la ilustre asamblea un intermedio de música y danza, que ella consideraba indispensable para una buena digestión principesca. Su buena voluntad y su ignorancia le impidieron darse cuenta de lo ridícula que resultaba la improvisada compañía, y el pachá, con un simple fruncimiento del ceño, hizo tragarse a sus compañeros las risas que durante toda la comida amenazaron con explotar. Algunos, no aguantándose más, salían precipitadamente a vaciar el saco de su risa como se vacía la vejiga, y los servidores aprendieron así una noble práctica que imitaron durante numerosas generaciones. Tanto es así, que, a partir de entonces, los habitantes de esa villa fueron conocidos bajo el nombre de Los meadores de risa.

Las tres regordetas hermanas habían sacado sus velos más bellos y, a cada plato, que ellas mismas servían con abundantes sonrisas y gentiles ademanes, trataban por medio de sus contoneos de hacer olvidar al pachá su contrariedad por no hallarse aquella noche en su lujoso harén. Cuanto más imaginaban el fasto que le rodeaba en el palacio, más intentaban, llenas de piedad, reemplazar a las cientos de huríes, almeas y odaliscas que sin duda revoloteaban en tomo a aquel jefe supremo y le dispensaban belleza, encanto y voluptuosidad. Unas veces se ondulaban de manera frenética y otras se volvían excesivamente lascivas, pero sus corazones no estaban habitados por ninguna segunda intención. Eran como tres madres deseosas de consolar a un niño decepcionado.

La mayor, que era la más gorda y la más blanca de piel, dirigía el baile con tal convicción, que el pachá se conmovió. Unos días más tarde una delegación cargada de presentes vino a pedir al padre, todavía encamado, la mano de su hija mayor.

El joven pachá no tenía esposa oficial. La joven Leña se negó a creer a los mensajeros y exigió una carta del propio pachá. Para eso le envió por medio de sus delegados el único palomo que no había ido a parar a la cacerola el día de la cacería. El pachá, en un pequeño pergamino fino como la seda, escribió una petición de matrimonio muy sencilla y debidamente firmada con su nombre. La ató a la pata del pájaro y, dos horas más tarde, éste se posaba en el palomar de Leila, que, ya segura de su felicidad, trató de recordar el rostro del pachá. Pero le había acogido y servido con tanto celo y recogimiento, había reflexionado tanto sobre las danzas que debían interpretarse mientras se servían los deliciosos vinos de su padre y había estado tan pendiente de la organización de la comida mientras bailaba, que verdaderamente no se había fijado en él.

Sus hermanas y sus sirvientas le aseguraron que era muy bello, aunque quizá demasiado delgado y menudo. Leila, acostumbrada a los animales de la granja, respondió tranquila: «Ya engordará». En cuanto a su tamaño…, ¿no era

su propio padre alto como tres dátiles y traía al retortero a todo el pueblo? Por otra parte, a su madre, ya fallecida, le gustaba repetir esta frase del sabio cristiano del que te hablaba el otro día —¡sabe Alá de dónde la habría sacado!—: «El hombre menudo tiene exactamente lo mismo que un hombre grande», cerrando así el pico a aquellas mujeres que se burlaban de ella por ser la mitad de una media porción.

Leila pidió al sultán, que parecía muy impaciente, un mes entero de esponsales, durante el cual se dedicó a dar a sus hermanas una serie de consejos con el fin de que pudieran, tal y como ella había hecho hasta entonces, dirigir con firmeza, pero sosegadamente, su propiedad, y mitigar el nervioso desorden de su padre sin contrariarle. Les enseñó todo lo que ella misma había aprendido con la experiencia, desde los establos a la cocina, desde los campos a los almacenes, con tal serenidad y sencillez, que las hermanas, provistas de aquellas pocas reglas, que no había que transgredir bajo ningún pretexto, se sintieron dispuestas, al acabar el mes, a hacer prosperar la heredad.

Leila también preparó durante aquel mes su sencillo ajuar ayudada por las mujeres de la casa y las bordadoras del pueblo. La más anciana había dicho con un hilo de oro entre los labios: «Allí donde normalmente se borda una flor, es necesario bordar doce flores para la mujer del pachá, ¡Alá le conceda mil años de felicidad!». De ese modo, la noche de bodas, Leila fue ataviada con una camisa totalmente rígida debido a la gran cantidad de rosas de color rojo y naranja que llevaba bordadas, cuyos corazones de oro hacían sangrar su blanca piel. Suspiró aliviada cuando su marido le dio a entender que prefería que se la quitara. De ese modo, pudo ofrecer para que los admirase los tres generosos pliegues de su vientre de alabastro, el último de los cuales ocultaba con coquetería su sexo terso y carnoso.

El sultán era flaco y menudo, sus hermanas tenían razón. Leila apreció su bello rostro y su suave barba negra, tan brillante que pensó con satisfacción: «¡Para tener un pelo tan brillante, mi marido debe de gozar de una excelente salud!». En cuanto al resto de la anatomía de su noble esposo, pudo

apreciar que su madre tenía razón. En los períodos de grandes cambios, es tranquilizador poder asirse a algo sólido, y ella no se privó de hacerlo.

En efecto, el sultán gozaba de una excelente salud. Alegre y cariñoso, se sentía fascinado por la buena voluntad de su mujer, que, a pesar de su gordura, daba pruebas de una ligereza y de una agilidad seráficas, tanto en la cama como en la danza. Amaba sus suaves mejillas tan delicadamente rosadas, su boquita siempre entreabierta para la sonrisa o el beso, sus pechos más blancos que la leche, más mullidos que la almohada de plumón más tierna, sus nalgas, donde él se perdía, sus muslos que lo envolvían con suavidad. Amaba la blancura de su cuerpo regordete y de su alma infantil. ¡Con cuánto ardor besaba los negros lunares que resaltaban tan admirablemente en aquella blancura! En los momentos de mayor ebriedad la llamaba «mi lukum de amor», y es verdad que poseía la suavidad y el azucarado aroma de esta fruta.

Leila descubría las alegrías camales sin asombro. No tardó en encontrar en el coito el más maravilloso placer del mundo. Ponía toda su alma en descubrir las caricias, los mimos, los abrazos y las posturas que pudieran dar más alegría a su esposo. Puso tanto ardor en ello que, una noche, cuando estaba arrodillada en el sofá delante de él para que pudiera regalarse la vista con sus generosas nalgas, y él la penetraba profundamente, dio un grito que despertó a todo el palacio y, por un momento, no pudo recuperar la respiración. Su corazón latía con tanta fuerza dentro de su pecho, que lo sujetaba con ambas manos ante el temor de que, como un faisán loco de amor, se escapara de su jaula.

Su piel se había vuelto uniformemente rosa y su esposo la contemplaba con una gran ternura. Ella le dijo anhelante: «Perdonadme, mi señor, no sé qué es lo que me ha ocurrido de pronto… ¡Pero qué feliz me sentiría si se repitiera!».

El joven pachá soltó una gran carcajada, la rodeó con sus brazos y le acarició el canastillo inundado por su sexo duro, pero tan suave, que para ella era una perpetua fascinación. Leila se recuperó y se arrodilló, esta vez vuelta hacia él, y tuvo la sensación de que muy pronto iba a volver a

encontrarse muy a gusto, cuando de pronto sintió a un hombre detrás de ella. Separó su boca de los besos de su esposo para volver la cabeza… y vio de pronto ¡a su marido!

¿Cómo podía estar su marido desnudo delante de ella, en ella, y al mismo tiempo pegado a su espalda mordisqueándole la nuca? ¡Las manos del primero separaban delicadamente sus nalgas y las del segundo sujetaban sus pechos con ternura! El marido de delante no parecía darse cuenta de la presencia del de detrás, y viceversa, así que Leda no dijo nada y se abandonó a las delicias de aquel amor plural.

¡Y qué intensas eran! ¿Cuántas veces sintió dentro de ella latir su corazón con violencia como un gran tamtan negro? ¡Imposible decirlo! La noche fue un maravilloso *ballet* del que ella era el centro, y su marido se mostró igual de vigoroso en doble como en simple.

Siempre tenía en ella a sus dos maridos. A uno en su gruta tierna o en su boca ardiente y al otro entre sus nalgas tan agradablemente dispuestas para recibirlo que se moría de gusto. Unas veces fuente de placeres, otras horno de brasas eternamente renacientes, llegó un momento en que dejó de saber cuál de los dos hombres era su auténtico marido y cuál era el otro. En las treguas del amanecer los observaba cálidos contra ella, la cabeza apoyada en sus pechos. Después de un breve adormecimiento poblado de sueños púrpura, se despertó junto a un solo hombre dormido y le besó el hombro, tranquilizada y un poco nostálgica.

Esta deliciosa aventura le parecía incomprensible, pero no era una mujer que se hiciera preguntas acerca de las cosas agradables, y, cuando a la mañana siguiente por fin se levantó, ya tarde, tenía tal curiosidad por ver cómo iba la construcción del palomar, la rehabilitación de las cocinas y la limpieza del jardín de las mujeres, que dejó de pensar en ello. Sólo algunos suspiros inopinados le recordaban la voluptuosidad de la pasada noche y hacían que, de pronto, el día le pareciera muy largo.

Al llegar la noche, mientras se tumbaba riendo sobre su esposo, le mordisqueaba los labios y se acariciaba las mejillas en su sedosa barba, el otro vino a tumbarse sobre ella. Le

volvió a extrañar que el primero no se diera cuenta de nada y separó suavemente las piernas para que todo el mundo estuviera contento. La situación se repitió durante seis noches seguidas. A la séptima, por fin, la explicación de este prodigio se le impuso sin necesidad de hacer ningún esfuerzo por buscarla, y se sintió inundada de alegría.

La séptima noche se prosternó delante de su esposo, que la esperaba sentado en el borde de su inmenso lecho. Él impidió a Leila que le besara los pies como hubiera querido hacer, y ella, llorando de agradecimiento, se tumbó a su lado y le dio las gracias:

—Señor, durante seis días he sido ingrata por no haber manifestado mi agradecimiento por lo que es, hoy soy consciente de ello, una gran prueba de amor. Yo sabía que teníais grandes poderes. Habéis utilizado uno de ellos para colmarme, para darme más placer que ningún hombre solo jamás hubiera podido procurarme. ¡Cada noche os desdobláis! Jamás podré devolveros vuestra bondad, porque yo no tengo ese poder.

El sultán se rió a más no poder al tiempo que la estrechaba entre sus brazos.

—¡Qué feliz me siento de que apreciéis mi don!

—¿Cómo podría ser de otra manera? —Le dijo ella con una graciosa sonrisa, a la vez que guiaba entre sus piernas la mano del segundo marido, que acababa de aparecer.

La alegre zarabanda volvió a comenzar. El doble demostraba tanta pasión, tanta ternura y tanta atención e invención como su marido. Leila se inflamaba en cuanto ellos posaban sobre ella sus manos y gozaba de forma ininterrumpida hasta el despertar del día.

La noche de su primer aniversario de boda, al marido de Leila, ayudado por su doble, se le ocurrió la idea de llenar de polvo de oro todos los hoyuelos de su cuerpo. ¡Los tenía por todas partes! ¡En las mejillas, en la barbilla, en los hombros, en los codos, en los riñones, en las nalgas, en las rodillas! Y por supuesto en otras partes. Al cabo de algunas horas, en el calor de su habitación iluminada por guirnaldas de velas perfumadas, los tres titilaban como estatuas de oro e hicieron

el amor hasta el amanecer, como se hace en las estrellas.

El pachá se desdobló así durante años. No hace falta decir que él, como todo pachá que se precie, tenía un harén bien surtido, de cuya limpieza, como de todo, velaba Leila. Pero ella siguió siendo la única desposada y, a pesar de los años, no pasaban más de cuatro días sin que su esposo fuera a visitarla.

Sus averiguaciones entre las concubinas confirmaron felizmente lo que ella esperaba: él jamás se desdoblaba con ninguna otra. Jamás tuvo una favorita. Cuando se quedó encinta por primera vez, le pareció extraño ver aquellas cuatro manos posadas sobre su vientre, a aquellos dos maridos, con el oído pegado a sus costados, tratando de oír latir a su fruto en las profundidades. Pensó: «En estas circunstancias podría dispensarse de hacer aparecer a su doble. Pero bueno…, ¡si eso le produce placer! ¡Parecen tan contentos los dos!». Y se desperezaba haciendo saltar su vientre feliz.

Fue un niño hermoso. El sultán besó con emoción a Leila en una mejilla y su doble le besó en la otra. ¡Estaba tan cansada! «Como después de pasar una noche con vos», dijo volviéndose hacia su marido, o tal vez hacia su doble. ¿Quién sabe?

Sus juegos triangulares volvieron a comenzar muy pronto, con más fantasía, si cabe, y con más entusiasmo. A veces, Leila, asiendo en cada una de sus manos aquellos dos sexos absolutamente idénticos, oscuros, tensos, vibrantes, se extasiaba: «Solimán, esposo mío, ¡sois magnífico!», y después de haberlos besado los conducía ella misma donde mejor le parecía con una agitación y unos jadeos no menos magníficos. A él le producía un placer loco ver el sexo de su doble penetrar el de su mujer, tan ávido. No se cansaba de aquel espectáculo y Leila comprendía que él contemplaba así lo que ningún hombre puede ver a sus anchas mientras hace el amor. ¿Pero por qué el doble también ocupaba el puesto del espectador cuando su marido se deslizaba despacio en ella o estallaba de placer en sus vaivenes frenéticos? No se atrevió a preguntárselo, más aún cuando aquella mirada la

impulsaba a proezas que le procuraban miles de atractivos.

Después de dos años de triple placer, Leila trajo al mundo a dos minúsculas gemelas. Sólo su marido vino a admirarlas. A ella le pareció verle llorar y se extrañó. Salió muy deprisa y regresó después con los ojos secos y comenzó a llorar de nuevo. Aquel comportamiento le pareció muy extraño, pero prefirió no darle demasiadas vueltas y hundirse en un dulce sueño.

Volvieron a tener otro hijo y, como todas las alegrías tienen un fin, la guerra estalló en las fronteras y el sultán tuvo que partir al mando de sus tropas. El humor de Leila se ensombreció. Ya no cantaba como antes. Mostraba menos paciencia con las criadas. Cuando veía a su hijo mayor, que tenía los mismos ojos que Solimán, se echaba a llorar. Dormía mal.

Una noche oyó las trompetas de la guardia de su marido y el galope de una comitiva. Cuatro caballos tiraban de un gran carro sobre el cual se alzaba una tienda, una especie de catafalco, en tomo al cual distinguió a los seis ministros que no se separaban jamás del pachá y, detrás de él, sujetando a sus caballos, un centenar de soldados.

Se le paró el corazón. Pensó que iba a derrumbarse, pero haciendo un terrible esfuerzo se recuperó y bajó al patio, donde llegaba el siniestro equipaje. Los servidores, todavía adormilados, repetían: «El pachá está herido, el pachá está herido, incluso puede que esté…».

Los seis ministros ordenaron llevar las parihuelas a una habitación con el suelo de turquí oscuro, que Leila no conocía. Cuando los servidores hubieron encendido las bujías, fueron echados de allí, y el ministro médico, que siempre le había demostrado una gran amistad, se aproximó a ella, inclinó la cabeza y dijo: «El pachá está muerto, pero nadie debe saberlo».

Sólo oyó la primera parte de la frase. Los ministros abandonaron la estancia y la dejaron sola con su desesperación sin gritos ni lágrimas, helada hasta el corazón. Finalmente, después de un tiempo interminable, cuando la mano de mármol aflojó su opresión alrededor de su pecho,

unas cálidas lágrimas corrieron sobre sus mejillas, a lo largo de su cuello, se deslizaron entre sus pechos, a lo largo de sus brazos, y frías al fin, resbalaron a lo largo de sus muslos hasta llegar al suelo. Esta lluvia de dolor no era sin embargo la aceptación de la muerte, sino el rechazo a la vida.

Se acercó al muerto, levantó el paño. Estaba como ella lo había amado, pero ahora amarillo y con los ojos hundidos, ¡y con esa terrible herida en la frente!

Hubiera querido volver a tomarlo entre sus brazos, calentarlo, tornar flexibles sus músculos, devolverle el color y la vida masajeándole sin fin como hacía antes… ¡Antes! Se ahogaba en sollozos sobre su pecho inerte.

De pronto, sintió una mano cálida sobre su hombro. ¡No! ¡No, no podía creerlo! Y, sin embargo, así era. ¡Incluso muerto su marido le enviaba a su doble! Estaba ahí, con el rostro devastado por el sufrimiento, con la barba empapada de lágrimas. Ante aquel don de amor más allá de la muerte, la sultana redobló sus llantos.

El doble, macilento, tembloroso, conmovido por su dolor, le tomó las manos. Leila alzó hacia él una mirada desesperada e hipó: «¿Cómo un hombre que… tiene el poder de desdoblarse incluso después dé muerto… ha podido dejarse matar por unos simples enemigos? ¿Cómo? ¿Y por qué no ha enviado a su doble a la muerte? ¿Podéis decírmelo?». La rebelión rugía en ella.

El doble sonrió atormentadamente y la atrajo a la banqueta colocada junto a las parihuelas. Ella se dejó conducir, sin separar los ojos del perfil muerto de su esposo.

—Señora —le dijo él—, por desgracia ha llegado el momento de deciros la verdad. Él y yo esperábamos no tener que hacerlo jamás…, o muy tarde. Pero el destino es cruel. Señora, tratad de prestar atención a mis palabras. De ello depende nuestro reino y la vida de nuestros hijos. Vuestro muy amado marido jamás tuvo el don de desdoblarse.

Ella se sobresaltó.

—¿Cómo? Pero…

—No, el asunto es mucho más sencillo, o al menos mucho más natural: éramos gemelos.

—¡Ah!

—Sí, fuimos los primogénitos del pachá Farid. Nuestra madre, que no era nada tonta, ocultó que éramos gemelos, sabiendo que no se puede hacer reinar a dos hermanos al mismo tiempo. Entonces entre los dos llevamos una sola vida. En el mismo día, las gentes que creían tener relación sólo con el príncipe Solimán, veían unas veces a uno y otras veces al otro. Podíamos intercambiamos diez, veinte veces seguidas sin que nadie se diera cuenta. Nos contábamos minuciosamente todo lo que vivíamos en el exterior de los apartamentos secretos de nuestra madre, nos referíamos todo lo que decíamos u oíamos. El que permanecía oculto tampoco perdía el tiempo. Estudiaba, escribía, tocaba y, cuando el otro volvía, le hacía partícipe de sus progresos. Así, llevando una sola vida entre los dos, teníamos dos vidas cada uno. Ni nuestros maestros, ni nuestros caballos, ni más tarde nuestras amantes, supieron nunca lo que ocurría. Sólo nuestros seis fieles ministros y algunos servidores estaban en el secreto y lo aprobaban.

»Mi hermano y yo nos amábamos tanto que aquella vida nos pareció siempre el súmmum de la felicidad. La vida de pachá no es muy divertida, y nosotros sólo vivíamos la mitad de ella. La vida fue para nosotros un juego…, hasta hoy —dijo suspirando. Permaneció un momento en silencio, él también, mirando el rostro de su hermano, y continuó en voz baja—: ¡Y después llegasteis vos, vos, nuestra perla de nácar, vos, la incomparable! ¡Nuestra mayor alegría compartida! Ninguno de los dos quería fundar solo una descendencia. Un día en que estaba de cacería me perdí, y vuestro natural me hizo pensar que no tomaríais a mal la extraordinaria realidad de nuestras existencias. La aceptasteis tan bien que os amamos más que a ninguna otra mujer. Nuestros hijos son una mezcla de nosotros tres.

—¡Oh, sí! —suspiró ella.

—¡Y cuánto ha amado él a sus hijas! Esta noche debía volver y yo ocupar su lugar en la batalla… ¡Y aquí tenemos a mi hermano! ¡Oh despiadado destino! Dentro de una semana volveré a marchar, curado oficialmente. Vos debéis alegraros.

Lo enterrarán en uno de los hipogeos secretos del palacio… ¡Oh, hermano mío! Sólo teníamos un nombre para los dos. ¿Cómo podría vivir sin ti?

Leila, además de dolor, sentía una gran piedad. Trataba de ordenar en su cabeza las palabras del doble, ¿resultaba entonces que su marido número dos era además su cuñado? Trataba de captar las palabras que él decía en voz baja.

—Los niños, como todo el mundo en palacio, ignorarán siempre que él ha vivido. Pero yo sé que vos, lo mismo que yo, conservaréis vivo su recuerdo. El pachá Solimán no ha muerto esta noche… Es necesario, es necesario…

La cabeza le daba vueltas, todo aquello era demasiado complicado, demasiado… Vaciló en el asiento y estuvo a punto de caer hacia delante. Él la tomó en sus brazos, calló por fin y le dio unos golpecitos en la mejilla; después, viendo que no se había desvanecido, le acarició suavemente los cabellos en silencio. Por costumbre, ella escondió su rostro en el cuello de él. Enseguida percibió en su cuello aquel olor que tan bien conocía. Lo respiró y su tristeza se mitigó. Era el mismo hombro huesudo, los mismos gestos tiernos que ella amaba tanto, el perfil de su único amado. Cerrando los ojos, se aproximó a él. Él le acarició la nuca y el hombro. Ella emitió un gran suspiro, posó su pequeña mano en el delgado muslo de Solimán y le murmuró al oído:

—¿Y vos, vos tenéis también el don de desdoblaros?

Todos se alegran de que el arrogante Saddam haya sido sustituido en el corazón de la sultana por un ser tan dulce como Shera-Zaide, y sobre todo tan alejado de la política. Pero se ha dejado de dar muerte a los espías y el pueblo refunfuña. Para consolarlo, Yasmina pide a sus eunucos que den horribles gritos detrás de los muros. Cada castrado recuerda el desgraciado día en el que entró en la carrera y da unos gritos que parten el alma, pero el pueblo continúa refunfuñando, porque la sultana conserva para ella las cabezas de los condenados. Mahmud, que ha partido para calmar a los beduinos rebeldes, vuelve con sacos llenos de cabezas, él calmado también. Y todo vuelve al orden.

Shera-Zaide circula libremente por el palacio. Todos se sienten seducidos por el singular encanto del hombre de los ojos vendados. Las mujeres con mal de amores se las arreglan para tocarle las vestimentas al pasar, pues consideran que todo él es como un talismán que tiene el poder de remediar sus penas de amor y de despertar el ardor de sus amados. Shera-Zaide se informa sobre la vida del palacio, hace amistades. Es «El placer de Lalla Yasmina» y parece no desear nada más. La gente se quita las babuchas y pasa de puntillas delante de la habitación donde él compone cuentos y poemas.

A veces, se olvida del mundo e improvisa en su flauta melodías que son como las prolongadas quejas del viento entre los juncos, como el reclamo del ruiseñor, como los lamentos de las madres que no tienen noticias de sus hijos, como los suspiros de la amante cuando, por la noche, abre su puerta al amado, como la risa del arroyo saltarín, como la sonrisa de la abuela que besa el pie del recién nacido. Entonces el general, la lavandera, la bordadora, el jardinero, el médico, la ensartadora de perlas, el propio Mahmud, todo

el palacio, inmovilizado como por un hechizo, escucha. En la habitación vecina, la sultana llora.

Así transcurre la vida en palacio: dulce, llena, ardiente. Una noche, después de que Shera-Zaide ha besado y jugado tanto y tan bien con la perla de la voluptuosidad de Yasmina que la ha hecho gritar como si tuviera dolores de parto, la sostiene contra él, ardiente, sin fuerzas, y cuando su corazón se ha calmado, le dice:

—¿Queréis que os cuente el cuento de los cuarenta ladrones?

—¿No lo he leído ya varias veces?

—No lo creo, princesa.

—¿Cuarenta ladrones?

Suspira.

—Es muy…

Ella sonríe y le dice:

—Cuéntamelo, Shera-Zaide, me gusta tanto oír tu voz… Me penetra como si fuera…

Los cuarenta ladrones

Razuk esperaba febril a la mujer que los mejores casamenteros del país le habían buscado: una doncella de quince años famosa por su belleza e hija de uno de sus grandes rivales del otro lado de las montañas.

Razuk era un rico comerciante que, desde los doce años, recorría la peligrosa ruta de la seda con la fogosidad y la intrepidez de quien ve llenarse su bolsa sin interrupción. Hasta los cuarenta y cinco años sólo había conocido los escasos y malolientes abrazos de las mujeres de las caravanas-serrallo, y de pronto se había visto asaltado por el sentimiento de su fragilidad y la consciencia de que su inmensa fortuna podría perderse si no tenía un heredero. Por eso había pagado generosamente a esos horribles casamenteros proveedores de carne fresca y de buenos partidos.

A mitad de la tarde, considerando que su Altura esposa se retrasaba demasiado, obsesionado por las historias de ladrones de dotes que corrían por la comarca, montó su caballo negro y partió a su encuentro seguido de seis sirvientes armados hasta los turbantes. Tal y como Razuk había temido, a diez leguas de la ciudad, en pleno bosque, encontraron el palanquín de la futura esposa tirado en el suelo y a más de la tercera parte de los miembros del cortejo desventrados. En cuanto a los otros dos tercios, no los encontraron, desmayados como estaban en medio de la naturaleza. Unos cuarenta ladrones se entretenían en vaciar los cofres repletos de joyas y de telas preciosas, que formaban la dote de la prometida. Razuk, furioso, mató a algunos de ellos y sus servidores hicieron lo mismo con aquellos que, por el peso del botín que acarreaban, no pudieron saltar a sus caballos ni al precipicio.

Dentro del precioso palanquín los tres jefes de los

ladrones, Al, Hib y Haba, estaban en guerra abierta y a punto de llegar a las manos. El primero decía que había que desangrar con rapidez a la niña; el segundo, que había que violarla con lentitud; y el tercero, que había que violarla con rapidez mientras se la desangraba con lentitud, porque, de ese modo, ganarían tiempo y placer.

El primero apenas tuvo tiempo de decir «cui», el segundo de decir «da» y el tercero de decir «do», cuando ya estaban muertos, atravesados por el kandjar de Razuk, quien, acto seguido, los empujó con el mismo ímpetu fuera de la litera. Y entonces vio algo que se le quedaría grabado para siempre en la memoria de sus deseos. Su futura esposa se hallaba tumbada sobre un magnífico revoltijo de sábanas y cojines multicolores. El tocado tradicional de las recién casadas, una redecilla bordada de perlas y de coral, colgaba deshecho sobre su nuca. Pálida, con el maquillaje de boda corrido sobre las mejillas, con los dedos doloridos por la fuerza con que los ladrones le habían arrancado las cien sortijas de oro y de plata adornadas con gemas, intentaba esconder sus pechos de rosa, pues evidentemente aquellos zafios la habían despojado de su capa de terciopelo, adornada con centenares de espejos minúsculos que a su vez eran los corazones de otras tantas flores con los pétalos bordados en oro. Le habían arrancado también el vestido color de luna, el vestido color de noche, el de color de agua y el de color del sol, que forman el traje de novia de cualquier joven de buena familia. Ahora sólo tenía sobre su piel una enagua de seda transparente totalmente desgarrada.

Razuk se presentó a su pequeña y aterrorizada esposa y se tumbó a su lado. Aunque todavía temblaba de miedo, la joven se sentía invadida por la alegría de no haber sido ni desangrada ni violada. Admitió sin tardanza que su salvador era su futuro esposo y, al darse cuenta de que sus ojos negros brillaban con un apremiante deseo, como estaba muy bien educada y se sentía llena de reconocimiento y un poco débil por sus desventuras, le animó a que la hiciera allí mismo su mujer.

Más tarde, en la intimidad de su habitación, Razuk pidió y

volvió a pedir cien veces a su joven esposa que le contara el ataque con todos los detalles y, cada vez que oía el relato de cómo los ladrones le arrancaban con sus ganchudas manos los vestidos y las joyas, cada vez que oía la horrible conversación que habían mantenido los tres jefes, se sentía presa de un deseo irreprimible y, sin tomarse la molestia de desnudarla, le desgarraba la parte superior del vestido, le subía la parte de abajo y la penetraba con toda urgencia, y, antes de que ella pudiera decir: «¡Cuidado!», o, tan sólo: «¡Ah!», caía a su lado desmayado de placer.

Poco a poco fue necesario que la mujer adornara el relato y añadiera mil y un detalles escabrosos para despertar su deseo. Hizo salir del fondo de su memoria el fuerte olor de los truhanes en celo, la monstruosa joroba que hinchaba sus pantalones de jinetes, y cómo los groseros dedos de negras uñas se hundían en su blanco brazo mientras le arrancaban sin piedad sus ceñidas y brillantes joyas. Inventaba cómo Al, el más impaciente de ellos, había blandido el sable por encima de sus bonitos dedos, cómo Hib había cerrado los suyos sobre sus frágiles pechos, cómo Haba le había colocado la mano entre las piernas… Y le contaba las inmundas reflexiones que habían hecho sobre su cuerpo de paloma, y sus gestos obscenos… Cada día recordaba nuevos detalles que su pudor, para contento de su marido, exhumaba del olvido.

Sin embargo, después del nacimiento de su primer hijo, cuando estaba en la flor de la juventud, su relato del ataque de los cuarenta ladrones, a pesar de adornarlo con sus más desbocados fantasmas, dejó de causar efecto alguno en los sentidos de su esposo. Comenzó entonces a simular su terror profiriendo agudos gritos y entornando los ojos. Él, por su lado, imitaba a los ladrones hasta perder la cabeza. Hacía volar las perlas por toda la habitación, destrozaba la colcha, la hacía jirones, pero el placer le había abandonado…

Sombrío y humillado, Razuk perdía toda su alegría. Después de muchas noches de insomnio, se le ocurrió una idea.

Le pidió a su querida esposa que volviera a ponerse el traje de novia, la hizo entrar en el palanquín, hizo que la

siguieran y la rodearan cincuenta personas que cantaban y tocaban los címbalos como en una auténtica boda, y la lanzó a los caminos, sin un destino concreto. Tres horas más tarde, él, con toda tranquilidad, se puso en camino acompañado de sus servidores.

Lo que tenía que ocurrir ocurrió. En un gran bosque situado en la ladera de una montaña encontraron a una tercera parte de los servidores masacrados y, en el volcado dormitorio ambulante, a un enorme jefe de ladrones a punto de violar a la esposa, medio desnuda, del negociante.

Entonces Razuk, dominado por un terrible furor, decapitó al impúdico gigante y, acto seguido, presa de un deseo no menos devastador e incontrolable, se arrojó sobre su conmocionada mujer. Así fue como concibieron a su hija Fátima.

Durante veinte años la bella esposa tuvo que partir de expedición una vez al año, exponiendo su propia vida peligrosamente, para reavivar así la llama del comerciante. ¡Por suerte no se trajo un hijo de cada expedición! Tranquilizaos, bella princesa, porque, después del tercer ataque, la joven encontró la forma de contratar a unos mercenarios a quienes pagaba con generosidad para que simularan los asaltos. Los criados de la casa, que ya no temían por su muerte, participaban con energía en el engaño proveyéndose al partir de botes de salsa de tomate, o de sangre de buey en vinagre, dependiendo de los gustos, o de alguna tripa de cordero que colocaban artísticamente saliéndoles de las camisas, mientras se entregaban al bienaventurado sueño de una siesta campestre.

De vez en cuando, para dar más verosimilitud al asunto, el jefe de los mercenarios enviaba a la litera a algún imbécil recién reclutado, a quien el marido descuartizaba sin remedio. Pero por lo general era él quien interpretaba el papel de violador bajo distintos disfraces y, ligero, huía en cuanto Razuk desenfundaba el arma. Éste, cada vez más pesado por la edad y el deseo, ni siquiera hacía ademán de seguirle. Los servidores, todos ellos excelentes comediantes, confabulados con la dueña de la casa, hacían como que les

atravesaban de un tajo y los destripaban, y montaban un jaleo de mil diablos mientras el patrón, haciendo un gran esfuerzo, llevaba a su mujer al séptimo cielo. O al menos eso era lo que él creía.

Así, en cierta medida, todo el mundo quedaba satisfecho. La mujer, protegida por los cuarenta ladrones, disfrutaba mucho de su excursión anual. El marido estimulaba en cada ataque su virilidad decadente y volvía a encontrar por los caminos el ambiente de las grandes expediciones de su juventud. Y, en cuanto a todos los demás, era la ocasión para participar de un carnaval divertidísimo, al que se entregaban con la alegría que les producía el engañar a un amo duro y avaro con sus inferiores. Algunos alternaban y hacían unas veces de servidores y otras de bandidos, y todos sacaban de ello algún beneficio.

Pero el tiempo acaba siempre por estropearlo todo. Al cabo de veinte años, los más sangrientos ataques sólo conseguían levantar durante unos pocos minutos el entusiasmo del comerciante. Su mujer, que ahora tenía la bella madurez de sus treinta y cinco años, soñaba febrilmente con el jefe de los ladrones que, bajo sus extravagantes ropajes, sabía simular tan bien el brutal deseo de violarla.

Antes del último viaje, ella ofreció al hombre de sus sueños —que lo rechazó— un cofrecito con sus mejores perlas a cambio de que asesinara a su marido. Confuso, él le confesó que pensaba en ella desde hacía varios años, pero que nunca se había atrevido a declararse.

El ataque fatal tuvo lugar una mañana de primavera. Los oblicuos rayos del sol se filtraban a través de las ramas de los sicómoros. El canoso comerciante subió dando grandes resoplidos a la litera sobrecargada de adornos, gritó como un polio al que estuvieran retorciéndole el cuello y, después de realizar una elegante elipse, cayó muerto sobre las ortigas del foso. El jefe de los ladrones había efectuado muy bien su trabajo. No saltó fuera del palanquín hasta después de haber estrechado contra él a la viuda, de haberla besado largamente y de haberla explorado con sus febriles manos. Arrodillado sobre la sangre caliente, la cogió por la cintura y la clavó,

chorreante, enloquecida de deseo, sobre su largo y ansioso sexo. Cuando la abandonó en el desorden del palanquín, estaba desmayada, pero sus mejillas, de un bello color melocotón, le tranquilizaron.

En la ciudad se habló mucho de la trágica muerte del comerciante. Los funerales fueron grandiosos. Los sirvientes y las sirvientas lloraron sin parar y cada uno de ellos recibió como premio a su aflicción una bolsa llena de monedas de oro.

Algunos meses más tarde se presentó ante la viuda un alto y rico extranjero cargado de presentes y rodeado por veinte guardaespaldas y veinte músicos, y ella, encantada, le concedió su mano.

Algunos aseguran que todavía hoy, en su vasto lecho rodeado de tabiques adornados con rosetones y lleno de ventanas y puertas al estilo de las literas persas, la rica comerciante pide a su esposo que se disfrace de ladrón.

Abrumada contra la pared, los cabellos despeinados, el vestido desgarrado, los bellos muslos abiertos sobre la balsamina erubescente de sus eternos cuarenta años, las manos delante de los ojos, ve a través de los dedos separados cómo se acerca a ella el terrible dardo del jefe de los ladrones y grita.

—En mi país dicen que el juego conserva tan bien el deseo como el aceite las olivas.

Yasmina suspira:

—Sí…, debe de ser cierto, ¡hace tanto tiempo que juegas con el mío, Shera-Zaide!

Desde hace algunas semanas, Shera-Zaide se reúne de forma regular y en el mayor de los secretos con el maestro ebanista.

Una noche presenta a la maravillada Yasmina el trabajo ejecutado bajo sus órdenes: un precioso palanquín. Una cámara de madera cuyas paredes están tan finamente trabajadas, que desde el interior la visión a través de este encaje de madera es total, mientras que desde el exterior es imposible distinguir el menor detalle de lo que contiene la preciosa jaula. A menos que se acerque el ojo a una de las cien mil flores que la atraviesan, lo que supondría la muerte inmediata para quien hubiera tenido la audacia de hacerlo.

—Mañana llevaréis a cabo la ceremonia del Saludo a los Mercados, ¿no es verdad?

—Sí…

—¿Iréis en vuestro nuevo palanquín?

Ella, al ver su sonrisa, ya desea que sea mañana.

El Saludo a los Mercados tiene lugar una vez al año. Precedida y seguida por sus guardias azules, oculta en la litera cerrada, en la que suele hacerse acompañar por una picarona dama de compañía que le sirve de distracción, la sultana pasa revista a los productos de los mejores artesanos y comerciantes del país, alineados a lo largo del Canal de los Jacintos. Cada uno presenta a su paso la maravilla de las maravillas, la rareza de las rarezas, la opulencia de las opulencias de la que más se enorgullece, y la sultana, produciendo un chasquido con los dedos, indica detrás de la minúscula celosía el objeto que desea. Mahmud, que es también el Jefe de compras, lo adquiere sin regatear.

A lo largo de los años se han deslizado entre los bordadores, marroquineros, ebanistas, perfumistas, joyeros,

comerciantes de legumbres famosos por la frescura de sus productos y curanderos que alaban su mercancía en medio de las colas de machos cabríos, las lenguas de camaleones ensartadas en un pincho, los escorpiones secos y las palabras de Dios enrolladas en amuletos de cuero.

La muchedumbre, contenida por los guardianes de rojo, aclama el nuevo palanquín de la sultana transportado por ocho esclavos rubios. En el interior, Yasmina, arrodillada desnuda, inmóvil, el rostro cubierto por un velo, mira desfilar a su pueblo y se estremece al sentir el aliento de Shera-Zaide sobre su nuca y sus dedos pellizcándole la punta de los pechos.

Cuando la cámara miniatura, suavemente balanceada, ha franqueado la gran puerta, Yasmina ha suplicado a Shera-Zaide que le permitiera dar la orden de desandar el camino. Bajo el sol, en esa jaula de encaje, la sensación de estar expuesta a las miradas la ha sofocado. Shera-Zaide ha sabido tranquilizarla. Y, mientras él le pasa la mano entre las piernas, ella repite echando hacia atrás la cabeza: «¡Estás loco! ¡Estás loco!».

El palanquín oscila de forma pausada al ritmo de la música. La muchedumbre lo rocía con perfumes, lanza sobre él pétalos de rosas, teñidos plumones de pájaros, pequeñas mariposas de papel anudadas con un hilo sobre las que hay escritas bendiciones, deseos o quejas. Los padres muestran a sus pequeños el raro cofre de madera que se aleja llevando en su interior a la perla del reino. El estiércol de los caballos de la guardia humea sobre la calzada. La muchedumbre huele a sudor, a guiso de cordero frío. De las brillantes espaldas de los esclavos asciende un olor agrio a piel rubia. Shera-Zaide no ha retirado su mano. Yasmina, sin perderse nada del espectáculo de la muchedumbre, deja que el placer le suba.

—¡Oh, Shera-Zaide, si pudieras entrar en mí ahora, delante de todo mi pueblo!

Él le susurra en la nuca un turbador «quizás» y, mientras ella continúa mirando a su pueblo a los ojos, se tumba, desliza el rostro entre sus piernas, la hace descender bajo su boca, juega con sus dedos entre sus nalgas y sólo se detiene

para dejarla gozar en sordina. Llegan al borde del canal. Shera-Zaide se incorpora, se sitúa cerca de Yasmina, la coge de la cintura y deja deslizar la mano por sus nalgas.

El Saludo de los Mercados comienza. Yasmina describe todo lo que ve a Shera-Zaide, que se niega a quitarse la venda de los ojos. De vez en cuando, los delicados encajes de madera parecen desaparecer y Yasmina tiene la sensación de estar desnuda bajo la mirada de la muchedumbre. Un estremecimiento delicioso la recorre. Se aprieta contra Shera-Zaide. «¡Me ven! ¡Me ven!», y coge su sexo como un cetro sin dejar de reír.

Los artesanos la saludan y le presentan sus creaciones con tal lujo de palabras, que el palanquín permanece inmóvil durante mucho tiempo delante de cada puesto. Algunos no dudan en pagar a poetas y músicos para alabar sus mercancías. Yasmina levanta la persianita de madera perfumada y muestra al artesano elegido una punta de su velo. Este cae de rodillas. ¿Qué haría si viera el interior del palanquín?

La sultana ya ha adquirido un cofre de cuero color ámbar como la piel de su amante, un pesado tocado de plata y turquesas, una silla de carreras claveteada con rubíes y unos pufs de seda con parejas de pájaros bordados en oro.

Un joven de gran belleza sale de un puesto de frutas y se acerca al palanquín.

—¡Oh, Shera-Zaide! ¡Si pudieras verle!

—Lo veo, princesa. Llega iluminado por el sol y bello como un arcángel.

Ella se da la vuelta: Shera-Zaide continúa con los ojos vendados.

—¿Haréis una ofrenda a su belleza?

—Sí —dice ella fascinada. Se quita una de sus sortijas y pasa la mano por la ventanita. No es la costumbre. El joven se aproxima, coge la sortija y pega sus labios a la blanca palma de la princesa. Mahmud da un salto.

—¡Déjala!

El adolescente se aleja, corre al puesto y regresa para colocar sobre la mano de su bien amada soberana la

berenjena más grande y brillante que jamás haya visto. Ella la introduce en el palanquín ahogando las risas. Shera-Zaide la sopesa.

—Sí…, ¡este joven es realmente un ángel!

Pasan por delante de los fabricantes de instrumentos de cuerda y de los mercaderes de alfombras. Uno de ellos, con el fin de demostrar la solidez de sus alfombras recién importadas de Ispahán, ha contratado un elefante para que camine sobre ellas. Cuando se acerca al palanquín para recibir el encargo de la sultana, oye: «¡No! ¡Oh, no! ¡Eso no! ¡Es demasiado! ¡No, eso no!». La sangre del comerciante se le hiela en las venas, pero no lo exterioriza. Con aspecto falsamente desenvuelto, espera. Cuando el velo rosa aparece y la divina voz, un poco sofocada, murmura: «Me lo llevo todo, las alfombras y el elefante», suspira aliviado.

Yasmina llama de vez en cuando al heraldo gigante que acompaña el cortejo y le encarga que exprese a la muchedumbre su contento. Mientras la voz terrible clama por encima de las cabezas, la sultana puede abandonarse y gemir con más fuerza. Para Shera-Zaide, Yasmina se metamorfosea en ese instante en un suntuoso instrumento cuyas mínimas palpitaciones y ritmos secretos él espía lleno de pasión, para tocarlo como un auténtico virtuoso. «Desconfía de la mujer que goza en silencio, posiblemente esté mal afinada», dice un proverbio de su país.

Por último llegan al final del muelle, donde se encuentra el barrio de los pajareros y de los mercaderes de animales. Yasmina duda en comprar un poderoso león que ruge mostrando sus testículos de terciopelo. Toma una pareja de gacelas para su jardín, un loro naranja y malva que repite «¡Alá es misericordioso! ¡Alá es cien veces grande! ¡Alá es cien veces piadoso! ¡Alá es misericordioso!…», y un ruiseñor en una caja dorada.

—Preguntadle si le han sacado los ojos.

—¿Por qué?

—¡Porque en ese caso cantará de maravilla, princesa!

Después el cortejo vuelve a subir la avenida bordeada de falsos pimenteros que conduce al palacio. La muchedumbre

no cesa de clamar su amor por la sultana, y Yasmina, de pronto, sufre porque no la vean, por no poder hablar con ellos.

—Tengo frío.

Shera-Zaide la envuelve en una fina sábana y la acuna contra él.

El cortejo entra en el enorme patio, las puertas se cierran. El nido oscuro donde se estrechan Yasmina y Shera-Zaide se sumerge en el silencio. La muchedumbre ha dejado de existir.

Los esclavos depositan el palanquín en la habitación de la sultana. Los dos amantes permanecen allí durante un momento.

—¿Por qué dijiste «quizás»?

—Porque no hay nada seguro… Y además…, ¡no habríais podido comprar el elefante!

Él se burla. Ella le da patadas. Él se escapa riendo. Ella le persigue, le atrapa, le golpea, le abraza, le pasa la mano entre los muslos. Hay algo inhabitual en la dureza, la desmesura, la fiebre de su tensa verga. Algo irresistible y casi temible. La rodea con más fuerza con sus dedos, cae de rodillas, pega sus labios a ella mientras gime. Él la levanta. Ya no ríe. Arrastrado por una violencia que ella no le conoce, la coloca contra el fresco muro, la aplasta con los golpes de sus riñones, le hace daño al apretar con tanta fuerza su sexo contra su vientre, pero ella siente que se funde, que vuela. Él la coge por la cintura, la levanta. ¡Por fin! Todo se vuelve rojo. Es el rojo de su sexo, que por fin lo acoge por entero y tiembla. El placer ruge en ellos como una tempestad de verano. El parece jadear…, ¿o estará sollozando? Ella también llora de placer, de alegría.

La lleva a la cama. Por fin conoce el ritmo de Shera-Zaide, por fin conoce la expresión de su rostro en el seísmo del placer, su violencia, sus palabras interrumpidas, por fin su sexo está inundado de él, por fin retiene su debilidad dentro de ella, por fin conoce el verdadero peso de su cuerpo sobre ella… ¡Por fin puede morir!

Esa noche Shera-Zaide no le cuenta historias. Una vez que el miedo ha alzado el vuelo, se pierde sin fin en las delicias

del sexo de Yasmina. Mil veces penetra y permanece en la caverna en otro tiempo temida. ¡Se encuentra tan bien allí dentro! Ejercitados en las caricias, receptivos a las sensaciones más sutiles, dotados para la voluptuosidad, gozan el uno del otro hasta caer desfallecidos, hasta no desear otra cosa que el sueño y el baño.

Cuando después de muchas noches anhelen de nuevo la dulzura del cuento y se dejen llevar por el caballo alado de la palabra, que acuna con su galope las debilidades, adormece las penas y con un brusco quiebro despierta los ardores de los amantes, tú, fiel lector, serás el primero en ser avisado.